



de

**Luis Humberto
Crosthwaite**

**TIJUANA:
CRIMEN
Y OLVIDO**

Lectulandia

¿Cómo se sabe cuando un periodista ha cruzado la línea, cuándo lo que escribe pone su vida en peligro? La reportera Magda Gilbert dejó esta pregunta entre sus notas personales poco antes de ser vista por última vez. Otro periodista, Juan Antonio Mendívil, sufrió la misma suerte.

Un crimen cometido hace 45 años podría guardar las claves para esclarecer el misterio; pero también podría ser un artilugio del hombre que está detrás de toda la violencia.

La verdad parece inalcanzable en *Tijuana: crimen y olvido*, una novela donde nada es lo que parece, tan intensa y perturbadora como la realidad que la inspiró.

Lectulandia

Luis Humberto Crosthwaite

Tijuana: crimen y olvido

ePub r1.0

Titivillus 18.04.2017

Título original: *Tijuana: crimen y olvido*
Luis Humberto Crosthwaite, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Que las palabras pasen como aeroplanos
por encima de las fronteras y las aduanas
y aterricen en todos los campos.

Vicente Huidobro

El presente libro es el volumen número nueve de la colección «Obra reunida de Luis Humberto Crosthwaite». Es una edición de autor, corregida y aumentada. Contiene diversos cambios que la vuelven distinta a la publicada por Tusquets Editores en 2010, por lo que ésta deberá considerarse la versión definitiva.

El autor es miembro del
Sistema Nacional de Creadores (2010-2013)

a Magda y Juan,
donde quiera que se encuentren.

¿Y habrá suerte mejor que ser la ceniza,
de que está hecho el olvido?

BORGES

I look inside myself and I see my heart is black.

JAGGER-RICHARDS

PREFACIO

Magda guardaba una pistola bajo la almohada. Ella se había acostumbrado a dormir con el grueso bulto debajo de la almohada y no sabemos cuánto tiempo habría mantenido esa costumbre si no hubiera conocido a Juan.

Ésta es la historia personal de Magda Gilbert y Juan Antonio Mendívil, ambos periodistas radicados en la zona fronteriza formada por Tijuana y el Condado de San Diego. También es la historia de Fabián Flores Álvarez, quien fuera novio de Magda y dueño de la pistola.

En el momento en que escribo estas líneas lo único que se sabe con exactitud es que Fabián fue asesinado en las primeras horas del 22 de marzo de 2001. Es el propósito de este libro analizar las circunstancias de su homicidio y la posible conexión de este hecho con la desaparición de los periodistas cuatro años después.

No se sabe su paradero, si se encuentran con vida, si fueron víctimas de un secuestro o si, como argumentan algunos, viven felices en una playa de las costas del Pacífico. Las dudas generadas por la investigación policíaca, así como mis propios descubrimientos me motivaron a escribir el presente documento. La intención es elemental pero de vital importancia: esclarecer un misterio.

Desde un principio supe que habría muchas maneras de aproximarme al tema. Podría ser éste un tratado de rigor periodístico, basado exclusivamente en los hechos; pero creo que así el relato quedaría inconcluso, dadas las muchas incógnitas. Contrario a lo que se esperaría, la desaparición de los periodistas no se ha investigado lo suficiente; las autoridades mexicanas actuaron con su habitual desinterés. El Ministerio Público de Baja California, acostumbrado a no resolver ciertos tipos de crímenes, prefirió archivar los casos y no desperdiciar horas/hombre en lo que considera pueriles investigaciones.

La desaparición de Juan Antonio Mendívil ocupó un mayor espacio en la prensa. Se trataba de un conocido periodista, vinculado a uno de los diarios estadounidenses de mayor circulación en California, The San Diego Tribune. La publicación se distribuye aún en el fronterizo Condado de San Diego, compuesto por dieciocho ciudades y un aglomerado de comunidades rurales.

El Tribune dedicó amplios espacios noticiosos tanto a la desaparición del columnista como a la creciente ola de violencia en la frontera norte de México (concentrándose en la ciudad de Tijuana, por ser la más próxima); asimismo, se hicieron especulaciones en páginas editoriales que trataban con su habitual desdén a la impericia de la policía bajacaliforniana. En el punto álgido de la discusión parecía que el suceso tendría matices de escándalo internacional; pero como no hubo un cadáver y nunca se descartó la posibilidad de que Juan y Magda simplemente huyeron a un paraíso tropical, donde disfrutaban de una prolongada luna de miel, los editores decidieron seguir con sus rutinas y no con la noticia. Es indudable que hubiera causado resquemor generar un escándalo en la prensa y luego ver que Magda y Juan regresaban felices.

Mientras tanto, en Tijuana se habría esperado algún tipo de respuesta por parte de

los colegas de Magda. Ella era reportera y formó parte de la fuente policíaca de un conocido diario local, cubriendo notas de diversa índole, incluyendo crímenes y secuestros vinculados al narcotráfico. La noticia se dio a conocer como un acontecimiento más en una serie de notas breves firmadas por «La Redacción», y los editoriales del periódico dejaron de mencionar la desaparición de la reportera, obsesionados, como suelen estar, con temas políticos de corto alcance.

Un prominente diario capitalino, en cambio, publicó un artículo escrito por el autor sinaloense Élmer Mendoza, donde reflexionaba sobre los peligros de ejercer el periodismo en México y hacía una referencia pasajera al caso de Magda. En el típico tono desenfadado de Mendoza, señalaba los riesgos que corren los periodistas que reportan las notas policíacas:

Dentro de los agudos problemas del gremio periodístico (...) existe una línea imaginaria, que el periodista puede cruzar sin darse cuenta. Una vez que lo ha hecho, ya no las tiene todas consigo. Esta reflexión no es sobre un cliché, sino sobre una región que ha perdido a muchos periodistas, donde la violencia es cotidiana.

En mi opinión, es evidente que Magda y Juan no están disfrutando de una luna de miel, como decidieron las autoridades mexicanas para cerrar el expediente y como sus amigos quisieran creer para evitar la pena de enfrentarse a su desaparición. Mi investigación empezó cuando tuve acceso a documentos privados de Magda: un cuaderno; las cartas dirigidas a un ex novio y sus apuntes tanto periodísticos como personales.

Uno supondría que estos documentos estarían en poder del Ministerio Público, que serían parte de un cúmulo de pruebas asignadas a una investigación en proceso; pero esos documentos todavía se encontraban en casa de Magda cuando yo entré a su habitación, cuando su mamá me abrió la puerta de la recámara por primera vez. Y a decir de la señora ni un solo agente policíaco se había apersonado en su casa para realizar las más obvias indagaciones.

Al revisar los documentos y las notas, el caso fue aclarándose en partes y al mismo tiempo se volvió truculento. Descubrí la relación íntima que tuvieron los protagonistas, los temores de Magda relacionados con su profesión y los riesgos que sentía presentes y constantes. Ella era una reportera meticulosa que tomaba apuntes de todo, hasta detalles que podrían parecer nimios. Recreaba sus experiencias cotidianas, transcribía diálogos de índole personal, como los que mantenía con Juan Antonio, y charlas con otras personas como es el caso del reconocido periodista Samuel Ordóñez, con quien conversó en varias ocasiones y a quien evidentemente admiraba.

Aunque algunos apuntes encontrados en su habitación carecen de continuidad, sobre todo los que hallé en hojas sueltas, he tratado de ensamblar la historia a conciencia. Al no contar con fechas exactas de los acontecimientos, he seguido la secuencia de hechos como lo marca el cuaderno, donde la única cronología

disponible es la señalada por el seguimiento de las páginas.

A su vez, he desarrollado labor de campo entrevistando a personas que conocieron a Magda y Juan en ambos lados de la frontera, incluido un grupo cercano de reporteros que cubre la fuente policíaca en Tijuana. No obstante, la narración se basa mucho en especulaciones personales y por lo tanto carece de un final apropiado. Aclaro por adelantado que me tomé ciertas libertades al intentar rellenar los huecos en la narrativa; decidí que el trabajo no sería exclusivamente periodístico sino que tendría elementos de ficción policíaca.

Escribo estas líneas en la ciudad de Tijuana, Baja California, a casi dos años de la última vez que se supo el paradero de Magda Gilbert y Juan Antonio Mendivil.

LHC
Marzo de 2007

1.
MAGDA GILBERT

(2004-2005)

: :

La primera impresión es la de encontrarse en la recámara de una niña. Y esto se debe a que Magda había guardado varios recuerdos de infancia: dibujos pegados en la pared, la imagen de un amigable dinosaurio púrpura, recortado de una revista; una pieza rectangular de madera con la impresión de dos pequeñas manos y la frase «Te quiero mucho, papi» escrita con la fina letra de quien seguro fue su maestra de preescolar, entre otros detalles. Existen también algunos recuerdos de adolescencia, retratos de artistas y cantantes de moda aunque la mayoría de los adornos eran detalles infantiles y de colores rosáceos.

La recámara es parte de la casa de la familia Gilbert, pero tiene su propio acceso exterior. Emma Gilbert, su prima, comentó que fue una condición que ella estipuló para seguir viviendo en casa de sus padres. Magda se había querido independizar a los dieciocho años, lo cual causó severos problemas dentro del núcleo familiar. Sus padres intentaron impedirselo, pero la muchacha era obstinada y al final terminaron cediendo a sus condiciones con tal de que no se marchara.

Además de una cama individual y dos libreros atiborrados de libros y revistas, se aprecia un mueble que sostiene una televisión de 27 pulgadas y alberga una breve colección de películas en formato DVD; junto a éste una cajonera y dos burós a los lados de la cama. Los muebles son blancos, incluyendo un pequeño escritorio que le regalaron a Magda sus papás cuando salió de secundaria.

Durante muchos años ese escritorio había sido su mesa de trabajo. La mamá aseguró que nada se había cambiado de lugar, los objetos que estaban encima del escritorio se encontraban dispuestos en la forma que ella los había dejado: papeles sueltos, cáscaras de cacahuete, un vaso de cerámica con lápices y plumas, una cámara fotográfica digital sin tarjeta de memoria, una botella vacía de Sprite, una lámpara de mesa con el foco fundido y la computadora portátil marca HP que ella usaba para redactar sus reportajes y conectarse a Internet.

El escritorio tiene dos cajones del lado izquierdo. Al abrir el segundo cajón, lo único que contenía era un cuaderno negro de pasta dura y doscientas páginas, marca Universitario. En su interior abunda información de diversa índole, donde se pueden encontrar listas de mandado, números telefónicos, direcciones, una receta para flan napolitano o fechas de citas con amigos. Pero lo más relevante es la información personal que apuntaba Magda en el cuaderno, desde diálogos hasta las experiencias y

los sentimientos que marcan la pauta de este relato.

¿Cuándo empezó a redactarla y por qué dejó de hacerlo? Son preguntas que no se pueden responder con facilidad. Daba la impresión de que había empezado a escribir por la época en que conoció a Juan Antonio Mendivil, después de una conferencia en la que él había participado. Si es así, podemos situar la fecha de inicio el jueves 8 de abril del 2004. En el cuaderno se observa la personalidad compulsiva de Magda. El contenido está casi en su totalidad escrito con tinta azul. Es obvio que ella releía sus apuntes porque hacía correcciones de puntuación y erratas con bolígrafos de color rojo. Las anotaciones al margen están escritas con tinta negra, por lo general para agregar alguna reflexión posterior a la escritura.

El ordenamiento de ideas no es tan puntual como la pulcritud con que están escritas. Hay un desorden general porque muchos de los apuntes eran ocurrencias e ideas sueltas escritas al gairete. Hacia el final, acercándose al último apunte, el contenido refleja el estado de ánimo de quien escribe, se vuelve caótico y abunda en frases que se repiten obsesivamente. Intercalados en el desorden se encuentran los siete textos dirigidos a Fabián Flores, y que, en lo sucesivo, llamaré *Cartas de despedida*.

: despedida :

Querido Fabián:

Es irónico dejar testimonio escrito de una relación que se quiere olvidar. Pero es que no veo al olvido como una desaparición total, como borrarte del planeta, como fingir que no exististe: me estoy despidiendo de ti.

... Me vas a acusar de estar influenciada por las telenovelas. Te puedo imaginar con esa sonrisa que tanto me gustaba, burlándote de mis apuntes, de lo que pienso, de lo que siento. Has estado junto a mí como un fantasma burlón, espiándome, haciendo travesuras. Eres un extraño ángel de la guarda, cuidando que no me caiga al precipicio, como ese par de niños que cruzan temerosos un puente desvencijado. ¿Por qué cruzan, no deberían ser cautelosos? Un niño pequeño no mete las manos al fuego porque sabe que se va a quemar. ¿Sabía yo que me quemaría, imaginaba el incendio que provocarías adentro de mí? Igual que los niños de la imagen, a tu lado yo cruzaba un puente destinado a caer.

: calvo :

Nunca imaginé que Juan pasaría la noche conmigo. Una mujer no sale de su casa y dice voy a cazar a un hombre, o al menos yo no soy ese tipo de mujer. Ni modo de imaginarme que voy a seducir a un escritor con pedirle que firme un libro. Yo no soy así. Y mucho menos sin conocerlo. Si fuera el caso no le habría pedido a Emma que me acompañara, ni habría tenido la necesidad de rogarle para que fuera conmigo. El viernes de la conferencia era una tarde como cualquier otra, y yo no quería estar sola. Pasé por ella a su trabajo y me la llevé a tomar un café.

—Acompáñame.

—Estás loca, estoy cansada.

Emma es ejecutiva en una agencia de publicidad. Es mi prima pero también es mi mejor amiga. Quería que me acompañara. La soledad me desgana; yo pasaba demasiado tiempo en mi casa y poco a poco había decidido dejar esa cueva. Ella misma me había dicho muchas veces que ya era hora de salir, que debía reintegrarme a la vida, al mundo, y ahora yo usaba ese argumento para convencerla de que fuera conmigo al centro cultural.

Le expliqué que en la conferencia participaría un periodista que quería conocer. Ella me miró con cara de prima sospechosa, tratando de adivinar otro motivo.

—¿Y quién es ese periodista?

—Trabaja en San Diego. Tengo mucho tiempo que leo sus artículos. Y mira, traigo un libro suyo, quiero aprovechar para que lo firme. Emma tomó el libro, lo hojeó sin interés. Descubrió la foto del autor en la solapa.

—Ay, está muy joven.

—Qué te pasa, es una foto vieja, mira en qué año nació.

—Tiene cuarenta y cinco —dijo después de una veloz sustracción—, te lleva diecinueve años. No la chingues, güera, es demasiado viejo para ti.

—No lo quiero para mí, qué te pasa.

—Entonces para qué quieres ir —dijo como si no hubiera otra razón para salir más que conocer galanes.

—Ya te dije, quiero conocerlo, lo respeto como periodista.

—Oh, lo respetas. Pues qué respetuosa me saliste —agregó, riéndose de mí.

Pinche Emma. Yo también me reí pero no claudiqué, segura de que mi motivación era profesional. Por lo menos la convencí de que me acompañara. De

pronto ella tenía la curiosidad de ver qué tanto cambia físicamente una persona en veinte años.

—Va estar gordito, te lo aseguro. Y calvo.

: niño :

No sé por qué me gustó. Quizás fue por su inteligencia o su cabello alborotado.

Quizás por la manera en que se expresaba, como queriendo convencer al público de una parte de sí mismo que no existía.

Quizás fue porque yo imaginaba que un hombre de su edad debería reflejar seguridad en sí mismo y no como él, tan frágil y torpe, con ese tormento que carga en la mirada.

Quizás porque lo admiraba como escritor y quería conocerlo, más allá de unos instantes de charla cuando me firmara su libro.*

Como un combatiente derrotado y abandonado a su suerte en el campo de batalla, Juan recogía los documentos con que intentó demostrar su autoridad sobre el tema de la conferencia. En la mesa lo habían acompañado como ponentes un par de sociólogos del Colegio de la Frontera Norte, quienes acapararon la mayor parte del tiempo de discusión. Juan no había tenido oportunidad para lucir su conocimiento delante de los expertos, estaba fuera de su liga no por falta de erudición sino por su incapacidad de participar en un enfrentamiento de ideas. Los sociólogos habían mostrado su pericia frente a la audiencia, haciendo brillar sus conocimientos y hasta incluyendo comentarios humorísticos, de cuando en cuando, para despertar a los aburridos. Juan intentó interrumpir, era claro que no estaba de acuerdo con ellos; pero sólo había logrado verse como un niño solitario, buscando la manera de ser escuchado por un par de adultos que no se interesan en él. Después de unos cuantos intentos prefirió guardar silencio, dejando que ellos siguieran una perorata tan bien elaborada que parecían haberla ensayado.

Emma se había pasado dándome codazos, que en el lenguaje cifrado de las primas significa «ya me quiero ir» y «para qué me trajiste». No tardó en darse cuenta de que le aburría el tema de la discusión y que el tono de los sociólogos le parecía pedante.



* Nota al margen en tinta negra: «Al menos eso fue lo que yo creía o de lo que me quise convencer al principio».

: edición :

En los tiempos de la universidad, un profesor me había prestado un libro con la advertencia de que cambiaría mi vida. La verdad, siempre he dudado de los libros que pretenden cambiar la vida de sus lectores y de las personas que las recomiendan, desde La Biblia hasta Juan Salvador Gaviota y El Principito. Se suponía que el profesor había encontrado «puntos de contacto» entre lo que yo escribía en mis ensayos y las ideas que el escritor exponía en su libro. Para mi sorpresa, se trataba de una novela policiaca, como las que me gustaban, sobre un crimen sin resolver que había sucedido en Tijuana hacia finales de los años sesenta y que se suponía que estaba basado en hechos reales. Era una historia truculenta sobre el asesinato de una americana en la época en que Tijuana se ponía a disposición de gringos borrachos.

Para qué negarlo, yo era la típica presumida del grupo, la primera en levantar la mano cuando el maestro pedía una opinión. Mi actitud me enajenaba de mis compañeros, lo cual me tenía sin cuidado. La verdad es que me escondía detrás de una innecesaria careta de petulancia, cuyo único fin era esconder el hecho de que era sumamente bruta. No me causó mucha gracia que el profesor opinara sobre esos puntos de contacto. ¿A qué se refería? Me resistí al argumento de que alguien, quien fuera, pudiera coincidir conmigo en ideas o cosmovisión.* Ni siquiera disfruté el libro. Es cierto que la prosa fluía con un agradable sentido del humor, pero no había terminado de convencerme la manera en que concluía el entramado de la historia, con una especie de interrogatorio policial; además, había cabos sueltos que me molestaban.

El profesor había dicho que la edición era difícil de conseguir, y que debería jurar con sangre y ante la tumba de mis antepasados que se la regresaría antes de que terminara el ciclo escolar. Fue tanta su alharaca que en ese momento decidí no devolvérselo.

Era el semestre final de mi carrera y al profesor le hacía falta calificarme un trabajo. La última vez que lo vi me recordó que le devolviera el libro, me calificó un ensayo y quedé muy formal de llevárselo la semana siguiente, sin falta, sabiendo que estaría de vacaciones con mi familia fuera de la ciudad.



* Nota al margen: «Sí, “cosmovisión”; ¿qué otra palabra podría usar una chica que entonces se consideraba una mezcla de sor Juana, Frida Kahlo y Chavela Vargas?».

: llaves :

Tú mejor que nadie, Emma, deberías saber que no me iría del centro cultural hasta que consiguiera lo que buscaba. Es cierto que la conferencia duró más de lo deseado y el público literalmente huyó al finalizar la función, pero no seas mala, prima, espérame tantito, ¿okey? Ven para que lo conozcas. ¿No? Entonces no seas latosa, sólo será un momento.

Me acerqué al escritor con mi mejor sonrisa y, fingiendo que me ruborizaba, le mostré el libro.

—Hace mucho que no veía uno de éstos —dijo, alzando las cejas en actitud de sorpresa. Su rostro aún reflejaba el desencanto del combatiente derrotado.

—Me gustó lo que dijiste —mentí—. De hecho me pareció genial. Preguntó mi nombre y batalló para escribir una dedicatoria.

Finalmente garabateó: «Para Magda, agradeciendo su (palabra tachada) lectura de este antiguo libro. JAM».

—No soy bueno para las dedicatorias —se disculpó.

Ya sé, otros escritores dicen este tipo de cosas para fingir humildad y conquistar chavas, pero Juan me pareció sincero.

Su confesión acentuaba la fragilidad que yo había notado desde un principio. Me imaginé que si se levantaba de la silla requeriría un bastón o de alguien en quién apoyarse. ¿Por qué en lugar de sentirme atraída por la fortaleza de un hombre me atrae su inseguridad?*

Juan era como una hoja que se había desprendido de un árbol, y que ahora yacía en el suelo. Y yo contemplaba esa hoja, y sabía que era necesario levantarla. Decidí en ese momento que yo quería ser su nuevo árbol. Por eso dejé que te fueras sola, Emma. Lo siento, manita, no lo puedo explicar. Te mostré mi sonrisa de primita inocente y te ofrecí las llaves del Volkswagen. Luego bajé la mirada. Me tengo que quedar, ya me conoces, *sorry*, soy la misma, ya sé, pero sólo voy a cenar con él, sólo eso, *believe me!*



* Nota al margen: «Si no es por esa parte mamá que tenemos las mujeres, debe ser por esa parte pendeja que tenemos los seres humanos».

: :

No cualquiera lo hubiera notado, y yo mismo lo descubrí sólo después de varias visitas a la habitación de Magda. Había las notas necesarias para empezar este libro, y sólo deseaba imaginarla en su espacio íntimo, recostada en la cama, escuchando música o en silencio, mirando lo mismo que yo podía observar.

Sentado en la cama y observando la habitación, me percaté que el acomodo de unos libros llevaba cierta lógica, no tenían un acomodo casual sino que parecían responder a una estrategia determinada. A diferencia de los otros que se encontraban en los libreros, seis de ellos parecían estar colocados a propósito en distintas partes del cuarto y todos eran del escritor mexicano José Agustín.

Los libros se hallaban a la misma distancia, uno de otro, dispuestos en ángulos similares como si fueran espejos que intentaran atrapar el mismo rayo de luz. Su ubicación era la siguiente: en los burós, a los lados de la cama, se encontraban las novelas *Se está haciendo tarde* y *Cerca del fuego*, ambas ocupando el mismo lugar sobre los muebles; esquina superior derecha en uno e izquierda en el otro. *Ciudades desiertas* estaba sobre la televisión. En su escritorio, también en la esquina, *De perfil*. *Dos horas de sol* sobre una cajonera y *El rey se acerca a su templo* encima de una silla. Si fuera posible quitar todos los objetos y muebles, los libros formarían un hexágono.

Una entrevista posterior con su prima Emma reveló que Magda guardaba un ejemplar de la novela *La tumba* en la guantera de su carro. Por alguna razón que aún desconozco, Magda consideraba que su buena suerte dependía de los siete libros de José Agustín. Le había dicho a Emma que siempre estarían ahí, acomodados en esa posición. Eran su amuleto, y que jamás sacaría *La tumba* de la guantera.

: despedida :

Fabián, ¿por qué me cuesta trabajo decirte adiós? De qué me sirve tanta lectura y el tiempo que pasé en la universidad. Si yo fuera tan inteligente como varios suponen (o como yo misma lo creo a menudo) no estaría luchando por olvidarte.*

Mi plan requiere de un esfuerzo de voluntad. Para olvidar no se puede formular una estrategia o un plan de acción como redactar una nota de periódico. No puedo utilizar recursos de memorización como concentrarme en tus recuerdos o repetir una vez tras otra lo mismo; tampoco puedo utilizar métodos inversos, si es que existen: ¿desconcentrarme o repetir cada vez menos? La única opción para seguir el camino es quitarte del centro de la mesa, ponerte en una caja y guardarte en el sótano de mis pensamientos, donde ya no seas peligroso. En el futuro extraeré esa caja del sótano, le quitaré el polvo y la abriré para pensar en ti con nostalgia. Seré una dulce anciana, querida por vecinos y parientes. «Ay, Magda», me diré, «¿cómo fuiste tan pendeja, cómo permitiste que ese muchachito echara sus raíces adentro de ti, cómo perdiste el tiempo con un fantasma?».



* Nota al margen: «O teniendo que escribir estas estúpidas cartas para lograrlo».

: :

¿Cómo se sabe cuando un periodista cruza la línea?

Parecía ser una pregunta que atormentaba a Magda. Se puede ver en varias partes del cuaderno, en distintas hojas, en apuntes al margen y en notas garabateadas sin pensar: cruzar la línea, cruzar la línea, cruzar la línea... Esa frase, que en Tijuana significa atravesar la frontera internacional para ingresar a los Estados Unidos, poseía un significado severo para Magda. La línea era la división entre los periodistas que están a salvo y los que están en peligro de morir. Los reporteros no piensan que están exponiendo el cuello cuando escriben una nota porque nadie sabe realmente lo que ofenderá al lector. De pronto un reportaje inflamatorio no causa resuello y una nota circunstancial, de rutina, provoca reacciones inesperadas. Según Magda: «Puedes mencionar un nombre y ya estar al otro lado de la línea sin saberlo. Cuando menos lo esperas se detiene un auto junto a ti, unos hombres te obligan a subir y sabes que todo está perdido».

Los editores tratan de proteger a su gente y podemos ver que varios periódicos esconden los nombres de quienes redactan las notas. De todas maneras se sabe quiénes son los reporteros que tratan temas «delicados», están en la calle a la vista del público, no es difícil investigar el lugar donde viven.

Ellos son los que hacen las preguntas, los que sufren las consecuencias.

: despedida :

Fabián, sería complicado despedirme de ti si fueras un ser viviente. Esa sí sería una calamidad. Porque si no hubieras desaparecido, yo de cualquier modo habría tenido que decirte adiós.

Me gustaba el peligro, ese era el problema.

Me gustaba sentirte parte de un destino inevitable, mi lado oscuro; era como fumar: sabes que es una chingadera que a la larga te hará escupir los pulmones pero mientras tanto lo disfrutas: qué deleite, qué sabrosura.

Me gustaba que mi madre te odiara. Ella aseguraba que yo acabaría mal, siguiendo contigo, perdiendo mi tiempo «con alguien como él».

Ella era un auténtico cliché. Pero yo también lo era, muchacha rebelde que hacía lo contrario a lo que sus papás decían. Eso era mi familia, una guerra de clichés.* Lo malo es que ser un peligro no fue suficiente para despedirme de ti.

El peligro no es como una verruga en la nariz, algo horrible con lo que no se puede vivir. Fácilmente me habría despedido de una verruga, o si tuvieras el rostro desfigurado por un accidente, o si te faltara un dedo, te mordieras las uñas o si tuvieras mal aliento. El peligro era atractivo, seductor, calentaba mis entrañas, me hacía sudar. No era como recibir una cachetada o descubrir una infidelidad de tu parte, razones de peso para despedirme de ti, por más guapo que fueras.** El peligro quedaba muy abajo en la lista de razones, y lo peor era que yo lo ponía en la lista de virtudes; no en la de los defectos.



* Nota al margen: «Cambiar el tiempo verbal a eso es mi familia, porque muy poco ha cambiado».

** Nota al margen: «Porque sí eras guapo, pinche Fabián. Muy limpio, perfumado y bien vestido; besabas y bailabas como ningún otro. Y tenías una sonrisa encantadora».

: :

Para entender el origen de los temores de Magda es necesario ordenar y analizar sus apuntes desperdigados a lo largo de las páginas de su cuaderno. Ahí se encuentran breves notas que redactó los tres meses que estuvo de guardia nocturna en el periódico. Ella trabajaba de día, en un horario de siete de la mañana a tres de la tarde (aunque sus jornadas fluctuaban); cada uno de los reporteros debía cubrir un tiempo adicional en la noche. Los viernes, ella permanecía en el periódico hasta las 22:30 horas, cuando la reemplazaba otro reportero. Realizó esta actividad y registró sus experiencias en el cuaderno Universitario. Su editor, Gustavo Solórzano, recuerda que Magda un día se presentó alterada: «No se veía bien, ya no tenía el humor de antes, las guardias nocturnas la transformaron. Bueno, más bien habrá sido un problema personal; el caso es que la vi mal y todos los que trabajamos aquí lo notamos. Temíamos que estuviera enferma...».

En vista de las circunstancias, Solórzano aceptó que Magda fuera el único miembro de su equipo que no cubriera el horario nocturno.

: guardia :

Viernes en la noche, guardia en el periódico. Los demás están en sus casas, viendo la televisión o preparándose para salir a una cantina. No hay mucho que hacer, esperando la noticia. Contemplas los escritorios alrededor y tratas de adivinar los hábitos de los reporteros que los utilizan, por las manchas de café y el desorden. En un escritorio lejano está un diseñador muy concentrado en su trabajo, es un empleado nuevo. Pobre, no se imagina las desveladas que le esperan, ésta es la primera de tantas. Me sirvo un cafecito, navego en la red, reviso mis correos, atenta a las voces que surgen de la frecuencia policiaca, esperando noticias jugosas.

Tic tac, tic tac...

Son las 8:30 y nada ha sucedido esta noche. En dos horas me voy a mi casa. Quisiera ver a Juan, pero con él nunca se sabe.

: guardia :

Guardia en el periódico, atenta a la frecuencia policiaca.

El aparato escupe los ruidos de la noche, cuando Tijuana deja de ser una ciudad como cualquiera y se vuelve una selva, cuando se apoderan de ella los animales. Mientras los habitantes duermen, la ciudad se transforma. Los policías recorren sus calles, encerrados en sus patrullas. Guardianes temerosos, siguen órdenes a veces, la mayor parte del tiempo sólo tratan de sobrevivir. No les pagan suficiente para arriesgar el pellejo; saben que participan en una guerra absurda, sin fin ni finalidad. El narco es quien gana la guerra.

¿Quién diablos decide ser policía en lugar de contador o maestro?

En la Redacción el aparato me introduce a la Tijuana nocturna, la odiosa y vengativa. Los representantes de la ley deambulan en la noche con sus habituales y crípticas claves (12-16, heridos; 10-51, arma larga; 10-50, arma corta; 10-cincuentazos, disparos de pistola). Sabemos dónde están las patrullas, sabemos qué hacen los policías, sabemos lo que ellos quieren que sepamos.

«Unidad 47 solicita refuerzos».

Las voces no siempre son de la policía. A veces son voces extrañas que no se preocupan por claves ni tienen que recurrir al manual: «Ese mi comandante, lo estamos vigilando. Ya casi le toca su turno».

El turno, la amenaza, la guadaña que cada vez está más cerca. Los criminales se divierten con los policías. Los imagino en una casa, echándose unos tragos, igual hablando de futbol o quejándose del clima. Para pasar el rato, usan la frecuencia policiaca, ponen música, mandan saludos, se divierten. De repente el aparato escupe el estruendo de las canciones sinaloenses, algún corrido estúpido. Se trata de molestar al prójimo.



* Nota al margen: «¿Cómo se llama ese corrido? Habla de la valentía de los que son hombres verdaderos. Habla de amenazas contra policías, armas largas y polvo blanco. Dice algo así como “me gano el respeto a balazos”. Ojo: preguntarle a Pablo».

: guardia :

Guardia en el periódico, atenta al aparato. Reporte de balazos en la colonia El Pípila. Un policía hace preguntas desde la comandancia.

—¿Qué cuánto tiempo se escucharon los balazos?

—Parece que unos diez minutos.

—¿Arma corta o larga?

—10-50.

—¿Ya no siguen?

—No copié, jefe. Repita por fa.

—Que si ya no siguen los balazos.

—Ya no, todo tranquilo, dicen los vecinos. ¿Seguimos la investigada?

—Negativo. Ya para qué, se acabó.

: turista :

Muchas personas que acaban de morir parecen dormidas, tienen esa serenidad, esa actitud de reposo. Si no fuera por la circunstancia en la que se encuentran: en medio de una calle, en un lote abandonado o sobre una banqueta; si no fuera porque la posición de sus cuerpos delata que trataban de huir de un agresor o porque el parabrisas de su automóvil está hecho añicos, pareciera que están descansando. Como si el sueño o un abrupto cansancio los hubiera alcanzado y ellos no hubieran encontrado otra opción que echarse de lado o dejarse caer. Así los encontramos. Y si no fuera por la sangre y las vísceras que se asoman, me atrevería a decir que parecen cargados de una extraña dulzura; por más culpable que haya sido un hombre por sus crímenes, la muerte violenta le devuelve la inocencia.

A veces paso la mano con suavidad por el cabello de los muertos, como quien intentara despertar a un niño sin asustarlo. Eso quiero hacer, despertarlos, decirles «Ya es hora de levantarse, dormilones, hora de irse a trabajar».

Pablo se escandaliza.

—Estás loca. Déjalos en paz.

Procuramos llegar primero que la policía (lo cual no es difícil) para inspeccionar la escena del crimen, tomar fotos al cadáver antes de que se acumulen los mirones y arrasen con los casquillos o cualquier prueba que se encuentre alrededor como recuerdo.

No falta quien me diga: «Si quieres te tomo una foto con el muerto, Magda». Pero no se trata de eso: no soy turista. Solamente quiero despertarlos.

: vitaminas :

De haber sabido que el escritor pasaría la noche conmigo hubiera escondido la pistola, pero las circunstancias se dieron de otra forma. Fabián, ¿me creerías si te dijera que nunca imaginé a Juan en mi cama? Emma diría lo contrario, pero tuvieron que pasar una botella de vino y una conversación sabrosa para que yo me convenciera de que quería coger con él. Me gustaba su sonrisa y sus ojos brillantes cuando se emocionaba por lo que estaba diciendo. Yo me comporté como una Magda ejemplar, calladita y risueña.

Juan tiene una fascinación por el cine asiático y me aseguró que desde hacía mucho sólo veía actores con ojos rasgados. Mencionó una lista de directores; yo conocía a Kurosawa y sólo algunas de sus películas de samuráis. De las películas que mencionó de Wong Kar Wai yo había visto *In the mood for love*, ambos estábamos convencidos de que era una obra maestra; Juan prefería otra del mismo director, *Days of being wild*, que me platicó con lujo de detalles.*

Hablamos sobre uno de los actores, Leslie Cheung.

—¿Sabías que se suicidó? —me preguntó.

—Ni siquiera sabía que existía y ya de pronto me dices que se mató. No podré mirar la película sin pensar que miro a un cadáver.

—Se aventó del piso veinticuatro de un hotel de Hong Kong. Eso es quererse morir, no chingaderas. Estoy convencido que para suicidarse se requiere mucha valentía. Es fácil decirlo pero llevarlo a cabo es otra cosa.

—Yo tuve una amiga que se tragó un frasco de pastillas.

—¿De veras? ¿Qué le pasó?

—Eran vitaminas. Hubo que bombearle el estómago en el hospital, hizo el ridículo de su vida y todo fue por un hombre. Luego se casó con él y tres hijos después se divorció. Eso sí, su sistema inmunológico se volvió impenetrable con tanta vitamina y nunca ha tenido una gripe, que yo sepa.

A Juan le pareció divertida la anécdota; a mí me sigue pareciendo deprimente. Luego hice una pregunta idiota:

—¿Tú de qué forma te matarías?

Le sorprendió la pregunta. Era la primera ocasión que cenábamos y la primera de tantas que se sorprendía con una pregunta mía.

—Lo haría de una forma engañosa.

—¿Cómo?

—Dejaría que pasaran los años.

—¿Y?

—Tarde o temprano me moriría, sería un suicidio lento y tortuoso.

—Eso no es un suicidio.

—Leslie Cheung se encontraba en el ápice de su carrera, una de las estrellas más queridas de Asia. El amor de millones de personas no fue suficiente para salvarlo. Me lo imagino en la cornisa del piso veinticuatro. Habrá hecho viento y frío allá arriba. Él no lo sentía porque debía cumplir una misión. Adiós, mundo cruel. Seguro dejó una gran mancha en el asfalto. Paf, se acabó.



* Nota al margen: «Después descubrí que lo que me contó era una versión distorsionada de la película, lo que él mismo inventaba para no confesar que se le había olvidado».

: pistola :

Estábamos en pleno agasajo sobre la cama cuando Juan se dio cuenta de que yo guardaba una pistola bajo la almohada. Se sobresaltó y me pidió que encendiera la luz. Tomó la pistola y la observó en silencio. Me pareció como un niño fascinado por un regalo que acaba de abrir, no me hubiera sorprendido que dijera «guaaaauuuu».

—De veras que eres una chica interesante —dijo.

Me molestaba que alguien hubiera descubierto mi secreto. Juan tocaba un objeto que era mío como ningún otro, representaba una herida profunda, un pasado, una interrogante; era Fabián convertido en metal. Juan ya me había quitado la blusa y el brasier, ya había tocado mis pechos... (mi cuerpo podía ser suyo pero la pistola no). Me maldije por no haberla guardado en otro lugar. Quise quitársela, arrebatársela pero no pude, traté de explicarle:

—No es lo que tú crees.

—Detrás de toda arma hay una historia, cuéntame la tuya —dijo Juan, sus ojos espléndidos y luminosos.

—No es tan interesante como te imaginas.

Me entregó la pistola y la guardé en el cajón del buró. Me miraba como si tratara de leer una novela policiaca en mi rostro. Le hablé de Fabián, le dije lo que sabía. Fue una noche de confesiones también: Juan me contó todo acerca del olvido.

¿Cuándo se cruza la línea? Es una pregunta que al parecer Magda le quiso hacer a Samuel Ordóñez. Sin detallar, documenta en el cuaderno los encuentros con el periodista. Para ella, él era una figura monumental, un viejo oráculo imprescindible. En varias ocasiones lo fue a visitar con cualquier excusa pero cuatro de estos encuentros resultan relevantes para esta investigación. Fueron reuniones breves en los días que ella sabía que él estaría menos ocupado, después de cerrar la edición. Don Samuel la recibía con agrado e inevitablemente, antes de despedirse, le preguntaba cuándo se iría a trabajar para él.

¿Era una propuesta de trabajo o un gesto de cortesía? Magda acababa de salir de la universidad cuando lo conoció («antes de su fallecimiento, en la escuela los maestros hablaban de él con desdén o para criticarlo; ahora es distinto, por supuesto»). Había aceptado hacer trabajo social en un diario. Una de sus primeras tareas fue entrevistar al periodista. Le disgustaba no ganar dinero porque significaba depender un poco más de sus padres, pero le habían dicho que era la única manera de poder empezar a trabajar ahí.

Estaba emocionada por conocer a Ordóñez y había dedicado varias horas a prepararse para la entrevista. Quería realizar un trabajo pulcro, sin amarillismo. No fue hasta después de conversar con el periodista que entendió que la habían usado para una mala broma, una grosería con la que el diario mostraba su menosprecio hacia uno de sus más odiados rivales. Desde su columna semanal Ordóñez había criticado en numerosas ocasiones a los periodistas que mostraban una agenda política y el patrón de Magda no se salvaba de las acusaciones, por «su absoluta entrega y devoción al gobernante en turno». En el diario nunca se habían interesado en entrevistar a Ordóñez, ni siquiera después del atentado de 1997.

Luego que Magda arribó al semanario entendió la magnitud de su tarea. A simple vista, frente al edificio, había cuatro hombres armados con fusiles de asalto, mismos que la observaron desde que ella se bajó de su Volkswagen. Adentro reinaba la calma y la recibió una sonriente recepcionista, custodiada por otro guardia. La oficina del periodista se encontraba al interior de la redacción y para llegar a ella tuvo que dejar su mochila y pasar por el escrutinio de otros hombres.

Don Samuel se puso de pie para recibirla, la saludó de mano y la invitó a sentarse en un sillón. Magda colocó su grabadora en medio de ambos, y presionó los botones

PLAY y RECORD. Segundos después, el periodista sacó su propia grabadora e hizo lo mismo.

—Cuando guste —dijo.

Magda se sintió torpe y la situación entera le pareció ridícula.

—Es un error —dijo, tratando de esconder una mueca de fastidio.

—¿Por qué, un error?

—Porque yo no debería estar haciendo esta entrevista. Tengo poco que salí de la escuela y ésta es apenas la tercera nota en la que trabajo para el periódico. La primera fue entrevistar a barrenderos municipales, la segunda fue preguntarle a la gente lo que pensaba del dinero que gastan los partidos en sus campañas. ¡Y ninguna de esas notas aparecieron firmadas con mi nombre, yo sólo recabé la información!

—¿Y eso la hace sentir que no está calificada para hacer una entrevista?

—Podría aventarme, pero no le veo caso. Prefiero regresar a entrevistarlo en unos tres años.

Ambos apagaron sus grabadoras.

—No es una cuestión de tiempo sino de lo que usted haga en esos tres años —dijo el periodista.

—Espero seguir haciendo esto.

—Yo estoy seguro de que sí —agregó don Samuel mientras se levantaba para despedirse—. Yo apuesto que en tres años estará lista para lo que sea. Hasta podría invitarla a trabajar conmigo.

: :

La segunda ocasión que Magda visitó a Ordóñez habían pasado dos meses desde el primer encuentro. Le pidió disculpas y le informó que había renunciado a su empleo. Estaba segura que su editor la usó para faltarle al respeto y por ello se sentía profundamente apenada.

—Esperaban que lo entrevistara y que escribiera alguna torpeza y ¿sabe qué hubieran hecho con la entrevista?

—No tengo idea.

—La hubieran tirado a la basura porque yo no tengo nada malo que escribir de usted.

—Me da gusto —dijo el periodista, sonriendo.

—Quería reiterarle que deseo continuar en esto, no lo voy a dejar.

—No se olvide que la espero en tres años.

: pistache :

Magda sorprende a Juan con un comentario:*

—La memoria es como un cuaderno que hojeas en busca de recuerdos. Te sorprende que algunas páginas se han vuelto amarillentas: es el paso del tiempo. Yo creo que lo que tú haces es arrancar las hojas incómodas. Por eso olvidas.

Para él cualquier discusión era una fogata que debía cuidarse para que no se apagara: Juan arroja trozos de leña como combustible:

—Si la memoria es un cuaderno —comenta—, ¿por qué no puedes abrirlo en la página uno?

—No entiendo la pregunta.

—¿Cuál es tu recuerdo más antiguo? —pregunta Juan.

—Déjame ver... Podría ser una vez que me caí.

—¿De niña?

—Sí.

—¿Y qué edad tenías?

—No sé... Unos tres años.

—Esa no es la página uno del cuaderno.

Magda retrocede:

—Tienes razón. La memoria no es como un cuaderno, fue una mala comparación. Es como una caja llena de fotografías. Quieres recuperar un recuerdo y buscas en la caja; revisas, escoges... ésta no, tal vez ésta, hasta que encuentras el recuerdo exacto.

Trozos de papel a la fogata:

—O a veces no lo encuentras —dice Juan.

—Cierto. Es como cuando te preguntan cuál era el sabor favorito de helado de tu abuelita y no te puedes acordar. Sabes que hace muchos años la viste comer helado pero no recuerdas el sabor. Sabes que no era limón, sabes que no era chocolate. Te acuerdas de la circunstancia: una visita al parque (un día sin precedentes porque la abue jamás quería salir de su la casa, cosiendo, lavando platos o viendo la tele). Pero ¿qué sabor era el helado que comió en el parque? Buscas y buscas en la caja...

—Y no encuentras el recuerdo —agrega Juan—, quizás ya no está, se ha perdido. Eso para mí es el olvido.

—Tú ves el olvido como algo definitivo; yo no quiero creer que ese recuerdo ya no está en la caja. Meto las manos y sigo buscando.

—¿Por qué?

—Porque no me conformo con olvidar. Porque clasifiqué esa foto como «no importante» y le eché muchas otras encima, como el retrato de una amiguita de la primaria, o la foto de los zapatos de esa amiguita. Estábamos en segundo año y me daban mucha envidia sus zapatos de charol. Nadie más llevaba zapatos de charol a la escuela. ¿Por qué crees que me acuerdo de esa pendejada y no me acuerdo del sabor del helado?

—Porque fueron importantes esos zapatos, porque los querías para ti, quizás sentiste envidia por primera vez.

—Es cierto —admite Magda—, los recuerdos se clasifican por el impacto que causa la experiencia. Por eso me acuerdo de la caída.

—Cuéntame.

Magda iluminada continúa:

—Era una fiesta de cumpleaños. Mi mamá había invitado a las hijas de la vecina y a familiares. Por ahí andaba Emma, me acuerdo perfectamente, te puedo decir el color de su vestido.

—¿Zapatos de charol?

—No, pero su vestido y el mío eran parecidos. Muy infantiles, con holanes y moños; verde limón, el mío; rosa, el de ella: mi tía lo había comprado en la misma tienda que mi mamá. Recuerdo la fiesta, el pastel, la gelatina, la piñata con forma de princesa. Y recuerdo que estábamos corriendo de un lado para otro, jugando, cuando de pronto me caí de bruces sobre el cemento. Me ardían muchísimo las rodillas y empecé a llorar, al principio de dolor y luego de coraje porque mi mamá no llegaba para ayudarme.

—De nuevo, te acuerdas de ello por el impacto.

—Sí, qué divertida es la memoria.

—¿Y sirvieron helado en esa fiesta?

—No podía faltar la nieve con el pastel.

—Y ¿de qué sabor era?

—¿La nieve?

—Sí.

—¡De pistache!

—Qué rico.

Magda de nuevo iluminada:

—No. De pistache era el sabor del helado que comía mi abuelita. Me acordé.

—Qué bien.

—Y tú sabías que lo recordaría.

—¿Yo cómo iba a saberlo?

Magda sonriente, altiva:

—Me ayudaste a buscar entre el montón de fotografías; no metiste las manos a la caja pero me enseñaste a buscar.

—Te juro que no era mi intención.

—Ahora sigo yo.

—¿De qué?

—Te voy a tomar de la mano, te voy a enseñar a buscar las fotografías. Te ayudaré a recuperar lo que has olvidado.

Juan observa la sonrisa de satisfacción en el rostro de la muchacha mientras deja que la fogata lentamente se apague.



* En varias ocasiones Magda recurre a la tercera persona para hablar de sí misma. La intención era quizás distanciarse de lo que narraba. [N. del A.]

: despedida :

Fabián, para despedirme de ti habría necesitado mucha madurez. Sentía que brillabas, que emanabas luz propia y me gustaba escucharte hablar; tenías opinión de todo lo que sucedía alrededor. No eras el típico hombre de tres temas: deportes, autos y trabajo; eras inteligente, atractivo y poseías un don para convencerme de lo que fuera. No me dejarías partir.

—Vengo a despedirme —te habría dicho.

—¿A dónde vas?

—Voy a dejarte.

—¿Dejarme dónde?

—Dejarte para siempre.

—¿Así nomás?

—Pues ¿de qué otra forma?

—Está bien, dime ¿por qué te vas?

Pensativa, en silencio, estaría tratando de hallar una respuesta.

¿Porque eres un peligro? Te habrías reído de mí.

¿Porque mi mamá te odia? Yo me habrías reído de mí.

¿Porque tengo miedo, porque todo indica que valemos madre, porque tarde o temprano te van a matar o nos van a matar juntos?

—¿Quiénes nos van a matar? —habrías preguntado.

—Ellos.

—¿Quiénes?

—Los que matan.

Y surgiría tu sonrisa, y con esa sonrisa te habría brillado el rostro tanto que me sentiría encandilada y en busca de gafas oscuras. Me habrías preguntado si de veras quería separarme de ti, despedirme de ese rudo amor que compartíamos. Y la pendeja habría contestado que no, que era imposible separarme de ti: te quiero te adoro amormío qué lindos ojos hazmel amor. Pero ahora no estás frente a mí, no tengo que escuchar tus réplicas ni argumentos. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Escucha esto:

—Fabián, me voy.

—...

—Voy a dejarte.

—...

—Para siempre.

—...

—Porque fuiste un peligro y todavía lo sigues siendo.

: despedida :

Porque ya no estás en este mundo, sólo en mi cabeza.

Porque te mataron los que matan, ellos; te desaparecieron los que desaparecen, ellos.

Porque te he guardado tres años en la vitrina de mi memoria como si fueras un muñeco de porcelana, frágil y triste.

Uf, porque quiero recomenzar.

Porque hay alguien en mi vida.

Porque quiero fincar mis ilusiones en él.

Porque quiero construir un edificio a partir de su nombre.

Porque quiero amueblar un departamento y vivir en ese edificio.

Porque los fantasmas como tú no sirven ni siquiera para masturbarse.

Porque necesito las atenciones de un ser viviente.

Porque necesito del tacto ajeno, la suavidad de una piel diferente a la mía.

Porque necesito palabras amorosas susurradas en mi oreja y quizás una lengua que la acaricie después de decirlas.

Porque ya no existes, chingada madre.

—Fabián, he decidido olvidarme de ti.

: olvido :

¿A qué se refiere Juan con la palabra olvido?

Me explicó que el olvido era como estar en una playa cuya marea está subiendo. De esa misma playa podía decir que hace muchos años las olas estaban lejos, en la distancia, y podía disfrutar su belleza. Los hombres vivos se mantienen lejos del olvido, saben retirarse a tiempo; pero él había permanecido inmóvil, como lo hacen los muertos, mientras las olas seguían aproximándose. La creciente marea era el olvido que lentamente se apoderaba de él.

Juan aseguraba que el mar terminaría por cubrirlo y que a partir de ese momento no tendría un solo recuerdo. No sólo desaparecerían de su memoria experiencias lejanas sino también las inmediatas, olvidaría incluso quién era él mismo. Y entonces estaría solo.

Mientras ella deseaba olvidar,* él lograba hacerlo sin intentarlo. Sus vivencias desaparecían, dejando atrás una estela de vacío; tarde o temprano la olvidaría también a ella.

—¿Cuál es tu recuerdo más antiguo? —preguntó Magda.

No se rascaba la cabeza, no intentaba buscar esa lejana memoria. Lo había hecho ya muchas veces y sabía que el resultado era una mezcla de confusión y oscuridad. Recordar se había vuelto un verbo inútil: su infancia, adolescencia, su época de estudiante, sus primores amores... poco a poco la marea subía y lo iba perdiendo todo.

Tarde o temprano también la perdería a ella.

Sin embargo, el saberse efímera en la vida de una persona le excitaba. Cuando conoces a un hombre que te gusta, se decía, y luego descubres que hay química y que no es un tarado, quieres quedarte con él para siempre. Juan era el hombre con el que ella deseaba quedarse.** Le llamaba la atención su dulzura, su madura inmadurez, la manera en que la escuchaba y respetaba sus opiniones. A menudo sentía que no había conocido a nadie como él, pero su lado racional le recordaba que ya había sentido con otros hombres esa sensación de primera vez. Para ella el enamoramiento era sentir una y otra vez la primera ocasión, olvidar y empezar desde cero.



* Nuevamente, refiriéndose a sí misma en tercera persona. [N. del A.]

** Nota al margen: «Es el hombre con el que deseo quedarme, es el hombre con el que deseo quedarme, es el hombre con el que...».

: zozobra :

Magda rechazaba a los hombres de su edad, los de su trabajo, los ex compañeros de la escuela. Invariablemente, en cuanto la sentían acercándose levantaban la guardia, ponían los puños en alto, sacaban letreros que decían PROHIBIDO ENTRAR, PASE BAJO SU PROPIO RIESGO, CUIDADO CON EL PERRO, NO ESTACIONARSE...

Y al estar en guardia esos hombres le parecían pedantes. No sabían dar una respuesta certera, todo lo convertían en broma. Imposible hablar de amor porque se volvían unos niños cuyo primer impulso era correr a esconderse tras la falda de sus mamás. La pareja ideal, según Magda, debería estar formada por dos personas que podían caminar en silencio a través de un largo parque. Una ligera brisa de la tarde los haría juntarse. Si comenzaba una llovizna el hombre no diría que no a sentarse con ella en el césped o en una húmeda banca del parque. No había necesidad de levantar la guardia, no había puños sino manos abiertas que empezaban a mojarse por la lluvia. Suponer que Juan la olvidaría le parecía emocionante. Ella tendría que causar un impacto para que su cerebro la admitiera como su último recuerdo, la última fotografía de esa caja que es la memoria.

¿Cómo sería para él cuando la caja se quedara vacía, cuando la marea lo cubriera por completo? Ella deseaba saberlo. Quería estar a su lado cuando sucediera, conocer esa zozobra, observar el rostro de un hombre encobijado por el olvido, estudiar su mirada, hallar la manera de prolongar ese último recuerdo. Como el cuento de Poe en que los personajes desean retrasar el instante de la muerte para capturar sus misterios: así trataría ella de sostenerlo y mantenerse en ese recuerdo final.

: fotografía :

—¿Quién le dio la foto? —preguntó Samuel Ordóñez.

—No sé, la hallé bajo mi puerta, en un sobre manila.

—¿Quién cree que se la dio?

—Un tío de Fabián.

—A ver, explíqueme.

—Creo que fue su tío, un policía americano.

—Que se llama...

—No sé. Fabián le decía Tío Efe.

—¿Como qué edad tenía el tío?

—Es una persona mayor. ¿Lo conoce?

—¿Y por qué cree que le dio la foto?

—Él me dio la pistola.

—¿La pistola de su novio?

—Sí. Me la entregó en una caja, me la dio en el funeral de Fabián. Yo estaba muy mal, triste, desconcertada, ni siquiera pensé en ello. La caja estuvo semanas en mi carro sin que yo la abriera.

—¿No le dijo algo cuando se la dio?

—Me dijo «es un recuerdo para ti».

Yo lo conocía porque venía seguido a Tijuana. Visitaba a Fabián, paseábamos con él, íbamos a comer. El señor pagaba todo. No me parecía una persona de confianza. Por las noches se iban juntos, nunca supe lo que hacían, pero parece que Fabián le ayudaba con algunos asuntos. Después traía mucho dinero. Magda se detuvo de pronto. Le incomodaba el recuerdo. Hubiera preferido cambiar de tema o despedirse y salir a la calle. Necesitaba aire, silencio; quería estar sola. Pero se recuperó. Como muchas veces lo hacía en su trabajo después de un día pesado, dio vuelta a la página y continuó:

—Cuando abrí la caja reconocí esa pistola...

Ordóñez, en silencio, ordenaba sus ideas. Magda adivinó su pensamiento.

—¿Usted conoce al tío de Fabián?

—Recuerdo que había un Méxicoamericano que durante muchos años fue enlace entre la policía de aquí y la de allá. La relación entre las corporaciones era espinosa en aquella época, tanto los americanos como los mexicanos guardaban con recelo los

datos extraídos de sus investigaciones, además que desconfiaban mucho unos de otros, había demasiadas colas que pisar en ambos lados de la frontera. Le llamaban el Comandante Efe. La policía mexicana lo consentía mucho, seguramente le daban su bonificación semanal. En fin... ¿por qué cree que le dio la foto?

—Es una persona extraña, actúa como si fuera parte de una conspiración permanente, ocultando sus motivaciones hasta de lo más simple. ¿Qué vas hacer mañana, tío? Se ponía el dedo índice en los labios: eso no se pregunta. Hablaba de su juventud, presumía de haber sido despiadado, que extrañaba los tiempos en que a la policía no se le juzgaba por sus métodos sino por los resultados. Quería impresionarme. Me preguntó si yo sería capaz de matar a alguien, me dijo que incluso las personas más puras eran capaces de crueldad extrema, que me podía imaginar con las manos llenas de sangre, sin remordimiento. Jugaba con tu mente por puro placer. Por eso me dio la pistola, y por eso creo que me dejó la foto. Sigue jugando conmigo dos años después del funeral.

—He oído muchas anécdotas del Comandante Efe, pero ninguna que hable de su carácter. Si es el mismo que usted menciona me parece un personaje interesante.

—Yo diría que enfermo.

—A eso me refiero, interesantemente enfermo... ¿Y cuál cree que es el juego del tío?

—Creo que investigó y dio con el asesino de Fabián. Es una forma de decirme quién lo mató.

El periodista no se sorprendió, esbozó una leve sonrisa.

—Es una foto cualquiera, se la pudo dejar un vecino. El rostro está fuera de foco, podría ser uno de muchos individuos.

—¿Qué la hace pensar que este hombre es un asesino?

—Es un presentimiento. Y usted puede confirmarlo si sabe quién es.

—Yo no puedo confirmar nada.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Quiero saber una cosa, don Samuel: si usted conoce a ese hombre, por lo que sabe de él, ¿sería capaz de asesinar a Fabián?

¿Es un asesino?

El periodista la contemplaba, le veía los ojos, la estudiaba. Luego rompió el silencio con una sonrisa.

—¿Y de qué le sirve saberlo? El hecho que yo piense o sepa que un hombre es capaz de matar a otro es irrelevante porque no confirmaría si en efecto mató a su novio. Mejor quítese esa idea de la cabeza.

: regresión :

Magda odia los silencios.

—Para mí silencio significa esas ocasiones en que mi papá y mi mamá se pelean y dejan de hablarse. Ahí está la familia entera, ellos, mi hermano y yo, sin saber qué decir. Y mi mamá está lamentándose y mi papá está encabronado, y una quisiera pensar en una palabra que decir, pero no hay nada, sólo silencio. Magda rellena los espacios de silencio con la diligencia con que un aprendiz de odontólogo llenaría las cavidades dentales. Abre las compuertas y escapa un torrente de ideas que muchas veces ni ella misma logra controlar. Advierte en su cuerpo un placer estimulante al escucharse. Muestra ese placer en su rostro, en el color que le sube a la cara y la energía que la llena cuando piensa que está expresando un argumento ingenioso. Se defiende del silencio, entabla con él una guerra sin tregua. Le encanta que el escritor no compita con ella, que alimente a esa bestia que necesita escapar de su encierro, cuestionando sus argumentos, provocándolos y luego quedándose callado. Juan abre la puerta, aceita las bisagras, la deja perderse en delirios semánticos, conclusiones dispersas y algoritmos misteriosos.

—Los seres humanos estamos condenados a confundir el amor con el orgasmo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Juan.

Magda aclara que no se refiere a la humanidad entera sino a las mujeres, y corrige luego diciendo que no se trata de las mujeres en general sino de las que ella conoce, las que son de su edad, sus amigas.

Entre esas amigas no hay una sola que no se hubiera enamorado de su actual novio después de la primera cogida o el primer orgasmo, que por lo general no llegaba durante la primera cogida, aunque había excepciones.

—Los hombres se convierten en cachorros, nunca son tan frágiles como cuando se están viniendo. Es una especie de regresión, retornan a su infancia, más atrás inclusive.

—Es una hipótesis interesante —comenta Juan.

Para Magda no era una hipótesis sino un hecho establecido; ella funciona con certezas, la incertidumbre es para otro tipo de mujeres. Y ha sentido en carne propia el arrebató de los orgasmos masculinos y los lánguidos restos del macho que se ha venido arriba, debajo o a un lado de ella. Lo comprobaba con las conversaciones que mantenía con sus amigas (Sandra, Evelyn, Rocío, Juana); ellas constataban que así

era: orgasmo igual a amor; novio igual a cachorrito lechero.

—¿Y cuánto tarda el hombre en volver a ser el hombre que era, el marido indiferente, el proxeneta explotador, el violador arrebatado? —pregunta Juan.

—La regresión es instantánea y dura unos segundos. Culmina el orgasmo y el marido se levanta a mear, el proxeneta se guarda la navaja en el bolsillo y el violador se pone a pensar en la siguiente víctima.

Magda espera impaciente otra pregunta, sus ojos y sonrisa se agrandan.

—¿Será cuantificable —pregunta Juan—, podrá medirse esa regresión orgásmica que mencionas, podrán colocarse electrodos para localizar hasta qué instante se regresa el que se está viniendo?

—Yo diría que el hombre se regresa más allá de su vida —responde Magda.

—¿Más allá o más acá?

—Sí, más acá.

—Entonces no te refieres a su vida sino a su pre-vida.

—Es primigenio, Juan: los hombres regresan a un tiempo en que no había con qué cubrirse y estaban expuestos a la naturaleza. Después de un orgasmo, algunos hombres lloran en mis brazos como niños.

No había problema con disertar sobre la evolución o involución del homo sapiens, pero a Juan le desagrade hablar de los otros amores de Magda.

—¿Tuviste varios hombres?

—Varios, sí agrega —Magda, naturalita.

—¿Más de dos?

—Dos, más, varios, ¿qué importa?

—Lo único que estás haciendo es confesar que has tenido novios maricones —el escritor de pronto siente una molestia pero intenta racionalizarla.

—Te estoy hablando con seriedad —dice Magda— y tú me sales con una chingadera. No cabe duda de que eres hombre.

—Seré hombre —dice Juan—, pero no soy de los que se vienen y lloran.

: novatada :

Me interesa observarlos porque son indefensos, rodeados de un silencio definitivo. Así es como los muertos se preparan para el olvido. Habrá quien los llore, quizás. Habrá quien se indigne o entristezca por esa partida repentina, pero el olvido no tardará en llegar y cuando se manifiesta su presencia es definitiva. Es una necesidad de los vivos, olvidar a los que se fueron; es la única manera de seguir adelante.

No los quiero ver descuartizados ni con el rostro hecho pedazos. Un muerto reciente es inofensivo y triste. Parece que tienen sed, hambre; parece desprotegido. Por eso quiero que despierten, que escupan las balas fuera de su cuerpo y abran los ojos. Quisiera abrazarlos.

Pablo se preocupa por mí:

—Estás loca. Déjalos en paz.

No puedo, es una sensación de ternura. Soy hija y mamá de ellos.

No los quiero olvidar, lo sentí así desde la primera vez: ese día fui la última reportera en llegar al lugar de los hechos, un lote baldío en las afueras de la ciudad. No quería arrimarme demasiado y estaba nerviosa, los otros reporteros se consideraban veteranos de guerra delante de la muchacha nueva, machos alfa todos ellos. Ahí viene una más que intenta ser periodista, que envían al campo de batalla sin experiencia, sin saber manejar un fusil.

La policía llegó media hora después.* A un fotógrafo le tocó el honor de hacerme la novatada: me encontró y caminamos juntos mientras me distraía con su conversación, fingiendo ayudarme. De pronto caigo al suelo, había tropezado con el muerto. Las risas surgieron disimuladamente entre los periodistas. El lugar se encontraba lleno de mirones y unos niños lanzaban piedras al cadáver, ellos también se reían a carcajadas.

Lo miré de cerca: una sola bala de grueso calibre le había abierto un precipicio en el pecho. Era un hombre joven y bien parecido. Vestía ropa formal, como quien hubiera ido a una fiesta la noche anterior. Ni siquiera alcanzó a despeinarse, su cabello engomado lucía aún brillante.

Sentí el bochorno que me subía a la cara, me levanté y sacudí mi pantalón.

Esperaban que llorara, pero me aguanté.

Tenía público: reporteros, fotógrafos, mirones. Ocultaban sus risas.

Llegó la policía, el forense, hicieron sus diligencias, se llevaron al muerto.

La versión oficial: «Por las características del crimen, es obvio que no está relacionado con el narcotráfico». Apunté en mi libreta, no lloré.

Regresé al Volkswagen, encendí el motor y recorrí las calles de Tijuana, rumbo al periódico. Me detuve en los semáforos, observé a los desconocidos que cruzaban delante de mí sin saber, imaginarse o interesarse que un hombre joven había sido condenado a ser joven para siempre. Lejos, busqué un centro comercial y entré al estacionamiento. Resguardada por los carros estacionados a mi alrededor y por la indiferencia de la gente que iba de compras, apagué el carro y me miré en el retrovisor: gruesas lágrimas descendían. Lloré mucho. Lloré cuanto pude y hasta que no pude más.

Nadie me vio, no les di el gusto a esos cabrones.



* Nota al margen: «La teoría detrás de eso es que si ya falleció el difunto, ¿cuál es la prisa por llegar?».

: guardia :

Frecuencia policiaca: «Güerita, sé que estás ahí, sé que me estás oyendo. Me refiero a ti, la que hace preguntas. Te estoy vigilando, sé dónde vives, conozco a tu familia. Güerita, tarde o temprano voy a ir por ti».

: enseñanzas :

—¿Cómo se llama?

A Juan le causaba gracia mi insistencia. Podía hablar sobre diversos temas, citar autores, libros que leyó; pero se atoraba en preguntas obvias. La risa era su escudo. Prefería hablar sin que lo interrumpieran, mucho menos con preguntas. Claro que yo podría guardar silencio pero ¿por qué habría de quedarme sin preguntar? A veces me parecía que Juan necesitaba un apoyo, alguien que lo dirigiera, que le enseñara el camino para no parecer un náufrago que lucha por sobrevivir en una isla solitaria. No me gustaba la mirada de Juan cuando parecía que se encontraba repentinamente en un cuarto oscuro.

Me encantaba, en cambio, ver su expresión cuando de pronto se iluminaba.

—Se llama Natalia —me dijo, casi gritándolo, entusiasmado por la victoria que significaba haber capturado un recuerdo en pleno vuelo.

Y proseguía a disculparse con frases como «no es que lo hubiera olvidado» o «cómo crees que se me olvidaría». Hasta que recordaba que yo era su cómplice y no había necesidad de justificarse.

—¿Hace cuanto que no la ves?

Juan era un misterio, incluso para él mismo. A veces me preguntaba cómo era posible que viviera solo, cómo eran sus actividades diarias, cómo podía convivir con la gente en general o con sus compañeros de trabajo. Nunca llegaba tarde a una cita; para ello contaba con una agenda electrónica que a cada rato sonaba alarmas que le recordaban citas, el horario de sus medicamentos o cosas insignificantes como ponerle gasolina a su carro. Yo sabía que visitaba un doctor y que se medicaba porque sonaba una alarma y sacaba de su bolsa uno de esos típicos frasquitos anaranjados de las medicinas recetadas en Estados Unidos. Nos veíamos en restaurantes, bebíamos vino y terminábamos en mi casa, desvistiéndonos. Hacía el amor como un adolescente. No me hubiera sorprendido que se soltara llorando a mitad de un orgasmo. Nos desprendíamos y él permanecía boca arriba, en silencio. Así podía quedar mucho tiempo si yo no interrumpía sus pensamientos.

Me platicaba de lo que había transcurrido en el día como si no existiera ese creciente olvido en su cerebro. Me interesaba lo que escribía en el periódico, pero me parecía un desperdicio de su talento. Se lo dije. Hacía crónicas sobre la vida de mexicanos que emigraban a los Estados Unidos, relatos que por lo general contenían

la moraleja de que era posible tener éxito a pesar de la adversidad. Mucha gente de la que hablaba era indocumentada. Se habían internado a un país ajeno, atravesando el desierto o escondidos en la cajuela de un automóvil. Para ellos, la deportación era una espada colgando sobre sus cabezas. Vivían temerosos de ser descubiertos y a la vez esperanzados porque recibían mejores ingresos que en su tierra. Los reportajes eran dulces pero les faltaba el brillo que Juan había depositado en su libro.

Si no intervenía una pregunta, su memoria se expandía. Podía hablarme de sus autores favoritos (Borges, Calvino, Cortázar, Kundera) o de alguna novela que había leído durante su adolescencia (la primera que no fue producto de una tarea escolar: *Veinte mil leguas de viaje submarino*). Podía entrar en detalles sobre la trama, las acciones y los personajes, muy convincente; pero una vez lo pillé haciendo trampa. Descubrí que la imaginación llenaba los huecos de su memoria cuando lo dejé que hablara de una novela de Úrsula K. Leguin sin decirle que yo también la había leído. Lo que me contó era similar a la trama, pero con grandes fragmentos que él mismo había inventado.

—El doctor le inducía los sueños —corregí—. Bajo un trance hipnótico, George soñaba lo que el doctor le pedía pero reinterpretaba las palabras del psiquiatra. Sus sueños se volvían realidad y los resultados eran catastróficos.

—¿Ya la leíste? —Tenía la mirada de un niño que había sido atrapado con la mano en el jarro de galletas—. ¿Estás segura que es como tú dices?

—Completamente segura.

—¿Y qué tal si te digo que leímos el mismo libro, pero ese mismo libro eran dos distintos, sujetos a dos interpretaciones?

—Las interpretaciones pueden ser muchas, pero la trama sólo es una —dije tajante.

—En tu mundo, Úrsula habló de una cosa y en el mío habló de otra. Es la misma trama pero no, son dos escritoras, dos realidades, dos universos.

—Me parece genial. ¿Por qué no escribes un cuento con eso?

—De seguro alguien ya lo hizo, pudo haber sido la misma Úrsula. De cualquier forma, en mi novela tendría que haber un migrante, mi editora lo exigiría —Juan ya había logrado darle vuelta al diálogo, ya no tenía que enfrentarse al olvido; disfrutaba escucharse—. El personaje que sueña tendría que haber cruzado la frontera sin documentos, escondiéndose de la migra, y no podría ponerse a disposición de un psiquiatra porque no tendría seguro médico. La trama se complicaría.

—Aparecería un curandero —intervine, siguiéndole el juego—, un curandero indocumentado que lo ayudaría a entender el universo a través del peyote.

—Y así sería cómo —agregó Juan—, por un acto de magia ancestral, Úrsula K. Leguin se transformaría en Carlos Castaneda.

—Claro, *Las enseñanzas de Doña Úrsula*.

: :

Al principio Magda pensó que Samuel Ordóñez no quería incriminarse con una respuesta directa y salió molesta por no haber encontrado la información que buscaba. Luego entendió, y se puede leer claramente su cambio de opinión en sus apuntes, que el periodista no se protegía a sí mismo sino a la gente que le rodeaba. Cita tomada del cuaderno de Magda: «Él ya había renunciado a protegerse, para eso estaban sus guardaespaldas; lo único que le quedaba era cuidar el bienestar de quienes le rodeaban».

En varias ocasiones el semanario recibió ráfagas de AK47* y las amenazas telefónicas eran tan frecuentes que la recepcionista hablaba de ellas en tono de broma. Eso era lo mínimo que había sucedido en su carrera como periodista, lo que más pesaba eran las muertes de sus allegados: en 1988 su codirector había sido asesinado; en 1997, el mismo Ordóñez había sufrido un aparatoso atentado en el que murió su escolta y él recibió tres impactos de bala que lo tuvieron varios meses en el hospital. Se sabía de una orden para asesinarlo y al gobierno del estado no le quedó más remedio que asignarle guardaespaldas permanentes. Pero si las balas ya no podían encontrar su destino, había otras formas de lastimar. En el 2004 había sido asesinado en su auto, frente a sus hijos pequeños, uno de sus editores.

Ordóñez vivía bajo custodia permanente, se elevó la barda de su casa, se construyeron barricadas para protegerlo. Llegaba al semanario en una camioneta blindada que utilizaba rutas distintas para frustrar cualquier otro atentado. En entrevistas, el periodista confesaba su frustración. No lo habían matado pero su vida estaba arruinada: ya no era un individuo que gozaba de libertad, no podía realizar faenas normales como ir al cine o al supermercado, el peligro de muerte lo perseguía cada instante.

Se puede decir que Ordóñez conocía aquella frase de Montesquieu, *vitam impendere vero*, consagro mi vida a la verdad; dicho de otro modo, anulo mi vida por la verdad. El pensador francés conoció las atrocidades de la Historia y conoció las implicaciones de su frase. Sin embargo, nunca pudo imaginar una situación como la que vivió el periodista en Tijuana, acechado por las balas del narcotráfico. Montesquieu no tuvo que vivir encerrado, rodeado de custodios, prisionero por haber realizado lo único que sabía hacer: escribir, dar a conocer las noticias, lo que sucedía en Tijuana.

¿Cuándo cruzó la línea? Si Magda no se atrevió a formular esa pregunta al periodista que tanto admiraba, sí la tuvo presente durante mucho tiempo. En el breve apunte que escribió después de asistir al funeral de Ordóñez, ella cierra el recuento con esa pregunta: «Don Samuel, ¿usted cuándo cruzó la línea?».



* Nota al margen: «Como un recordatorio, las marcas de las detonaciones aún permanecen en las paredes del edificio».

: guardia :

«Mira lo que tengo para ti. Voltea, te estoy esperando. No, no, mejor búscame cuando salgas de trabajar porque voy a estar muy cerca. Me refiero a ti, güerita, la que hace preguntas. Me gustas mucho, no te lo había dicho, me gustas un chingo... Y ando antojado. ¿Te digo qué se me antoja?».

: archipiélago :

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Juan.

El brusco cambio de tema le sorprendió.

Lo hice a propósito, Fabián. ¿Te parecería horrible si confesara que a veces experimentaba con él? Fuera de los curiosos episodios descritos en los libros de Oliver Sacks, no había conocido a alguien con un problema similar, perdiendo la memoria como se pierde dinero en un casino.

A veces Juan me parecía tan normal que dudaba que fuera cierto lo de su olvido. Quizás inventaba ese mundo para volverse interesante; para dar lástima, yo qué sé. ¿Para conquistar a las chicas? A mí me conquistaba, me fascinaba, me conmovía.

—Se llama Natalia.

—¿Y hace cuánto que no la ves?

Su memoria era como un archipiélago y había que nadar de una isla a otra para encontrar la ruta correcta. Cuando se atoraba en una respuesta, cuando sus silencios se volvían demasiado largos, yo buscaba otra forma de penetrar en la oscuridad.

—¿Qué recuerdas de Natalia, sabes dónde vive?

A veces le molestaban mis preguntas, como si se tratara de estupideces: su edad, su nombre o el contenido de sus bolsillos, datos que por alguna razón no olvidaba.

—Por supuesto que sé dónde vive, era nuestra casa. ¿Quieres que te lleve?

—Háblame de ella.

—¿De veras te interesa?

—Sí, quiero saber.

Evadió lo que pudo el tema. Disertó sobre una película de Yasuhiro Ozu que yo no conocía y que de seguro inventaba. Quiso expandir la trama de la novela Leguin-Castaneda:

—Imagínate que nada es real, que alguien nos está imaginando. El inmigrante en realidad vivía en el pasado pero soñaba con el futuro, no sabía cual era su realidad.

—Eso ya lo escribió Cortázar. El cuento se llama *La noche boca arriba* —y no seguí con el hilo de su conversación. Mi pregunta aún estaba en el aire—. ¿Qué recuerdas de Natalia?

: dolor :

Son víctimas tanto las personas secuestradas como sus familiares que permanecen atemorizadas en sus casas. La sensación de impotencia, la incertidumbre, el no hallar respuestas es una forma dolorosa de secuestro. ¿Cómo dar clausura al dolor, cómo decir adiós a un ausente, cómo frenar el torrente de dudas si no hay un cadáver, un porqué, una explicación que satisfaga? Aprendí hace mucho tiempo que en una narración bien hecha no debería haber cabos sueltos; sin embargo la realidad, esa gran instructora, nos dice que los cabos sueltos son el común denominador, que en la existencia de un ser humano habrá dudas sin resolver, preguntas que permanecerán en el aire. La única respuesta es que no hay respuestas.

: evasión :

—¿Por qué las mujeres son tan curiosas? —preguntó Juan fingiendo fastidio.

—¿Por qué los hombres son tan evasivos? —preguntó Magda fingiendo fastidio.

—Una de las ventajas de no recordar —dijo él— es que puedo ser convincentemente evasivo.

No lo dejé seguir, se volvía un juego; guardé silencio y fingí enfado. Era mi forma de desarmarlo: convencerlo de mi falso enojo mientras que lo que hacía era deleitarme con su rostro alargado, sus ojos cafés y largas pestañas. Las pecas, el bigote, las canas que aparecían y desaparecían, como sus recuerdos, entre su cabello ondulado. De pronto respondió a su manera:

—Natalia no sabía llorar. ¿Puedes creer eso?

—Sí puedo creerlo, ¿por qué no sabía llorar?

—Su rostro se contraía, pero las lágrimas no fluían. Y no es que reprimiera el llanto a propósito sino que nunca había aprendido a soltarlo. Llorar es lo primero que aprendemos cuando llegamos a este mundo y ella no sabía cómo hacerlo. Era extraño. Como si no lo hubiera practicado lo suficiente.

—Sigue.

—Me di cuenta de ello al principio de nuestra relación. Teníamos poco de novios cuando se murió su papá. Yo la había ido a visitar en ese tiempo y pasaríamos un fin de semana juntos. ¿Te dije que vivía en el Distrito Federal?

—Juan, es la primera vez que me hablas de ella. Sigue.

—Teníamos planeado un rico fin de semana: comeríamos, cogeríamos, platicaríamos y cogeríamos. El sábado (recuerdo que era sábado porque yo llegaba al DF los viernes en la noche) recibió una llamada de un hermano: su papá estaba agonizando. Ella se apresuró en vestirse, compungida, quería llorar, gemía. Le di un abrazo para ayudarle a liberar el dolor, se soltó de mis brazos y salió apresurada de la casa.

—Las lágrimas son importantes —interrumpí.

—Sí.

—¿Y la viste llorar alguna vez?

—No quiero hablar de ello —respondió Juan con seriedad.

—¿Cuánto tiempo vivieron juntos?

—Siete años. Fue una relación en la que la responsabilidad de llorar le tocaba al

hombre.

—Si los ojos son las ventanas del alma, entonces las lágrimas son como Windex.

—Manda ese *slogan* a los fabricantes de Windex —agregó Juan—, les encantará.

No continué con el tema de su esposa. No había sido fácil para él recuperar esos recuerdos. Un psicólogo diría que sus olvidos eran un intento por evadir un pasado doloroso. Pero yo no soy psicóloga, sólo reportera: me interesan más los hechos que la razón de ellos. No soy analista. Yo sí le creía, no me importaba que fuera una evasión, para él y para mí era olvido. Juan era el origen del olvido.

⋮ ⋮

Samuel Ordóñez falleció por causas naturales el 27 de octubre del 2004. Meses después Magda escribió una nota al margen, aparentemente fuera de contexto de lo que relataba en su cuaderno.

Narrando un encuentro en la calle con un ex compañero de preparatoria, que no había visto en mucho tiempo y con quien platicó con alegría, Magda apuntó la siguiente nota al margen en tinta negra: «¿Habrá muerto de tristeza?».

La pregunta me pareció aislada en un principio, una chispa que se encendió en su cerebro cuando releyó el diálogo con su compañero, una reflexión posterior cuyo significado sería difícil conocer. Pero no dejó de pensar que Magda se refería al periodista.

Luego de una breve crónica sobre el funeral y esa nota desligada, nunca más aparece referencia a Ordóñez en el cuaderno de Magda.

: metralla :

Hace unos días Magda entrevistó al comandante de la policía. No quería hacerlo, la verdad. Sabía que recibiría las mismas respuestas que hace seis meses.

—Qué caso tiene —se quejó con su editor.

Solórzano ya lo sabía pero guardaba la esperanza de que soltara alguna novedad. Para Magda, novedad y funcionario público eran dos conceptos que no podían estar en la misma frase. Y por supuesto, tuvo razón. Ella pudo haber permanecido en su lugar, en la espaciosa redacción del periódico, y haber fabricado sus contestaciones; incluso pudo haber detallado la forma en que el comandante se sentaba, la manera en que resoplaba sus respuestas, el tamborileo de sus dedos en el escritorio, la neurosis de estar viendo insistentemente su reloj...

—¿De veras está todo perdido?

—Nada está perdido. Los esfuerzos del gobierno aniquilan al narcotráfico. ¿Qué no lo demuestran los resultados?

El comandante respondió como si la reportera viniera de un mundo ajeno a las noticias del planeta Tierra.

En general, a Magda le molestaba no ser tomada en serio, ya sea por el comandante o por cualquiera de los tantos policías que vigilaban la ciudad; para ellos era una muchachita que debería estar de compras en un mall y no haciendo averiguaciones en la escena de un crimen. Aunque con ella eran especialmente pendejos, las autoridades en general hablaban acerca de su trabajo con un paternalismo ofensivo, partían de una idea: la ciudadanía debía ser defendida de la realidad: como si fueran niños, los habitantes de la ciudad no deberían enterarse de lo que hacen los adultos. Les repugna el periodismo que insiste en reportar las malas noticias; el gobierno defiende el derecho de un ciudadano a la desinformación. Se ofenden porque los periódicos insisten con sus encabezados salvajes (violencia, secuestros, asesinatos) como si no hubiera noticias más interesantes en la ciudad.

El comandante aleccionó a la muchachita sobre la responsabilidad de los medios de comunicación.

—Me queda claro que contigo la situación es distinta —dijo a manera de despedida—. Siendo tan joven y responsable, tanto yo como el alcalde confiamos en que no denotarás el esfuerzo o la imagen de las autoridades.

Magda se había vestido de una manera similar a como lo había hecho en la

entrevista anterior: una falda corta y una blusa primaveral con un amplio escote, el disfraz que le servía para que los funcionarios soltaran la lengua. Él ya había olvidado aquella entrevista y seguramente nunca leyó lo que ella hizo con la imagen del gobierno en la nota que escribió. Por ahora no dejaba de sonreír y mostrar su reiterado agradecimiento hasta que salió de la comandancia. Afuera soltó la metralla de lo que estaba pensando: «Chinga tu madre, pinche pendejo, estúpido de mierda». Trató de no gritarlo, sólo que saliera como un suspiro, pero no pudo evitar que algunos policías la escucharan. De cualquier forma, la muchachita no pareció interesarles.

: relatos :

Dentro de lo que cabe, la ciudad funciona con relativa tranquilidad. La reportera caminó por las calles, compró unos churros azucarados, sonrió a unos muchachos que le devolvieron la sonrisa. Vio a hombres y mujeres seguir su camino cotidiano sin temor. En Tijuana todavía se podía vivir, las tiendas seguían llenándose de compradores ávidos de ofertas. Los parques funcionaban, los niños se divertían. Estudiantes de secundaria se burlaban entre ellos y parejas de jóvenes caminaban tomados de la mano.

¿De veras está todo perdido?

Le preguntó al vendedor de churros, a una secretaria que caminaba con prisa, a unos albañiles que emplastaban las paredes de un edificio, a una mujer haciendo fila en una tortillería, a un estudiante esperando un camión, al tendero de un local de artesanías, al dueño de una farmacia, a un taxista que esperaba la llegada de pasajeros.

Palabras más, palabras menos, ellos seguían optimistas. Tenían sus propios relatos de violencia, de carros robados e intrusos que asaltaban los negocios. Siempre había un primo en la cárcel, un vecino que había sufrido agresión, el papá de una amiga, un cuñado, el esposo de una profesora que había sido víctima directa de un atraco. Sin embargo, ellos no creían que fuera distinto en otros lugares de México o Estados Unidos. Palabras más, palabras menos, opinaban que la crisis era global. Por lo menos no estamos en guerra como otros países. Una crisis global era lo que recorría como un fantasma los continentes, la desesperanza, la resignación...

: guardia :

«Ayer fuiste al supermercado, ¿verdad? Siempre andas sola, no está bien. ¿Por qué no te acompaña el pendejo con el que coges? Chale, si fueras mi culito yo te acompañaría a todas partes, estaría contigo en el mercado o donde sea. Güerita, ya pronto voy por ti».

: :

Es claro que el idilio de Juan y Magda había terminado antes de la desaparición de ambos. Los apuntes en el cuaderno Universitario son clara evidencia de una relación que se desvanece y todo indica una ruptura. Es obvio que ella quería continuar con el noviazgo pero el estado psíquico de Juan había cambiado. Magda dejó de transcribir en su cuaderno las conversaciones que le deleitaban. A cambio, había comentarios breves: «Juan no me ha llamado», «¿Qué le pasa?», «Hoy no fue lindo conmigo; al contrario, fue grosero».

A medida que se llenaba de temores por su trabajo, el escritor se distanciaba; por lo tanto, no se sabe con certeza si llegaron a conversar sobre las amenazas a su vida. Él empezó a molestarse por situaciones que anteriormente no le causaban problema, como el hecho de que Magda tuviera que cancelar sus citas con él. Juan sabía que como reportera no era dueña de sus horarios, de repente debía salir con urgencia porque su editor le enviaba un mensaje de una noticia que era importante cubrir. Temas comunes entre ellos se volvieron incómodas discusiones. Aunque en un principio, Juan había sido quien le recomendó escribir las cartas de despedida («te ayudará a liberarte; en cuanto a mí, así como eres, esclava o libre, me gustas, me gustas mucho»), Fabián se había vuelto un tema tabú, ya no quería saber de él a pesar de que los detalles del homicidio le seguían intrigando.

El olvido había dejado de ser tema de conversación. Juan ya no quería ser interrogado, le abrumaba que Magda insistiera. Una vez, estando en un hotel, se enojó tanto que golpeó las paredes de la habitación hasta que sus puños enrojecieron. Ella apuntó: Un incendio, en forma de furia, está consumiendo a mi amado.

Le preocupaban estos cambios de ánimo, se preguntaba si no era parte de su trastorno mental: «el olvido, su enemigo, le cambiaba el carácter, lo volvía un Juan irreconocible, adusto, intransigente». Le dejó de hablar de su trabajo, de sus proyectos. Cuando ella le llamaba, él guardaba silencio y daba muestras de estar molesto. Magda pensó que se había enredado con una mujer, que se había enamorado de otra. «Los hombres son así, prefieren enojarse que enfrentarse a una separación». Pero Juan regresaba por la necesidad que tenía del afecto que le mostraba la muchacha. Ya no había intercambio de caricias, sólo Magda apaciguando a la bestia que existía en el interior de su hombre. En sus brazos, Juan se quedaba callado y dormía.

Cuando el fastidio superó a la preocupación, Magda le reclamó. Lo tomó de los hombros, lo sacudió, «¿ya no me quieres?, ¡dímelo!». El hombre comenzó a llorar, arrepentido de sus actos; intentó hablar con ella, explicar, pero no halló las palabras para responder.

: ropero :

Nunca supe qué tanto era producto de una enfermedad o de su desilusión. Unas veces llegaba emocionado y con ganas de platicar. Y aunque me alegraba escucharlo, no sabía si me encontraba frente al auténtico Juan, el hombre inteligente que me había conquistado, o era éste una sombra de aquél.

—¿Qué nos está pasando?

—Por qué lo preguntas, qué nos puede pasar, estamos bien.

Una tarde lo encontré sentado en el filo de la cama, con la vista fija en la parte superior de mi ropero.

—Ahí está guardada, ¿verdad? —dijo sin cambiar el rumbo de su mirada.

Claro que yo sabía a lo que se refería, pero claro que no quise aceptarlo de inmediato. Era como si hubiera descubierto que yo le había sido infiel.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes.

—No sé.

—La pistola. Ahí está guardada. Me dijiste que te desharías de ella, pero la guardaste en el ropero. No necesito verla, sé que está ahí. ¿Lo niegas?

—¿Qué te pasa, Juan?

—¿Quieres que yo la baje?

—No es necesario.

Le había dicho que no sería fácil deshacerme de ella, que debería tenerme paciencia. Esperaba que comprendiera que era parte de un proceso, una lenta despedida no sólo de la pistola sino de su historia, la de Fabián, la mía. No podía desbaratar el pasado ni convertirlo en migajas de un día para otro, no soy la mujer maravilla, no soy una dama de hierro o de piedra, soy blandita, de carne y hueso, y dolida aún, por Fabián, por lo que sucedía con Juan, por todo. ¿Era demasiado pedir que me entendiera?

: :

Lo último que Magda supo de Juan era que escribía una novela, que ya estaba fastidiado del periodismo y que buscaba regresar a «la escritura verdadera».

Fue por teléfono. Habían pasado tres semanas sin que Juan se comunicara y Magda lo notó entusiasmado por primera vez en meses. Ella se sorprendió por esa inesperada euforia que tenía él por comunicarle sus planes, pero no pudo compartir su entusiasmo. No hubo una propuesta de verse con Magda ni una explicación por su ausencia, tampoco un intento de reparar lo dañado.

—Conocí a un señor que me cuenta unas historias extraordinarias. Fue policía de San Diego...

—Me da gusto que estés bien —le dijo Magda—, y prosiguió a colgar el teléfono.

: portada :

Tijuana es una ciudad en constante reparación, sus calles cerradas, la maquinaria estorbando a los automóviles. Mientras que hay colonias que parecen lesiones desatendidas, a punto de infectarse, las avenidas principales gozan de una frecuente cirugía plástica. Los equipos de trabajo reducen los carriles, la circulación se vuelve lenta y se caldean los ánimos de la población. Se repara, se construye, se derriba.

Convivimos con el miedo, lo ignoramos. Creamos fronteras psicológicas, nos albergamos en el falso sentimiento de seguridad que nos brinda la idea de que la peor violencia se desata en los rincones más alejados de la ciudad, en la otra Tijuana, la desposeída, la tierra de nadie.

A pesar de la demora que me causó estar atorada en un embotellamiento, llegué con tiempo a Zona Río y decidí pasar por Dorians antes de ver a Emma. Recorrí todo y nada me interesa, quizás unos zapatos... pero finalmente no me convencieron. Salí de la tienda y me detuve frente a la cartelera de cine, repasé las novedades en una librería. Aumentan como epidemia los títulos de superación personal, los *best sellers* acaparan los mejores lugares del aparador. Abundan los escritores desconocidos, cada día hay uno nuevo, imposible leerlos a todos, «los demasiados libros».

Ya era hora de buscar a Emma, caminé unos pasos hacia el café. Me detuve de pronto por la sensación de que algo había olvidado. No era eso, más bien algo que había visto en la librería. ¿Un libro? Regresé y estudié de nuevo el aparador, algo había visto de pasada que ahora no podía encontrar. Recordé una portada oscura con grandes letras rojas Curiosamente, ningún libro de los que se exhibían tenía la portada así; sin embargo, podía describirla: en primer plano se encontraba una mujer de espaldas, sostenía una pistola en la mano derecha, apuntando hacia el suelo. Era de noche. Ella parecía tener una posición retadora, se notaba su fuerza. Portaba botas altas y una falda corta, sus piernas macizas se arqueaban ligeramente. La fotografía había sido captada en un momento crítico: un auto le había cerrado el paso y la encandilaba. El carro estaba al fondo con luces amenazantes. Por estar de espaldas y porque la fotografía se cortaba antes de llegar a la cabeza, no se podía apreciar el rostro de la mujer, pero daba la impresión de que los pasajeros del carro la habían sorprendido en el callejón.

¿Cómo era posible que pudiera describir con tanto detalle la portada de ese libro?

: ellos :

Fue entonces que los vi.

Ellos.

Tres hombres bajaban de una camioneta Suburban. Corrían.

Corrían hacia mí.

No supe qué hacer, no pude huir. Me tiré al piso, me cubrí la cabeza. No pude llorar, gritar.

Venían por mí. Estaba perdida. Ellos.

Los que matan. Corrían hacia mí.

.

.

.

.

Sin embargo, no sentí sus garras.

.

.

.

.

Tampoco los golpes.

.

.

.

.

Sus duras palabras, su maltrato, estrujarme, arrastrarme.

.

.

.

.

Pasaron de largo, se alejaron de mí.

.

.

.

.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor: la conmoción de la gente... la incompreensión... el asombro en sus miradas... el temor de sentirse desprotegidos... el temor a que ellos se acerquen, de que corran hacia ti... el temor de que algo así puede suceder cualquier día, a cualquier persona... el horror de saberse indefenso.

.
. .
. .
. .

Interceptaron a un hombre, no fue al azar. Un hombre de traje y corbata, cincuenta y tantos años. Lo sacudieron. Lo amenazaron. El hombre intentó defenderse pero un culatazo en la mejilla lo tranquilizó al instante. La Suburban los esperaba. Metieron al hombre ultrajado y lo arrojaron al interior de la camioneta como a un muñeco de trapo. Fue veloz, bien orquestado, una coreografía muchas veces ensayada. Subieron los tres y rápidamente se adentraron a la calle y desaparecieron en el tráfico.

.
. .
. .
. .

Nadie se sorprendió por verme en el suelo ni ayudaron a levantarme. Yo no fui la agraviada; era una loca atemorizada en un mundo de locos. Me levanté con prisa, sacudí mi ropa, me alejé rumbo al café.

.
. .
. .
. .

Transcurrieron unos segundos y la gente siguió su marcha, continuó con sus compras. El hecho fue lanzado al olvido.

⋮ ⋮

A continuación se encuentra el texto completo de la última carta que Magda escribió a Fabián. En su cuaderno, ésta corresponde también a su último apunte; el resto de las páginas se encuentran en blanco.

Aparte de las conclusiones a las que pude llegar analizando sus notas y entrevistando a gente que la conoció, no hay más que decir. Queda pendiente una serie de preguntas sin respuesta, siendo la más importante la que nos daría razón de su paradero.

No sé qué más decir, me gustaría presumir que mi investigación tuvo un propósito, que pude llegar a una conclusión tan admirable como la que pedantemente me propuse cuando escribí el prefacio de este libro.

¿Qué rumbo tomó cuando salió de su casa? ¿Qué pensaba?

¿Se pudo deshacer de la pistola? ¿Con quién se encontró en el camino? ¿Habrá sucedido un momento similar al que ella describió como la portada de un libro? «La única respuesta es que no hay respuestas», como ella tan notablemente lo dijo.

Es significativo que la última palabra que escribió Magda fue «adiós». Puso el punto final y ya no volvimos a saber de ella.

: despedida :

Me llevaste a mi casa, nos estacionamos afuera, apagaste las luces del carro y nos besamos. Mordiste mis labios con ternura, jugabas con mi boca de esa manera que me hacía siempre regresar a ti. Te odiaba por ser como eras, pero te amaba por ser como eras: Magda vivía en universos paralelos. Esa noche hubiera querido besarte mucho más, no terminar de hacerlo; pero luego ya pusiste todo en su lugar como lo hacías a menudo. Siempre eras tú el primero en despedirse y lo subrayabas con una actitud fría que debía convencerme de que tu partida era inapelable. Quise hacer planes para el día siguiente pero me dijiste que estarías ocupado, lo cual quería decir que verías a tu tío. Yo deseaba estar contigo, quería ver tus ojos por la mañana. Para entonces ya te habías vuelto el frío Fabián que se despide, no podías volver a ser el joven hermoso que yo amaba, hubiera sido una debilidad imperdonable para ti. No me quedó otra opción que bajarme del carro, darte la espalda. Así fue nuestra despedida. Pasaron semanas. ¿Por qué no me llamabas? Lo peor era que tus amigos tampoco sabían de ti. Tu mamá comenzó a ir a mi casa porque estaba segura de que yo sería la primera a quien llamarías para decirme que todo estabas bien. En realidad nada estaba bien. Doce días de no saber de ti, de incertidumbre, de pensar lo peor... y sucedió lo peor. Emma me dijo que su papá lo había visto en el periódico: habían identificado a un joven muerto, una estadística más que ya se había convertido en ser humano y recuperado su identidad: Fabián Flores Álvarez, 26 años. Emma me lo dijo llorando como si ella ya hubiera empezado a sentir el dolor que yo apenas comenzaba a conocer.

Ya no te volví a ver. Estabas en un ataúd sellado por órdenes de tu papa, para que nadie viera las huellas de la tortura; yo con deseos de estar ahí contigo, encerrada. Ya no eras mi guapo Fabián; tampoco el frío Fabián, no eras nadie. Pasaron varios meses cuando recordé el regalito que me había dado tu tío durante el funeral. Yo vivía una existencia dolorosa, encerrada en mi cuarto, oyendo el deambular de mi madre en la cocina o cuando se acercaba quedamente a la puerta de mi cuarto para escucharme, para sentirse tranquila. Por primera vez había decidido dejarme en paz, sólo interrumpía mi luto llamándome para la comida. Yo había olvidado la caja como deseaba olvidar el funeral, tu papá y mamá llorando y abrazándome. El tío Efe llegó a la funeraria sin decir palabra, sin dar pésames, saludándome de lejos con esa mirada suya, perturbadora. «Es un recuerdo para ti», recordé sus palabras. Abrí la caja y me

inquietó ver tu pistola. Fue una sorpresa pero la crueldad del regalo no lo fue tanto, sabiendo de quién provenía. Era de esperarse. El tío de las bromas pesadas, el tío de la mirada obscena, el tío que podía ser exageradamente amistoso o ignorarme del todo. Tomé la pistola y jalé el gatillo. Nada sucedió porque tenía puesto el seguro. Aprendí a quitarle el seguro y me pregunté muchas veces si yo sería capaz de disparar, si existía dentro de mí una Magda fría que fuera capaz de disparar contra alguien, en defensa propia o como un acto de venganza. ¿Sería esa Magda capaz de acabar consigo misma? Y me pregunté ¿cuántas veces habrás disparado tú esa pistola? ¿Habrías podido matar a un ser humano? Y mi respuesta era que no. No mi Fabián, no el que conozco, con el que bailé y besé tantas veces. No ese Fabián pero quizás el otro sí, el frío Fabián que se despedía de mí. O el frío Fabián en el que te convertías cuando salíamos a comer con tu tío. Yo que no me imaginaba ese tío como pariente tuyo, viéndolos juntos me parecía que el parentesco era indiscutible, ambos poseían el brillo de la muerte en los ojos. ¿Por qué tenía la pistola? ¿Tú se la diste? ¿Te la quitó él? Estoy cansada de preguntas infructuosas, cansada de buscar los porqués.

Me despido, ya no por Juan sino por mí. Porque quiero estar en paz, quiero gozar de esa tranquilidad que se llama «sin Fabián», una serenidad que podría también llamarse «sin Juan», una felicidad llamada «Magda». Quiero disfrutar la vida, Fabián. Te escribo para entregarte al olvido. Y esta fotografía que insisto en ligar a tu muerte, esta foto que quizás es una broma macabra del tío, que tal vez no tiene nada que ver con él o sí, tiene que ver con su humor negro y su crueldad. Mando al carajo esta foto y esta pistola. No son útiles los recuerdos cuando te has propuesto olvidar; me despido de estos objetos como me despido de ti. Esta pistola que tanto amabas, que los dos Fabianes amaban tanto. Esta pistola que llevabas en el carro. Esta pistola de la que nunca hablábamos, salvo cuando me quejé de que siempre la llevabas contigo. Mando al carajo esta pistola sin sentimentalismos, se va de mi casa y de mi vida. Y la foto, en este mismo instante la rompo. Mira. En este mismo instante la quemo. Mira. En este mismo instante desaparece el rostro anónimo de ese hombre. Mira. Todo es para entregarlo al olvido. Ya no quiero saber de ti, Fabián. He decidido olvidarte, no sé quien eres, esta es la última carta y aquí tienes la última palabra que te dedico: adiós.

2. ENTREVISTAS

Emma Gilbert

Emma Gilbert tenía 26 años cuando la entrevisté en el 2007 en un café cercano a la agencia de publicidad donde se desempeña como ejecutiva. Es una muchacha jovial, de rasgos finos y cabello claro, característica familiar que comparte con su prima Magda.

Por sus similitudes podría ser la hermana menor de Magda. Sin embargo, Emma es más delgada y, a diferencia de su prima, la blancura de su piel le hace parecer frágil; parece que siempre tiene frío, incluso en los días más calurosos. Fue agradable conversar con ella, sonreía todo el tiempo, lo hacía incluso con tristeza cuando evocaba experiencias desagradables.

Entrevista con Emma Gilbert Romero, Café de la Flor, mayo 16 de 2007, 6:35 de la tarde.

LH: ¿Tú y Magda tenían una relación cercana?

EG: Sí. De todos los primos, con ella era con quien más hacía click, nos volvimos cercanas no sólo por el parentesco sino por las coincidencias en nuestra forma de pensar.

LH: ¿Qué es lo que más te gustaba de ella?

EG: Mmmmm... tantas cosas. Era mi mejor amiga, mi cómplice, nos ayudábamos, estábamos ahí una para otra. Y ella era como mi modelo a seguir. Aunque era sólo tres años mayor que yo, había viajado y conocía mucho del mundo. Era sabia y divertida, mi consejera. Me hacía reír todo el tiempo, ¡era muy ocurrente!

LH: ¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

EG: Hace dos años que hablamos por teléfono. Pensé que estaba enferma, que le había dado un resfriado porque la noté callada. Imagínate a una Magda callada, era imposible. Hacía mucho que no la veía así, quizás desde lo de Fabián. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que sólo estaba cansada.

LH: ¿No te dijo por qué estaba desanimada?

EG: Salvo lo de su cansancio, nada.

LH: Algo que no se atreviera a decirte...

EG: Pues no.

LH: ¿Hicieron planes para verse pronto?

EG: Planes no. No hacíamos planes porque nos veíamos seguido. Ella pasaba por mí al trabajo y comíamos juntas.

LH: Dices que no la habías visto así desde lo que sucedió con Fabián. Háblame de eso.

EG: Lo de Fabián fue muy pesado para ella. Yo la iba a visitar a su casa, pero acordé con mis tíos de no presionarla, dejar que hable cuando ella quisiera. La visitaba durante un par de horas, ella generalmente estaba acostada, escuchando música. Poco a poco fue saliendo de su concha.

LH: Y luego conoció a Juan.

EG: Mucho antes de Juan mi prima ya había empezado a despertar de su letargo. Salíamos juntas, incluso con chicos, amigos míos de la agencia. No creas que guardó un luto de piedra. No no, la Güera estaba llena de vida y de planes; lo único que no se permitía eran los compromisos.

LH: Me llama la atención que le llames Güera, porque tú también eres bastante güera.

EG: (Sonriendo.) Ya sé. Era su nombre de cariño.

LH: ¿Te mencionó que había recibido una foto?

EG: Sí, la foto, qué onda con eso. La recibió en un aniversario de la muerte de Fabián. Se la mandó el tío de Fabián, pinche viejo.

LH: ¿Tú estás segura de que se la mandó el tío?

EG: Pues quién más. Y fue por joder.

LH: ¿Tú conociste a ese tío Efe?

EG: No, ni ganas. Pero la Güera se quejaba de ese viejo roñoso. Decía que se le quedaba mirando. Guácara, nomás de pensarlo.

LH: Oye, te ves bien cuando refunfuñas (*Emma baja la mirada, se ruboriza*). ¿Y tu opinión de Fabián?

EG: Ay, pues qué te puedo decir. Yo pensé que se iban a casar, se querían mucho. Anduvieron tres años de novios pero a Fabián lo conocíamos desde hace mucho; los Flores viven cerca de mi casa. Su hermanito y yo quisimos andar, pero no funcionó. Fabián era un buen chico, simpático y ocurrente.

LH: ¿Y tu opinión de Juan?

EG: No pensé que duraría esa relación aunque yo conocía los gustos de mi prima por los hombres mayores...

LH: ¿Cómo, le gustaban los hombres mayores?

EG: Ay, no te hagas menso, también me habló de ti.

LH: ¿Qué te dijo de mí?

EG: Que eras como su mejor amigo, pero que no te decidías a ser más que eso.

LH: Me rompes el corazón, Emma.

EG: ¿A poco no te diste cuenta?

LH: Claro que me di cuenta, pero no me animé. La veía como a una chavita, como a una amiguita a quien quería mucho. La conocí cuando era una niña, luego

creció, se hizo mujer, imposible no darme cuenta de ello.

EG: Pues me hubieras gustado tú mejor que Juan para ella.

LH: ¿Por qué?

EG: Era serio, demasiado intelectual. Yo prefiero a los hombres que se equivocan y lo reconocen, no los que creen que siempre tienen la razón.

LH: ¿Y Juan era así?

EG: Digamos que era complejo y me tocó verlo de mal humor en casa de Magda, fue una situación desagradable.

LH: Oye, ¿y qué onda con José Agustín?

EG: ¿Qué onda de qué?

LH: La manera en que están acomodados sus libros en el cuarto de Magda. Me pareció rarísimo.

EG: A la Güera le encantaba José Agustín, tenía todos sus libros. Y así era de obsesiva con lo que le apasionaba. Para ella era como un culto, una superstición. Terminaba de leer un libro y casi hacía una ceremonia (*Emma se ríe*). Y no es todo, tenía un libro en la guantera de su carro, decía que el libro la cuidaba, que nada malo le podía pasar mientras estuviera ahí.

LH: ¿Te acuerdas qué libro era?

EG: Claro, *La tumba*. Y no me lo vas a creer, que le van abriendo el carro y que le roban el mentado libro. ¡No juegues!, era como que le hubieran robado un amuleto sagrado (*Emma se divierte con esta anécdota*). Dejó el carro afuera de mi casa, estacionado por semanas, porque no conseguía otra Tumba para reemplazar a la que habían robado. Y no movió el carro hasta que lo consiguió. Así de loca era mi primita.

LH: Sí, yo también le conocía ese tipo de detalles.

EG: Ah sí, ¿cómo qué?

LH: Como su obsesión por la música. Cuando descubría un nuevo grupo no descansaba hasta enterarse de la vida privada de los integrantes, conseguir los discos y escuchar obsesivamente lo que habían grabado. Magda era muy clavada, me encantaba eso de ella.

EG: Era obsesiva. Luego te digo lo que a ella le atraía de ti.

LH: ¿Luego? Dímelo ya.

EG: (*Haciéndose la interesante.*) Luego.

LH: Está bien, Emma, luego me la voy a cobrar, cuando menos te imagines.

EG: Ay sí, mucho susto.

LH: Regresando al tema de nuestra plática... ¿Tú sabías que Magda temía por su vida?

EG: A veces pensé que exageraba. Como aquella vez que nos vimos en un café y ella llegó bien nerviosa porque creyó que la iban a secuestrar. Se me hizo exagerado. ¿Quién te iba a querer secuestrar?, le dije (*los ojos de Emma enrojecen*). Es triste... muy triste... me doy cuenta que sus temores...

LH: ¿Tú crees que la secuestraron?

EG: No sé. No quiero pensar que la secuestraron.

LH: No falta quien piense que se marchó con Juan, que a lo mejor se están divirtiendo, de vacaciones.

EG: Ni al caso con las hipótesis. Es absurdo. La Güera no se iría nomás así, sin decirme, sin avisar a sus papás. Tenía problemas en su casa, como yo, como cualquiera, pero tanto como para preocupar a mis tíos de esa manera, nunca, nunca lo haría.

Ella no es así. Pero te digo una cosa, a veces me gustaría que lo fuera. Me gustaría creer que se la está pasando de lo lindo con Juan, de vacaciones, felices ambos. Quisiera recibir una postal, saber que está bien, saber que va a regresar. Tengo dos años sin verla, ¡chingado!, la extraño muchísimo, la quiero de vuelta.

Pablo Jaime Sáinz

Sabía que para ver a Pablo, habría que acompañarlo en su trabajo. Se mostró cordial desde el primer contacto y quedamos de vernos en una conferencia de prensa en la Procuraduría General de la República (PGR) en Tijuana. Se trataba de la presentación de unos presuntos narcotraficantes, recientemente capturados.

Los delincuentes se encontraban parados, uno junto al otro, custodiados por policías federales enmascarados. Frente a ellos una mesa con armas de alto calibre, celulares, identificaciones y fajos de billetes, dólares y pesos. Yo me encontraba con Pablo y otros reporteros que cubrían la fuente policíaca. En el grupo el ambiente era festivo, como estar con unos preparatorianos en plena asamblea. Se quejaban de que la PGR los convocaba con urgencia como si se tratara de la captura del mismísimo Jefe de Jefes, aunque eran puros pescaditos. Lo malo era que debían asistir a todas las ruedas de prensa, por si las dudas, no vaya a ser que en una de esas fuera un pescado grande al que habían aprehendido.

Pablo Jaime Sáinz tiene la versatilidad de escribir sobre cualquier asunto, incluyendo los relacionados con la delincuencia organizada; pero si le dieran la opción de escoger un tema en particular, sería la música regional mexicana y todo lo que tuviera que ver con su querida Sinaloa.

PJS: Acabo de entrevistar a los Tigres del Norte, les propuse escribir una biografía de ellos.

LH: ¿Y qué te dijeron?

PJS: Les encantó la idea. Me dijeron que no sería el primer libro que se escribe sobre ellos, pero que de seguro sí sería el mejor.

LH: Oye, pues gracias por darte la oportunidad de hablar de Magda un ratillo.

PJS: Por Magdita lo que sea.

LH: Lástima que sea aquí.

PJS: Disculpa, pero me traen en frieguiza; en un rato más tengo una entrevista en la comandancia. De todas formas estas presentaciones son harto aburridas, la repetición de una y otra función, es como una obra de teatro. Primer acto, los capturan; segundo acto, confiesan; tercer, acto, se reúne a la borregada de reporteros.

LH: ¿De plano?

PJS: Tres días seguidos, tres funciones. No sé por qué no los presentaron juntos, ya ni la chingan.

LH: ¿Aquí venía Magda?

PJS: Simón, se la pasaba conmigo y los demás, parte de la borregada.

LH: ¿La conoces desde hace mucho?

PJS: Pues prácticamente desde que ella empezó como reportera.

LH: ¿Sabías que apuntaba en una libreta lo que le sucedía y con frecuencia te mencionaba?

PJS: ¿De veras? Puras cosas buenas de seguro.

LH: Sí, por eso quise hablar contigo, para ella eras un amigo de confianza.

PJS: Pues sí, nos hacíamos el paro, nos ayudábamos. Éramos una bolita que nos juntábamos cuando teníamos tiempo y nos íbamos a echar unas cervezas. Ella era la única morra del grupo.

LH: ¿Dónde se veían?

PJS: ¿En el bar La Roca, lo conoces? Está detrás de...

LH: Sí lo conozco, cómo no. Me dijiste por teléfono que ahí fue donde la viste por última vez.

PJS: Sí, nos echamos una cheves.

LH: Fue una semana antes de que la reportaran como desaparecida...

PJS: Sí, un miércoles. Estuvimos toda la bola.

LH: ¿Y cómo la viste?

PJS: Yo la vi bien.

LH: ¿Intranquila, asustada?

PJS: No. Cansada sí. Fue cuando mataron a la familia del policía, ¿te acuerdas? Lo mataron a él, su mujer y sus hijos morrillos. Nos tocó verlos en su casa, no fue agradable.

LH: ¿Cómo reaccionó ella?

PJS: Uta pues hay veces que ya no reaccionamos, pero esa vez estuvo pesada. Los plebes no tenían vela en el entierro. Hasta tiro de gracia les dieron a los pobrecillos. Por lo general estamos cansados pero de buen humor. Estábamos calladones, sin ganas de cotorrear. Luego me paré y les puse unas rolas de Paquita la del Barrio en la radiola, para que se alivianaran. Y como que mejoró el ambiente. Un compa dijo que los hombres no podíamos ser tan malos como decía la Paca, pero Magda inmediatamente se aventó un «¡cómo que no!» que nos hizo reír a todos. Como una hora después cada quien se fue a su casa.

LH: ¿Nada más?

PJS: Sí, compa. No te veas tan decepcionado, nunca noté nada distinto en Magda.

LH: ¿Tú qué crees que le pasó?

PJS: Ni idea.

LH: Crees que ella corría riesgos, que había motivos para que pensara que la fueran a matar.

PJS: Eso sí está cabrón. Mira, ella corría el mismo riesgo que nosotros. No investigamos, hacemos una que otra preguntilla y repetimos lo mismo que los otros

periódicos. Escribimos mucho sobre el narco porque es lo que quiere leer la raza. Pero igual los editores te asignan notas menos intensas. Un día puedes trabajar en una nota sobre la venta de arbolitos de navidad y al siguiente cubrir un multihomicidio.

LH: Pero según su libreta, ella tenía miedo de que la mataran. Se preguntaba mucho si no se había pasado de la raya con lo que escribió.

PJS: ¿No mencionó lo que había escrito?

LH: No.

PJS: Pues está cabrón saber entonces. Mira, hubo una vez que se asustó porque en el periódico firmaron una nota con su nombre. Ya ves que esas notas no llevan el nombre del reportero. Es un acuerdo de editores, pero se les fue la onda en su periódico y apareció el nombre de Magda. Se dio una emputada mi amiguilla y fue a reclamarle a su editor, lo puso pinto. Pero yo la vi más enojada que asustada.

LH: ¿Cuándo sucedió?

PJS: Hará unos tres años. Y no era una nota bien acá, que mencionara nombres; no, una nota normal... Oye, cambiando de tema... ¿Te das cuenta de que todos confiesan?

LH: ¿Cómo?

PJS: Sí, los changos que presenta la PGR siempre llegan con una confesión en la mano.

LH: Qué bueno, ¿no?

PJS: Pues sí, pero ¿cuál crees que sea el incentivo para que confiesen?

LH: No sé.

PJS: Ahorita ya me tengo que ir pero luego lo platicamos si quieres.

LH: ¿En La Roca?

PJS: Arre, usted sí sabe.

Gustavo Solórzano

Gustavo Solórzano Fernández es un hombre de 42 años, jefe de información de uno de los diarios de mayor circulación en Tijuana. La conversación que tuve con él fue vía telefónica porque así lo pidió. Puntualizó que no daba entrevistas, que debería considerarme afortunado; además, era en el mejor interés de Magda y le agradaba que alguien retomara el tema de su desaparición.

LH: Señor Solórzano, muchas gracias por su interés.

GS: ¿Estás grabando?

LH: ¿Cómo?

GS: Que si estás grabando la conversación.

LH: Sí, nada más para...

GS: Apaga la grabadora, no me gusta que me graben.

LH: Es confidencial...

GS: Apágala.

LH: Está bien.

GS: ¿Ya la apagaste?

LH: Sí.

GS: ¿Seguro?

LH: Sí.

GS: Qué bueno.

LH: Señor Solórzano, como le dije, estoy investigando la desaparición de Magda Gilbert.

GS: ¿Qué quieres saber?

LH: Quiero saber si usted cree que su desaparición tuvo que ver con lo que ella escribía.

GS: No, para nada.

LH: Hábleme de Magda, usted la contrató.

GS: Una muchacha inteligente, hacía su trabajo a tiempo, no se retrasaba. Uno no puede pedir otra cosa.

LH: Sé que escribía sobre narcotráfico...

GS: Como todo mi equipo.

LH: Pero no hubo una nota en especial...

GS: Claro que no; además, tenemos mucho cuidado con usar los nombres de los

reporteros. Como sabes, es una norma editorial de esta empresa no poner nombres en las notas delicadas. Es para salvaguardar la integridad del equipo.

LH: En la calle se sabe quiénes son los reporteros. Si alguien quisiera saber quién redactó una noticia es tan sencillo como preguntar, ¿o no?

GS: No sabría decirte.

LH: Usted cree que los reporteros no corren peligro en el ejercicio de su profesión.

GS: Al menos los míos no.

LH: Tengo la impresión de que Magda temía por su vida.

GS: Si es así, no tenía nada que ver con su trabajo.

LH: Esto es algo que ella platicó con Samuel Ordóñez.

GS: ¿Lo habló con Ordóñez?

LH: Sí, varias veces.

GS: No es asunto mío.

LH: Usted nunca la vio asustada.

GS: No, ¿por qué habría de estar asustada?

LH: Ella dejó por escrito que le molestaban las guardias en el periódico.

GS: Sí, sí.

LH: ¿Quiere confirmarlo?

GS: Cualquiera que te hable de Magda Gilbert te va a decir lo mismo, era una muchacha amable, con un gran sentido del humor pero demasiado nerviosa.

LH: ¿Nerviosa?

GS: Sí... más que otra gente. Las guardias son normales en cualquier periódico. Ella no era la única que cubría guardias nocturnas. Lo siguen haciendo otras reporteras, pero ellas no se quejan. En cambio Magda se angustió desde la primera vez.

LH: ¿A qué se refiere?

GS: La noté cambiada. No se veía bien, ya no tenía el humor de antes, las guardias nocturnas la transformaron. Bueno, más bien habrá sido un problema personal; el caso es que la vi mal y todos los que trabajamos aquí lo notamos. Temíamos que estuviera enferma. Así que cuando me pidió que la dispensara de las guardias, no dudé en hacerlo; hasta le recomendé que se tomara unos días libres. De nada me sirve un reportero asustado. Hay que buscar la nota, ganarle a los otros, es una competencia feroz. No tienen tiempo de pensar, yo soy el que piensa por ellos. ¿Se te ofrece algo más?

LH: Pues...

GS: Si ya terminamos con este asunto, pues entonces nos despedimos.

LH: Tengo dudas...

GS: Mira, yo sé que hay editores que han perdido gente, se han descuidado, así es este negocio. Nomás acuérdate de una cosa: yo no descuido a mis muchachos. Y yo no tengo la culpa de que ellos se arriesguen demasiado. Uno les advierte, es todo lo

que se puede hacer. Si ellos rascan más allá de lo que uno les pide, pues ya no es asunto mío.

Natalia Padilla

La entrevista con Natalia Padilla fue difícil de lograr, además que el resultado no fue el que hubiera deseado. La intención era hablar de Juan Antonio Mendívil, con quien había compartido una relación sentimental entre 1990 y 1998. Padilla aceptó que la entrevistara después de una larga sucesión de llamadas a su secretaria a lo largo de seis meses.

La licenciada Natalia Padilla Guzmán es una funcionaria pública que reside en el Distrito Federal. Su carrera en la burocracia empezó modestamente en Tijuana como empleada del ayuntamiento. A partir de entonces su ascenso fue meteórico, según opinan algunas fuentes, debido a los contactos políticos de su familia y la cercanía de ésta con el presidente de la república.

Resultó desconcertante que haya aceptado ser entrevistada ya que era obvio que le incomodaba hablar de su pasado y de su vida personal en general. No se comportó como la figura pública que conocemos a través de la prensa o la televisión, donde suele mostrarse con amabilidad y prudencia; durante nuestra entrevista en su oficina se comportó dura y cortante, incluso ofensiva.

Al final, Padilla abandonó su oficina comunicándome con ello que la entrevista había terminado. Fueron denegados mis intentos posteriores de comunicarme con el fin de corroborar datos de otras fuentes; con amabilidad sus asistentes me informaron que la licenciada se encontraba fuera de la ciudad, aún cuando era obvio que ella estaba en su oficina.

Entrevista con la licenciada Natalia Padilla Guzmán, en su oficina de la Ciudad de México, noviembre 17 de 2008.

LH: El motivo de esta entrevista, licenciada, es hablar de Juan Antonio Mendívil.

NP: ¿Para qué?

LH: Estoy trabajando en una investigación sobre su desaparición.

NP: Dudo mucho que yo tenga algo que decir al respecto.

LH: Fue su esposo...

NP: ¡Y eso qué tiene que ver!

LH: Me estoy documentando sobre su vida.

NP: ¿Sobre mi vida? LH: Sobre la de él. NP: No le veo caso.

LH: ¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con él?

NP: No me acuerdo.

LH: Sé que ustedes no partieron en buenos términos...

NP: ¿Y cómo lo sabe?

LH:...pero quisiera saber si lo volvió a ver después de su separación en 1998.

NP: Sí, creo que lo vi... en una ocasión.

LH: ¿Me podría decir cuándo lo vio?

NP: No recuerdo.

LH: ¿Y hablaron de...?

NP: Tenía yo tres años sin verlo y él de pronto se aparece en mi casa, ¿de qué crees que íbamos a hablar?

LH: No sé.

NP: Mira, se largó de mi casa en 1998, ni siquiera se despidió, simplemente se fue. Juan es de esas personas dramáticas que disfrutan desaparecer; no dudes que pronto vuelva.

LH: ¿En otras ocasiones había desaparecido?

NP: No que yo recuerde.

LH: Es que usted dijo...

NP: A veces se iba de parranda con sus amigotes pero regresaba, a veces tarde y borracho pero regresaba.

LH: ¿Y sus olvidos?

NP: ¿Qué tienen?

LH: Muchas veces me he preguntado si sus fallas de memoria tuvieron que ver con alguna lesión que hubiera recibido, el resultado de un golpe.

NP: No que yo sepa.

LH: ¿Sufría de olvido desde mucho tiempo atrás?

NP: Juan era olvidadizo, sí.

LH: Me refiero al olvido como patología.

NP: Yo le creí al principio de nuestra relación pero luego pensé que eran babosadas, olvidos convenientes. Según él lo explicaba, sus olvidos eran cronológicos, pero de repente lo descubría con algún recuerdo de su infancia.

LH: ¿Y se lo echaba en cara?

NP: Pues claro, no me iba a quedar callada.

LH: Regresando a la última vez que se vieron, ¿cuánto tiempo me dijo que fue después de su separación?

NP: No te dije.

LH: ¿Me lo puede decir?

NP: Unos tres años.

LH: ¿Y hablaron de...?

NP: Llegó a mi casa haciéndose el confundido, «qué estoy haciendo aquí», «¿a poco ya pasaron tres años?». Haciéndose el pendejo.

LH: ¿Buscó una reconciliación con usted?

NP: No se lo permití, lo eché de mi casa.

LH: ¿Usted no cree que tenía problemas de memoria?

NP: No.

LH: ¿Y qué fue lo que causó la ruptura entre ustedes?

NP: Qué te importa.

LH: Le pido disculpas por mi intromisión, pero sí creo que es relevante.

NP: ¿Relevante para quién, para ti?

LH: Para la investigación.

NP: ¿Y se supone que tu investigación te da permiso de husmear en mi vida privada?

LH: No, licenciada. No hablaremos de lo que usted no quiera hablar, pero le aseguro que profundizar en la vida de Juan es vital...

NP: No hay nada que profundizar. Juan se largó porque no soportaba convivir con una mujer exitosa. Él hubiera preferido que yo no madurara, hubiera sido más feliz con una persona que se quedara en la casa, una sirvienta que atendiera todas sus necesidades. Pero yo soy una mujer inteligente y he tenido oportunidades que decidí no dejar escapar. Por eso soy quien soy, ¿me entiendes?

LH: Sí, sí le entiendo.

NP: Además, seguro se hubiera largado de todas formas si hubiera renunciado a mi trabajo. Era un tipo desequilibrado, yo tenía que pensar en mí.

LH: Entonces en su opinión el accidente no tuvo que ver...

NP: ¡Cuál accidente!

LH: Me refiero al accidente automovilístico del 3 de abril de 1998.

NP: ¡Qué te pasa!

LH: Es natural que un matrimonio no resista las consecuencias de una tragedia como esa.

NP: ¡Cállate, qué estás diciendo! ¿Por qué voy a hablar de eso contigo?

LH: Licenciada...

NP: ¡Cállate y lárgate!

LH: Licenciada, lo que menos me interesa es ocasionarle un malestar, pero si usted me permite...

NP: No te lo permito.

LH: Licenciada...

En este momento Padilla se puso de pie y salió de su oficina abruptamente.

3.
JUAN ANTONIO MENDÍVIL

(2005)

Existen pocos elementos para reconstruir minuciosamente la vida de Juan Antonio Mendívil en las últimas semanas antes de su desaparición; sin embargo, tampoco hay una ausencia total de información. A la mano están los apuntes de Magda Gilbert que utilicé para elaborar la primera parte de este libro, también conversé con algunos vecinos de Juan y con sus compañeros de trabajo en el periódico para tener una idea de cómo era visto tanto por personas que tenían poco trato con él como con las que convivía diariamente.

En mi experiencia, los periodistas suelen ser muy malos informantes, sobre todo porque son muy celosos de los datos que manejan y prefieren guardarlos para sus propios proyectos. No sucedió así con la reportera Norma de la Vega, quien se interesaba más en llegar al fondo de lo que había sucedido con su amigo que en las posibilidades de una nota periodística, compartiendo amablemente todo cuanto sabía del caso y por lo tanto ayudando mucho a mi investigación.

A pesar de un estado depresivo que lo había alejado de la creación literaria durante muchos años, constatado en los apuntes de Magda, todo parece indicar que Juan se proponía a empezar una novela en la víspera de su desaparición.

La policía de San Diego obtuvo una orden judicial para revisar su departamento. A partir de esa visita se pudo llegar a la conclusión de que el periodista no se había ido de viaje ni se había mudado de casa, ya que las habitaciones todavía tenían señales de uso o al menos todo parecía estar en su lugar, incluyendo las maletas que se hubiera llevado en caso de un viaje prolongado.

Junto a su escritorio se halló una caja de cartón, cuyo contenido eran fotocopias del expediente completo de un homicidio acaecido en los años sesentas. El expediente tenía varios párrafos marcados en color amarillo y suficientes notas al margen como para comprobar que, en efecto, Juan pensaba escribir un libro. También unos documentos en su computadora laptop reiteraron que reunía apuntes para una novela que próximamente empezaría a escribir.

Sobre el origen de la caja, las conclusiones son más, basadas en el testimonio de Norma de la Vega, con quien Juan a menudo platicaba, y en la conexión que yo hice del policía Edén Flores con el tío de Fabián, a quien Magda menciona en la primera parte de este libro, llamándolo «Tío Efe».

Según mi conversación con Norma, Juan mencionó que estaba basando su novela en un expediente que le había entregado un policía jubilado. Se trata de una investigación realizada por Edén Flores entre 1964 y 1967. Juan y el ex policía se reunían en un bar llamado Club 13 para conversar sobre el asunto.

Decidí elaborar la parte de este libro que corresponde a Juan Mendívil, utilizando una narrativa que reuniera la información recabada con mis propias conclusiones.

: olvido :

Cuando piensa en su memoria Juan Antonio sabe que podría estar exagerando. Habría que preguntarse, ¿realmente se está olvidando de todo? Él piensa que sí. Está tan convencido que decidió convertirlo en una tragedia personal. Su cerebro es el perfecto alquimista, mezclando ingredientes que hacen resplandecer su dilema. No es una depresión común y corriente, se dice, sino que está inundada de olvido. Y ese olvido es permanente. Y tarde o temprano acabará con él.

No está dispuesto a aceptar que es un individuo común, que su depresión, enfermedad mental o como se le llame, es producto de su imaginación, un invento que trata de ocultar el hecho de que es un hombre como cualquier otro.

Le explica a Magda los detalles de su olvido. La muchacha de grandes ojos verdes reflexiona sobre lo que escucha, medita frunciendo la boca, con esos labios carnosos que parecen independientes a su rostro.

—Pero ¿qué no es así con toda la gente? —pregunta ella, sus labios erguidos—. Yo misma me acuerdo de ciertos eventos y no de todo junto. Imagínate si mis recuerdos se presentaran de golpe, creo que no sería agradable. La memoria es una mesa con documentos revueltos. Recordar es organizar el desmadre que tienes en el escritorio.

Juan no quiere hablar de ello, la magia no tiene sentido para los que buscan la explicación de los trucos. Si él quisiera se apoyaría en la ciencia médica, un especialista aclararía si lo que sufre es una enfermedad o una mala broma de su imaginación. ¿Enfermedad o locura? ¿Enfermedad, locura o pendejada? De cualquier manera es su melodrama personal, exponerse a la ciencia no tendría sentido; la visión que tiene de sí mismo es un acto de fe: no se explica, no se comprueba, no responde a la lógica convencional.

Cierto es que no tiene recuerdos de infancia. Pero ¿cuántos hombres, en sus cuarentas, almacenan memorias de aquellos tiempos? No habrá muchos. Además que es difícil discernir entre un buen recuerdo y una situación prefabricada. ¿Fuiste ese niño que recuerdas o estás recreando la imagen de una fotografía que has visto decenas de veces? Niño pequeño en una caja de cartón mientras su mamá sonriente lo alimenta; niño dando sus primeros pasos en el zaguán de una casa; niño grande junto al árbol de navidad, rodeado de regalos; niño en triciclo con una gran sonrisa; niño en fiesta dando beso a una niña; primera comunión: saco, corbata y pañuelo arreglado

por su mamá; graduación de primaria en un teatro de Tijuana; mudanza tras mudanza en busca de lo que su mamá llamaba el hogar perfecto.

¿Cuántos son recuerdos de una experiencia real?

Cierto es que no tiene recuerdos de adolescencia. Y muchos hombres en sus cuarentas los tienen aún. Las muchachas en el salón de clases, las competencias tribales, el fútbol, las chicas que rondaban los pensamientos nocturnos; los pleitos con su mamá, el sentirse incomprendido, las amistades salvajes, las discusiones sobre cine y música hasta el amanecer. Juan extiende el mazo de su memoria y coloca las cartas bocabajo sobre la mesa. Escoge una y sin voltearla trata de adivinar su contenido. No hay contenido, Juan lo sabe, ni un olor, ni una sensación, mucho menos un recuerdo.

Cierto es que el olvido ha penetrado mucho más allá de la infancia y adolescencia. ¿Cuánto recuerda de sus primeros empleos? ¿A qué se dedicó: repartidor de comida, asistente contable, capturista de datos? ¿Cuándo se decidió por el periodismo? Y aquí es donde los recuerdos empiezan a llegar con timidez, murmullos de una distancia indescifrable: el escritor que fue, la esposa que tuvo, el hijo que perdió... triunfos y fracasos de una vida que no quisiera llamar común.

Le explica a Magda lo que piensa del olvido: es como una playa, le dice. Es la marea que está subiendo. Es el agua fría que ya está en sus pies, que asciende y alcanza sus rodillas, que pronto le llegará al abdomen y al pecho.

Magda se divierte con sus propias conclusiones. Es una muchacha brillante a quien le entusiasma sentirse brillante. Una niña que ausculta razonamientos ajenos, que indaga y persiste. Exploradora, científica, reportera...

—¿Y desde cuándo te acuerdas que no te acuerdas?

Juan no cae en la trampa, se resiste. La pregunta es absurda, mal articulada, no merece respuesta.

Hubo un tiempo en que quiso organizar anécdotas con respecto a su olvido con el fin de que formarían un buen tema de conversación, un relato entretenido como aquello que escribía en el pasado y que hizo reír a un grupo de oyentes...

Se detiene en la imagen del grupo de oyentes. Atrapa en pleno vuelo una duda, se pregunta: ¿en verdad hubo un grupo de oyentes que se rió de lo que escribí? ¿Cuál texto mío les causó risa? ¿Cuántos eran en el grupo? ¿Dónde era la reunión? Se regodea en ese tipo de olvidos, en las ideas fragmentadas que no logran conformar un recuerdo, que aparecen inconexas, piezas sueltas que no se unen a otras vivencias. Sin mucho analizar, reconoce que el suyo es un olvido cronológico, pero que también puede ser aleatorio, caprichosos eclipses dispersos en su cerebro. ¿Es posible seguir llamándose escritor si no puede evocar el pasado? Es como estar condenado a ser por siempre un escritor en ciernes, basando sus textos en lecturas porque no hay recuerdos acumulados de donde rescatar vivencias.

Sin embargo funciona en la sociedad. Despierta sabiéndose el mismo que se acostó a dormir en la noche, conoce la cara que lo mira en el espejo, ubica sus

rutinas: bañarse, su café matutino, el desayuno; sabe qué pierna meter primero en el pantalón. Sale de su casa y se dirige al periódico, no se pierde en el camino, llega con puntualidad, localiza su escritorio, enciende la computadora, recuerda el texto que dejó pendiente.

: accidente :

En ocasiones trata de atribuir su olvido al accidente.

Pudo haber sido un golpe, se dice Juan. Pero está seguro que su olvido viene de un tiempo anterior a la tragedia. No había Magda sino Natalia. Ella era quien se dedicaba a escudriñar su cerebro. Natalia de risa estridente y piernas alargadas. Natalia de sonrisa amplia y manos que formaban figuras geométricas en el aire cuando hablaba.

¿Dónde está el ramillete de experiencias felices que hay en la vida de las parejas?

¿Dónde está el costal de ocasiones infames, de gritos y ofensas?

Natalia lejana. Natalia perdida.

El mar subiendo, por encima de todo, llegando a la costa con furia y destruyendo cuanto encuentra, arrasando con experiencias, pasado, recuerdos, levándose todo. El mar, las olas, el frío constante, la humedad que llega a los huesos, el vacío.

: semanario :

Juan tiene pocas certezas, una de ellas y la más clara es que trabaja como periodista. Está sentado frente a su computadora en la redacción de un importante diario regional, en una ciudad que se llama San Diego, California, Estados Unidos de América. Reconoce a su alrededor a sus compañeros de trabajo, un equipo de seis personas que lo saludan conforme van llegando.

El periodista hace un denodado esfuerzo por evitar su natural cinismo al escribir positivamente sobre la vida de los latinoamericanos en Estados Unidos. Re crea experiencias de éxito en un país que desearía que los inmigrantes se regresaran a la cueva de donde salieron.

Aída le pide cada quince días un artículo que muestre el drama, la tragedia y la lucha de los inmigrantes latinoamericanos contra la adversidad que diariamente se presenta en Estados Unidos, sobre todo para los indocumentados. Ella tiene la infatigable tarea de asegurar que su grupo de periodistas entienda la importancia del trabajo que realizan cada semana para la comunidad. Encabeza la producción de un semanario en español con fines mayores; una publicación, según se lee en primera plana, «para el placer y la información de los lectores latinos de San Diego».

Alrededor de la isla que conforma el equipo de seis personas está el grueso del staff que produce el diario en inglés: reporteros, correctores, editores, fotógrafos, orgullosos ganadores de premios Pulitzer. Hay una situación peculiar entre los periodistas que prefieren hablar español y los que sólo hablan inglés, una incomodidad colectiva que se percibe en los pasillos del periódico, en el ascensor, en la cafetería. Se saludan cortésmente si sus miradas se encuentran por azar, pero se ignoran del todo en otras circunstancias. Es una frontera invisible que apenas se percibe y en la que se procura no pensar.

Hace poco, los hombres altos y rubios que dirigen el diario, llevaron a cabo una investigación de mercado; para ello contrataron a una importante agencia que se dedica a formular encuestas en el país que adora las encuestas. La agencia desarrolló un cuestionario telefónico dirigido a gente con apellidos en castellano, y eliminando la gran cantidad de filipinos con quienes los latinoamericanos no comparten la lengua pero sí los sonoros apellidos en español. Los resultados fueron obvios, pero eso no quitó que los jefes altos y rubios se sorprendieran y maravillaran: a) un gran porcentaje de la comunidad latina quiere leer información en español; b) un enorme

porcentaje de esa misma comunidad está interesada en noticias de la región; c) un desproporcional porcentaje pide a gritos una publicación como la de ellos, gratuita y con noticias de actualidad.

Los jefes felicitaron a la agencia que realizó la encuesta y se felicitaron ellos mismos por el esfuerzo que realizaba el periódico americano por involucrarse en el mundo de los hispanoparlantes. Para alivio de Aída y de su equipo, el diario seguiría publicando el semanario en español. Sólo había un problema: los montones de periódicos en español que se ponían en lugares estratégicos, tales como mercados o estaciones de transporte público, no eran recogidos por los lectores potenciales; se llevaban unos cuantos pero ignoraban a la gran mayoría (típicamente extraían los cupones de descuento de las tiendas y dejaban lo demás). Era una situación que ponía en entredicho el contenido editorial del semanario, tomando en cuenta que existía otra publicación en español, con menos recursos, que era más valorada por los residentes de San Diego.

Sin herramientas para entender o resolver el problema, la editora tomó la decisión de ignorarlo por completo, tratarlo como si fuera una paradoja científica, parte de lo inevitable, incalculable, inexplicable; el equipo optó por lo mismo: no hablar de ello. ¿Para qué interrumpir el esforzado trabajo que realizaban cada semana sólo porque pocos o nadie los leía?

Eso piensa Juan mientras trata de escribir sobre una serie de crímenes en Tijuana, todos ellos vinculados al narcotráfico. Aída le pidió una perspectiva original, la de alguien que conocía la ciudad, que había vivido ahí y que, desde otro país, podía observar la guerra con neutralidad, en toda su extensión y rapiña.

Al escritor le incomodó la asignación del reportaje. Su editora poseía una idea fija de lo que sucedía al sur de la frontera y él no debería desdecirla. La ciudad era mucho más que una noticia para él, y lo que sucedía no era alentador: asesinatos brutales, violencia rampante e indiscriminada. No quería escribir un texto que denostara a una ciudad que aún consideraba suya.

—¿Por qué no me enfoco en lo poco conocido de Tijuana, los aspectos positivos, de lo que nadie habla?

—No creo que le interese a nuestros lectores —afirmó la editora.

El escritor no sabía cómo enfrentarse a una imagen tan abstracta como aquello que la editora llamaba «nuestros lectores». ¿Quiénes eran los hipotéticos lectores? ¿Era la muchedumbre que no recogía el semanario? ¿Cómo visualizarlos, qué cara ponerles? Juan había llegado a la conclusión de que el término «nuestros lectores» podía definirse de la siguiente manera: «la idea que yo tengo del universo; atentamente Aída». Pero ella no era representativa de los intereses de los mexicanos que viven en el sur de California, mucho menos de los que se obstinaban en seguir leyendo en español. Ella era hija de mexicanos, pero había recibido una educación formal en Estados Unidos desde la primaria hasta la universidad. Hablaba un español aceptable pero su lengua principal era el inglés, lo cual significaba que si no trabajara

como editora del semanario, tampoco lo leería. Sin proponérselo, sin saber cómo hacerlo de otra manera, diseñaba el contenido editorial como si estuviera dirigido a un público norteamericano y esa era la razón por la que los lectores mexicanos no se interesaban: era demasiado ajeno, representaba el nuevo mundo al que se resistían a pertenecer, a pesar de haberse convertido en su hogar. Siendo así, el semanario estaba destinado al fracaso.

El escritor piensa en sostener una charla seria con Aída acerca de este tema, pero ya no tiene idea de cuántas veces lo ha intentado. Los pocos lectores del semanario eran hombres y mujeres mayores de 40 años, oriundos de México, interesados en noticias de farándula y resultados de fútbol. Y sobre todo, eran tan lectores como lo fueron antes de emigrar a Estados Unidos, o sea que leían poco y se informaban por medio de la televisión. No se interesaban en noticias del narcotráfico, en la violencia desmedida al sur de la frontera, querían entretenerse, añorar a México festejando su cultura, su cine y su música.

—Quiero tu nota para el lunes —dijo Aída, anulando cualquier posibilidad de discusión.

Juan se había vuelto un mal contrincante en el *ring* de las discusiones. Hubo un tiempo en que necesitaba nuevos y frescos *sparings* cada vez que se hablaba con él, pero recientemente se le veía cansado. En un tiempo los reporteros Hiram y Norma le pedían ayuda con sus notas; hoy lo consideraban un viejo toro, indultado hace años después de una corrida memorable.

Se había convencido de que una parte de él ya no funcionaba: si en algún tiempo su personalidad tuvo una luz encendida, ésta se había apagado en un instante de su vida que Juan no lograba ubicar. A Hiram, en cambio, le deleitaba entrar a una buena discusión, tiraba golpes de palabras con la agilidad mental de un peso ligero. Juan era un veterano boxeador con sobrepeso que perdía interés luego del primer *round*. Sus pensamientos se diluían en parajes pacíficos y lejanos, era el toro indultado que guardaba silencio y distancia.

: violencia :

Juan teclea con rabia, teclea con furia.

Una alarmante ola de violencia sacude a Tijuana. Cunde el temor entre sus habitantes. Autoridades inmiscuidas en actos delictivos. Alcalde reitera compromiso con gobierno federal. Vecinos de la colonia M se quejan de... Crimen organizado controla la economía. Candidato asegura que puede solucionar problema de inseguridad en quince minutos. Se rompe récord este año por número de asesinatos. Continúan crímenes sin resolver. Balacera a mitad de la calle deja varios heridos. Mueren inocentes en fuego cruzado. Aún sin resolver caso de estudiante asesinada. Se queja viuda que la muerte de su marido fue... Secuestran a periodista, comando lo detiene en plena vía pública. Se teme que integrantes de la policía estén inmiscuidos en... Miembros de la sociedad civil critican la mala imagen que brindan medios de comunicación. Madre de estudiante asesinada hace huelga de hambre frente a Palacio de Gobierno. Asociación de artistas se compromete a resaltar aspectos positivos de la ciudad. Gobernador de gira por Japón. Empresarios atemorizados por inseguridad. Obispo advierte que hay muchos más secuestrados de lo que se sabe. Narco inmiscuido en el contrabando humano. Encuentran muerto a conocido sacerdote. Descubren otro cadáver de mujer en faldas del cerro... Aparecen cuerpos descuartizados. Dejan mensaje engrapado a cadáver. Narcomantas sobre puente amenaza al ejército. La población temerosa de que...

Teclea, teclea, teclea.

: impaciencia :

Fernando Prado llega en la mañana siempre cercano a la euforia y levanta a Juan de su asiento para invitarle la matutina taza de café. Después de escuchar los últimos lamentos de su amigo, abre el cajón de su escritorio y muestra con orgullo el resplandor de sus frasquitos anaranjados. Con dedos expertos recorre los envases y sin mirar la etiqueta selecciona el indicado.

—Si éstas no te sirven, ya sabes que hay muchas otras —dice el diseñador con actitud de sabio gurú.

Juan admira esa felicidad. Las pastillas mágicas tienen poder aunque él todavía no logra alcanzarlo. Algún día conoceré el camino de la paz generada por medicamentos, se dice.

La sonrisa de Fernando tiene un resplandor pastillero; contrae sus mejillas, alarga sus labios y deja ver con orgullo su dentadura. Aunque se preocupa por el bienestar de su amigo, su continua euforia a veces le impide inquietarse demasiado o más bien hace que le valga un carajo; no así Norma de la Vega, cuya función es tanto periodística como maternal.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —sugiere.

Para Juan, unas saludables vacaciones no son alternativa. La rutina de su trabajo le brinda seguridad. Sale del periódico, agotado y nervioso, y se encierra en su departamento. No quiere que nadie invada su espacio, y no abre si alguien llama a su puerta, sea vendedor o traiga noticias de Dios. Enciende la televisión y se olvida del mundo. El cine asiático es su obsesión más reciente, sobre todo el japonés. Empezó cronológicamente desde el cine mudo, ahora recorre los años sesentas y la película en turno es una de la serie Zatoichi. Juan se entretiene con las desventuras del espadachín ciego, se anima, a veces llora, luego se retira a dormir con la relajante seguridad de que nada cambiará a su alrededor: por la mañana empieza de nuevo la jornada, por la tarde otra película de Zatoichi.

: adolescente :

Cuando llegó la invitación de participar en una mesa redonda sobre inmigración indocumentada en el Centro Cultural Tijuana, Norma y Fernando no dudaron en tratar de convencerlo de que participara. A Juan le parecía mala idea, y varias veces trató de cancelar su participación, aún después de haber aceptado. Fue su propia ineptitud la que le impidió ser suficientemente asertivo, los organizadores no aceptaron su cancelación y tuvo que asistir. Al final, el evento había resultado ser lo mejor que le había sucedido en los últimos años. Ahí conoció a una muchacha que lo admiraba y se entusiasmaba cuando lo escuchaba hablar. Era lo opuesto de Juan: tomaba clases de danza y yoga, practicaba natación y ciclismo. Le parecía alucinante la simple idea de que una mujer joven y atractiva se interesara en él. Además era inteligente y podía ser bastante divertida.

Magda lo sacó de su rutina, llevándolo a cenar, al cine y a la casa de ella, donde se pasaban horas conversando sobre una variedad de temas. Juan comenzó a sentir que tenía un propósito. Conoció la inquietante sensación que produce la impaciencia. Miraba el reloj con insistencia, contaba las horas y los minutos como un adolescente que acaba de conocer el amor. Salía corriendo del periódico para dirigirse a Tijuana, para recuperar la ciudad de su infancia, para meterse entre las frías sábanas de una cama y acurrucarse entre los cálidos muslos de una muchacha. Era mejor que las pastillas mágicas de Fernando.

Por un azar, por su buena suerte o por lo que fuera, Magda se sentía feliz junto a Juan. Algo en su aspecto de viejo toro indultado hacía que ella sonriera y quisiera abrazarlo.

: lectores :

Con el pretexto de estar ocupado, el escritor ignora las llamadas telefónicas que recibe. Si tiene tiempo, recorre los mensajes en el buzón de voz y hasta puede predecir el contenido. Su querido anciano es el primero de la mañana, no puede fallar: «*Antoniou, you have to stop. Havent you noticed that you're dreaming? Its time to wake up and return to the place you came from*». Sigue el mensaje de un doctor que recita porcentajes y nombres de empresas farmacéuticas, acusándolas de propagar enfermedades para enriquecerse. Luego una mujer histérica que trata de encontrar a su marido, desaparecido hace tres años. Después voces lacónicas que llaman para desearle mala suerte, para decirle que es una horrible persona y que debería regresar a México en lugar de criticar a la gente honrada de Estados Unidos. «*How dare you criticize the country that gives you shelter!*». Etcétera. Etcétera.

El teléfono insiste. De nuevo timbra y Juan duda si tiene algún sentido contestarlo. Seguro es alguien quejándose de lo que escribió; o alguien que desea saber el costo de la publicidad; o alguien que reporta que falló la predicción del clima por dos centésimas de grado Fahrenheit; o algún perdido que lo felicita por el último reportaje.

Hasta podría ser el anciano, su devoto anciano.

«*You're a Mexican, you shouldn't be writing in my god-dammed newspaper!*».

Llamaba varias veces a la semana para quejarse de sus reportajes traducidos al inglés. A veces ni siquiera se refería a lo que había escrito. Podía tratarse de política, deportes o crucigramas, el anciano había decidido que Juan era el único escritor en el mundo. «*You really missed it, Antoniou. You don't fucking know what you're talking about*». Era su lector más atento.

El escritor se había acostumbrado tanto a las críticas sumarias del anciano que pensaba en él cuando empezaba un reportaje. Sonreía mientras tecleaba: «Esto le va molestar al viejo gringo», se decía. «Por esto de seguro me va a decir que la cagué». Pero no solía acertar, los lectores en general eran impredecibles.

Con frecuencia el hombre le llamaba por la mañana. Lo imaginaba leyendo el periódico mientras bebía café, un viejo cascarrabias que desataba su amargura dejándole mensajes a ese tal Antoniou. Influenciado por el cine, Juan imaginaba sus notas tapizadas en las paredes de una habitación, tachadas con envidia. ¿Quién es este idiota que trabaja en mi periódico? ¿A poco le pagan por estas mamadas?

⋮ ⋮

No se sabe la fecha precisa en que Juan tuvo contacto por primera vez con la persona que se identificó como Edén Flores, pero pudo haber sido hacia finales de julio de 2005. En septiembre, Juan ya estaba estudiando los documentos que el ex policía le había entregado, y compartía minuciosamente sus adelantos con algunos de sus compañeros de trabajo.

: llamada :

Juan contesta el teléfono:

—*Hello?*

—*I'd like to speak to mister Antoniou Mendivil.*

—*This is he.*

—¿Señor Juan Antoniou, qué bueno que lo encontré?

—Sí, dígame —le sorprende el repentino cambio a español.

—He tratado de localizarlo, no me gusta dejar recados...

No es su anciano, lo había confundido; la voz se parece pero el tono es amigable.

—¿Qué se le ofrece?

—Cómo explicarle, yo soy policía. Bueno, fui policía. Estoy retirado. Fui policía hace muchos años; aún hago trabajos por mi lado...

—¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito su pluma, Juan Antoniou...

El escritor está a punto de decirle que tiene un cajón lleno de plumas, que podría regalarle una o dos. Sabía a dónde se dirigía la conversación: este ex policía buscaba a un monigote que escribiera sus memorias. Con frecuencia recibía este tipo de solicitudes: viejos policías, viejos políticos, viejos educadores, viejos servidores públicos que pensaban que su historial era menos aburrido que la de otros.

—¿Por qué mi pluma?

—Bueno, es que yo siempre leo lo que usted escribe.

—¿No lo lee en la mañana mientras toma café?

—¿Cómo sabe?

—No importa, siga.

—Me agrada que usted sea tan mexicano.

Sin saber por qué, el escritor se siente ofendido por el comentario, hace una mueca y está a punto de colgar.

—Tan mexicano como yo —corrige el anciano con risa burlona—. Bueno, quizás ya no soy tan mexicano, soy un ex mexicano como soy ex policía. Hace unas semanas leí un reportaje suyo que hablaba de los campesinos mexicanos que se han asentado en el norte del condado, sus convivios bajo la luna, cuando alguien saca la guitarra y empiezan las viejas canciones al calor de una fogata. Parece que hablaba de mí, Juan Antoniou.

—¿Le gustó?

—Sí, mucho. Y pensé que usted podría ayudarme. Quiero alguien que escriba un episodio de mi vida, quisiera hacer una película con esa historia.

—¿Usted hace películas?

—No, no, no, un amigo...

—Quiere que le ayude con el guión.

—Ándele. Pero primero hay que presentar la historia. Se la conté a mi amigo y le pareció buena idea. Me dijo que la necesitaba por escrito, unas cinco hojas. Y me acordé de usted, usted me puede ayudar.

Aída se lo había dicho, responder las llamadas telefónicas era un servicio a nuestros lectores. Era importante escuchar a los que quieren hablar, a los que quieren ser escuchados, no en vano ponían su número al final de los reportajes.

—Me encantaría pero no puedo —dice Juan—. Tengo demasiado trabajo y no me alcanza el tiempo para proyectos independientes. Cuando estoy en mi casa lo que menos quiero hacer es seguir escribiendo.

—Lo entiendo. Cuando yo trabajaba de policía, lo que menos quería hacer en mi casa era seguir atrapando criminales —se vuelve a reír, una risa que a Juan le parece conocida—. Le agradezco su atención.

—No tenga cuidado. Adiós.

A punto de colgar, el escritor escucha la voz del hombre que le grita: «¡Juan!». Levanta de nuevo el auricular:

—Por lo menos acepte que le invite un trago dice el viejo.

: canciones :

A Juan le agrada el ambiente del Club 13, le gusta la camaradería de otros hombres que, como él, aprovechan el alcohol y la charla para olvidarse de sus problemas. Los acompaña la música que surge de una rocola; puede ser un bolero nostálgico o una detonación melódica a cargo de una banda sinaloense, depende de la edad y los gustos del que pone la moneda.

Personas desconocidas conversan con él sin hacer una sola pregunta. Nadie le pide su nombre ni quiere saber dónde trabaja. Las conversaciones son relajadas, abundan pláticas de fútbol pero de vez en cuando alguien habla de su familia sin entrar en detalles. Los nombres no tienen importancia, se menciona al hijo, la novia, el patrón, la vecina, el hermano y a veces brotan quejas de la vieja, la gorda, la fiera, la que no quiere salir de la casa a divertirse, la que prefiere quedarse viendo telenovelas. No es un anonimato consciente sino que los nombres resultan intrascendentes en el ambiente amistoso del Club 13. Juan recibe el bautizo oficial como «Profesor» porque alguien dice que parece maestro de escuela primaria. Asimismo hay un ingeniero, un licenciado, un patrón y un compadre. Es un arreglo que le complace. En una época Juan publicó relatos donde vertía anécdotas de su vida. Esa época había pasado; y conforme avanzaba el tiempo se consideraba cada vez menos escritor y más un redactor de noticias, una pluma asalariada.

Edén Flores es un hombre de 71 años, ex policía de narcóticos, que tiene dificultades para caminar, dice, por una antigua herida de bala. Menciona un cáncer de próstata como si se tratara de un pariente lejano. Sobresale su buen sentido del humor y una gran nostalgia por el México de su infancia. Es dicharachero, platicador. Su madre es un tema recurrente, los sacrificios que ella realizó por buscar el bienestar de sus hijos. Le emociona contar anécdotas de su pasado. Se nacionalizó estadounidense a los 20 años, cuando regresó de la guerra. Es un hombre alto y corpulento que saluda con un fuerte apretón de manos, dice que el Club 13 es un oasis. A veces lleva su guitarra y a la menor provocación reproduce viejas y melancólicas canciones con una deliciosa voz de tenor que no falta a quien le recuerde a Pedro Vargas. No parece importarles el guión o la película que lo motivó a reunirse con el escritor, no parece tener prisa. Se interesa por el intercambio de anécdotas con sus compañeros. Es el mayor de todos ellos y se deleita recordando su edad al que se ponga enfrente. Presume que el Club 13 ha cambiado de dueños y

ambiente pero él permanece en el mismo lugar como una piedra; empieza a cantar «de piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera...» y luego la inevitable carcajada.

A diferencia del resto del grupo, no le importa dar su nombre. Extiende la mano y con un fuerte apretón se presenta con los que llegan por primera vez: «Edén Flores, a sus órdenes». Le dicen don Edén pero con mayor frecuencia «Abuelo». Cuando las conversaciones se alejan y el estruendo de la rocola lo permite, el señor Flores evoca el pasado. Cuando salió del ejército intentó varios oficios, desde carnicero hasta boxeador, también quiso abrir una ferretería pero era malo para los negocios y prefería desperdiciar su poco dinero en juegos de azar. Se casó la primera vez demasiado joven, según dice, y tuvo un hijo que no ha visto en muchos años.

—Y tú, ¿tienes hijos?

—Tuve... —responde Juan.

—¿Cómo que tuviste?

—No tengo hijos. Ya no.

A través de los ventanales del Club 13, Juan ve que en la acera de enfrente se encuentra un niño, observándolo. No es la primera ocasión en la que se siente vigilado por los niños.

: caminata :

A veces Juan se despierta llorando, sofocado por una pesadilla que se desvanece de inmediato pero que deja su pútrido aroma en la cama. Todo el día está de mal humor por un sueño que no recuerda. Escribe en la computadora: «Estoy atrapado en un sueño. Sueño que estoy despierto. Sueño que tengo una vida llena de olvidos. Estoy atrapado, quiero despertar».

Piensa en una película en donde unos seres pálidos y alargados manipulaban la realidad de una ciudad mientras sus habitantes dormían. Al despertar, los transeúntes y automovilistas no se daban cuenta de la diferencia. Continuaban en el mismo lugar, ahora totalmente cambiado, como si nada hubiera sucedido. Juan se pregunta si recuerda bien la trama de la película o simplemente está inventando.

Caminó varias horas por las calles oscuras de Tijuana. Era mayo de 2001, aún no conocía a Magda así que sus viajes a la ciudad eran esporádicos. A veces corría tratando de esconderse de los niños, pero eran inevitables como el frío y el cansancio.

Sus pasos lo llevaron al barrio donde tuvo una familia, donde fue un diligente marido y padre de familia. Levantaba a su hijo en la mañana, lo ayudaba a ponerse el uniforme escolar, lo peinaba hasta que lograba vencer cabellos implacables. Vigilaba que su niño desayunara bien, lo escoltaba a colegio, se despedía de él con un beso. Era el barrio donde tuvo una vida muy cómoda y centrada: misa los domingos, comida con amigos, visita de los suegros y cuñados...

: puerta :

Son las dos de la mañana y de pronto está frente a la casa. Su mente regresa a mejores tiempos, cuando cortaba el césped, recogía las hojas secas y le enseñaba a su hijo los pormenores de la jardinería. Lo recuerda corriendo junto a los rosales, intentando jugar con la manguera de agua aunque sabía que no estaba permitido. Su elocuente sonrisa, molacha y hermosa. Lo extraña, lo quiere ver.

Natalia no abre la puerta al primer toquido; tampoco lo hace al quinto, sexto, séptimo, ni siquiera porque son cada vez más intensos. No es fácil despertarla. Su sueño es profundo, explorador. Juan puede tocar más fuerte y es probable que primero despierten los vecinos. No es hasta que empiezan a dolerle los nudillos que la luz de la sala se enciende.

—Soy yo —dice Juan con su voz sólida, el hombre que regresa a casa luego de una jornada de trabajo.

—¿Juan? —Natalia sorprendida y somnolienta entreabre la puerta.

—Qué bueno que te encontré despierta —dice Juan. Intenta una sonrisa que muestra melancolía, humildad, nostalgia.

—No estaba despierta.

—Tenía ganas de platicar... Hay cosas que no te he dicho...

—¿Dónde has estado, Juan?

—Caminaba por aquí...

—¿Y regresas tan natural, como si te hubieras ido ayer?

—Quiero platicar contigo.

—No estoy sola, Juan.

—No te voy a quitar tiempo, hace frío y he estado caminando mucho. Para mí es importante que me escuches.

—¿Oíste lo que dije?

—Sí, que no estás sola. Pero no quiero molestarte, dame unos minutos.

—Estoy con alguien, Juan. Un hombre que vive conmigo.

—No los quiero molestar.

—¿Cómo quieres que te deje entrar a estas horas?

—Antes platicábamos mucho, ¿te acuerdas?

—Hace más de tres años que te fuiste, te esperé mucho tiempo. Después del accidente era lógico que nos distanciáramos... Pensé que podríamos empezar de

nuevo, superar la tragedia...

—¿Tres años?

—Tres años que no supe de ti. Ni siquiera me llamaste para decirme cómo estabas. Luego escuché que habías conseguido trabajo en San Diego. No traté de buscarte, no tenía sentido. Pero eso ya para mí es pasado. Ahora estoy tranquila. No puedes entrar a la casa, no estaría bien por la persona que vive conmigo. Y por mí misma.

Esa habría sido la despedida perfecta si el escritor hubiera permanecido en silencio, una despedida sin drama, tan racional como siempre había sido Natalia, tan dueña de sus emociones. Pero el escritor no puede quedarse callado, las palabras explotan en su interior y tienen que salir en forma de pregunta:

—¿Cómo está el niño?

Natalia parece confundida, no entiende.

—¿Qué dijiste? —pregunta.

La cara somnolienta de Natalia, la cara que el escritor acarició cientos de veces, miró, besó y se aprendió de memoria. El rostro de pronto se hace trizas, desencajado. Su mano se eleva y asesta un golpe en la cara del escritor, un golpe que de un tajo abarca frente, nariz y boca, un golpe irreconciliable. Golpe de ira y reproche; más que doloroso, devastador.

—Qué te pasa qué te pasa qué te crees pendejo ¿estás loco? Y ella de pronto llora y azota la puerta. Cierra, cierra el mundo, cierra el tiempo.

Su llanto a través de la puerta. Llanto de mujer adolorida.

: expediente :

Al principio Juan no le halla forma a lo que está leyendo, documentos legales, oficios en hojas membretadas con el sello del State of California Department of Justice, reportes escritos con frialdad por un policía que seguro se aburría con su escritura. El propio señor Flores había redactado esas páginas; pero no había en ellas nada de la emoción que mostraba cuando recreaba el caso. Entonces el viaje rejuvenecía, se entusiasmaba por sus logros. Después de todo, para el joven Flores, quien en 1967 contaba con 32 años, la redacción del reporte no había sido más que un trabajo rutinario.

La caja que le entregó el viejo Flores contiene un legajo de unas doscientas hojas fotocopiadas, redactadas las primeras el 22 de junio de 1964 (*case number 64-0153*) y las últimas hacia finales de 1967 (*November 24th*), cuando el agente Flores cerró la investigación, su firma al calce. Las hojas no están engargoladas; pero sí por lo menos, organizadas cronológicamente. En el paquete se encuentra un sobre manila que contiene diversas fotos, la mayoría en blanco y negro.

El joven Flores nunca intentó escribir una novela policíaca, ni se imaginó que alguien estaría viendo con lupa sus apuntes, casi cuarenta años en el futuro. El inglés era frío y mecánico:

Xx xxxxxxxx, xxxxxxxx xxxxx, xx xxxxxxxxxxxx xx xxxx xxxxxxxxxxxxxxxx,
xxx xxxx xxx xxxx, xxxxxx xxx xxxxx xxxx. Xxxxx xxx xxxxxx xxxx xxxx
xx xxxxx...

Esto se traducía al español de la siguiente forma: «El 24 de octubre de 1964, quien esto escribe, con el fin de continuar con la presente investigación, se encontró con el fiscal de distrito del Condado de San Diego, Joseph H. Kennedy, y el investigador Charles M. Harrison. Quien esto escribe recibió de ellos una serie de reportes que detallaban la investigación que llevaba a cabo el Departamento de Policía de San Diego».

Abundan tantas fechas, horas y nombres de personas que confunden al escritor, precisiones que eran necesarias para la investigación, pero excesivas para una obra literaria.

Por fortuna el viejo había acompañado el reporte con un par de hojas de resumen: hacia mediados de 1966, el policía Edén Flores, asignado a la división de narcóticos del Departamento de Justicia del estado de California, se había hecho cargo de una investigación en proceso: el asesinato de un comerciante llamado George Méndez, acaecido tres años atrás en San Diego. Tras una minuciosa investigación, el policía por sí solo había resuelto el crimen que otros ya daban por expediente muerto. La investigación había llevado al arresto del principal sospechoso, un tal Harold Rutheford, que a la postre había huido a México para evitar la aprensión de las autoridades estadounidenses.

Aprovechando los contactos de Flores en la policía de Tijuana, y habiendo Rutheford cometido «un horrible crimen» en esa localidad, logró que las autoridades mexicanas le entregaran al sospechoso.

Lamentablemente Rutheford nunca fue procesado ya que murió durante una trifulca en la cárcel estatal a poco tiempo de haber sido capturado.

La investigación se resume sin problema, pero lo jugoso se encuentra en los documentos oficiales, donde Flores alude a un estudio pormenorizado de los testimonios recabados por la policía de San Diego y el hallazgo de una clave importante que la misma había ignorado.

El reporte subraya que Rutheford nunca había sido investigado por la policía, lo cual, al parecer del joven Flores, fue una grave falta en la metodología de los primeros agentes asignados al caso.

: corazonada :

A lo largo de su lectura, el escritor no deja de mantener contacto con el señor Flores. El viejo tiene una memoria sobresaliente, recordando personajes, fechas y hasta el número de la página del reporte donde se alude a los acontecimientos. No es para menos, había sido uno de los asuntos más importantes de su historial como investigador.

—Fue el caso que cambió mi vida. Ni yo mismo me imaginaba las ramificaciones de lo que hacía y cómo iba a repercutir en mi futuro.

Se refería al ascenso como subjefe divisional, uno de los primero hispanos que ostentaba tal posición en California y probablemente en el país.

—¿Había racismo en esa época, señor Flores?

—Yo no diría que racismo sino una desconfianza generalizada. Eran tiempos difíciles, Juan.

Por lo general evitaba las preguntas que dañaban el prestigio de la institución. Flores moriría siendo un agente leal a la corporación donde trabajó cerca de cuatro décadas. Debajo de ese suave caparazón de amigable anciano había una mente ágil que se negaba a especular sobre la resolución de un caso, como él decía, que se había originado en una corazonada.

—¿Por qué corazonada?

—Porque nadie había pensado en Rutheford.

—¿Y por qué no?

—Porque no parecía estar ligado al caso.

—¿Y sólo fue una ocurrencia suya?

—Lo reconocí en una foto de Méndez, tomada poco antes de que lo mataran. Méndez y su esposa en una fiesta, la típica foto del recuerdo.

—¿Rutheford estaba en esa foto?

—Sí, pero nadie lo había notado.

—¿Cómo?

—Necesitabas fijarte en el fondo, oscurecido por el *flash* que había iluminado sólo a la pareja. Atrás había un grupo de gente, otros invitados, Rutheford entre ellos.

—Yo no diría que fue una corazonada, señor Flores. Usted miró donde otros no lo hicieron.

—Puede ser —dice Flores con evidente modestia—. Rutheford era un conocido

vendedor de drogas, de mediana estampa. En la agencia lo teníamos en la mira desde hacía mucho tiempo, tenía antecedentes, había estado ya en la cárcel por un delito menor.

—Ésta sería una excelente novela policíaca —dice el escritor.

—Sí, pero yo quiero que sea película —replica Flores, sonriendo.

—Podría ser una novela y luego una película.

: novelas :

El escritor echa a volar su imaginación, piensa en los libros que escribió en el pasado (una novela y un libro de cuentos), la atención de la prensa. Juan podría ser el autor de una serie de novelas cuyo personaje es un detective hispano que resuelve crímenes en los suburbios latinos de San Diego, le daría ese sabor fronterizo que suele ser popular entre lectores y círculos académicos. Seguirían las presentaciones públicas y las conferencias, lo que se había perdido por haber cambiado la literatura por el periodismo. Por fortuna el viejo Flores tenía diversas anécdotas que disfrutaba mucho relatar, unas más interesantes que otras pero la mayoría con posibilidades literarias.

—¿No le importa si uso su nombre?

—Claro que no.

—Sería mucho mejor que un simple trabajo periodístico, tendría que inventar situaciones, datos personales acerca de usted. ¿No le importaría?

Flores se siente halagado.

—Siempre le he admirado, Juan. Estoy seguro de que hará un gran trabajo.

En ocasiones el escritor iba a casa del señor Flores donde seguían la plática. El ex investigador tenía una casa en Vine Street, en la zona de Lakeside, un suburbio al sureste del condado, donde vivía con su esposa. Era una residencia con las comodidades típicas de los hogares estadounidenses. Un jardín al frente sin cercos que lo separen de sus vecinos con el césped finamente cortado y un puntual sistema de riegos. Los interiores eran amplios con una cómoda temperatura interior. La decoración era antigua y de buen gusto. Sólo una pared rompía el decoro y las sutileza de las otras, escasamente adornadas. En ésta estaban los diplomas y condecoraciones que Flores había recibido a lo largo de su carrera, acompañados de retratos donde se observaba al policía en distintos momentos de su vida; en una de ellas saludaba de mano al ex presidente Gerald Ford.

En el patio trasero estaba la habitual piscina rodeada por sillas y mesas de plástico con sombrillas, una barra con diversos licores y al fondo una cascada artificial de donde surgía el sonido de una grabación de pájaros. Alrededor de la cascada, hecha de piedra, estaba un jardín de cactáceas que el viejo cultivaba como un homenaje a su querida Sonora, el estado mexicano donde había nacido.

El escritor se acostumbra a visitar la casa de los Flores, charlan bebiendo cerveza o tequila, incluso bacanora sonoreña, o cenan algún platillo típico del norte

mexicano.

: desdoblamiento :

Juan regresa a su análisis de los documentos. Lee un párrafo, se aferra a una idea e intenta extrapolarla para crear pasajes elocuentes. Compró un cuaderno especial, de pasta dura, que escogió con mucho cuidado ya que sería el contenedor de su novela. Piensa que la historia debería empezar con un Flores anciano, a punto de morir, que se aproxima a un periodista para pedirle que escriba un libro sobre su vida. El protagonista se resiste («Me encantaría pero no puedo. Tengo demasiado trabajo y no me alcanza el tiempo para proyectos independientes»), pero acepta la propuesta como un acto de compasión por quien vive sus últimos días. Luego, de alguna manera que requiere justificación, en una especie de desdoblamiento, el personaje se convierte en un joven Flores y empieza a narrar en primera persona.

: traición :

Ha querido decírselo a Magda; ella seguro tendría un comentario sarcástico. El humor no salva a Magda de sus problemas, pero los aligera. ¿Qué diría ella, sería suficiente para convencerse de que Juan está loco de remate? Si sus problemas de memoria no son suficientes, quizás hablarle de los niños la convenza de que es un caso clínico, apto para el manicomio. Pero no hay nada más vergonzoso para un hombre inteligente que reconocer que está enloqueciendo y que no puede evitarlo. Lo traiciona el mismo cerebro que le ha dado lo mejor de sí mismo.

—¿O es una locura de siempre, la que le permitía escribir y ahora se lo impide? Cualquiera que sea la respuesta, prefiere callarlo delante de Magda; opta por sólo mirar sus ojos claros, perderse en ellos sin decir palabra.

Te noto muy callado, algo te pasa.

Juan quiere hablarle de esos niños o de un niño en particular, quiere compartir los pocos recuerdos buenos que le quedan. No. El cerebro se lo impide. No, mejor guarda silencio.

: niños :

La primera vez que Juan comentó que un niño lo estaba mirando fue en una ocasión que pasó por su hijo a la escuela.

—¿Quién es ese niño? —preguntó Juan cuando su hijo se subió al carro.

—¿Cuál?

—Ese niño, el de lentes.

Su hijo buscó entre la marabunta que salía de la escuela, entre el frenesí de maestras desesperadas y mamás que peleaban por recoger a sus hijos.

—No sé cómo se llama, es nuevo. ¿Por qué quieres saber?

—Se me queda mirando.

—¿Cuál?

—Ese, ese...

—¿El que trae el suéter amarrado?

—Sí, ese. Nos está mirando, ¿qué no ves?

—Pues... no sé... sí está volteando paracá...

—No importa, olvídale.

—No sé quien es, puedo investigar. ¿Quieres que le pregunte por qué te mira?

—No, no le preguntes. Olvídale.

—Puedo...

—Que lo olvides, te digo.

Los niños son así, no es extraño que miren a una persona que desconocen, su naturaleza les pide que observen al mundo; pero Juan no sentía que la mirada del niño de la escuela o la de muchos otros era normal. Pasando por un parque o un centro comercial, en cualquier lugar donde hubiera niños, siempre había uno que lo observaba. Y no era una mirada peculiar, en realidad se podría decir que no tenía nada de especial: era como ser observado por alguien que conoce un secreto íntimo, sin juzgarlo. ¿Curiosidad? Tal vez. Miradas de intriga, sin acusaciones. Miradas que parecen tener conciencia de que tarde o temprano algo le sucederá. Esos pequeños lo sabían. Algo cambiará y sólo esperan el momento, sólo quieren ser testigos.

Mientras Juan iba de un punto a otro, recorriendo la ciudad, no faltaba un niño que lo estuviera viendo insistentemente. En ocasiones el chico parado en una esquina y lo veía pasar como si lo esperara. Acompañado de Magda, saliendo del cine o de su casa, a cualquier hora, un niño estaba ahí, estudiando sus acciones como si lo

escuchara de lejos, como si vigilara. Al principio le pareció curioso, pero los niños lo hacían tan a menudo que se obsesionó con la idea de que fuera una especie de presagio maldito. Algo cambiará, se decía. Ellos lo saben.

: amigos :

Reunido en un bar con Norma y Fernando quiso decirles, pero también se contuvo. Sólo se animó a explicarles lo del presagio, la idea de que su vida podría cambiar repentinamente.

—Por qué dices eso —dijo Norma, consternada—. La vida no se acaba cuando uno lo dispone. Y cuando se acaba no hay avisos, no hay quien te mande un boletín de prensa para informarte. Llega y adiós.

—Llega y salud, querrás decir —corrigió Fernando, levantando su cerveza en señal de brindis.

—No te apachurres tanto —agregó Norma.

Él sabe que sus compañeros se preocupan por él, las invitaciones al bar no son en vano. Quieren estar al tanto de su estado de ánimo, lo identifican como una persona frágil, propenso a la depresión. Juan olvidó cómo responder con acierto al cariño de sus amigos, pasa el tiempo tratando de recuperar lo que ha perdido sin saber con exactitud lo que es. Cuando miraba a su hijo, saliendo de la escuela, despidiéndose de sus compañeritos, se preguntaba si esa amistad de infancia perduraría hasta que su hijo fuera adulto. Juan no podía presumir de un sólo amigo que conociera de muchos años. ¿Los había olvidado a todos o nunca existieron?

Para él era difícil concebir una amistad o cualquier relación cercana que fuera perdurable; tenía una sensación de haber perdido mucho más: compañeros de escuela, de farra, de aventuras adolescentes... Tenía la impresión de que sus actos lo habían alejado de todos los seres con quienes había tenido contacto cercano.

—Somos tus amigos —aclaró Norma—, nos preocupamos por ti. Ya sé que en este país las amistades gringas suelen ser superficiales, pero nosotros no tenemos que ser así.

Somos mexicanos —dijo Fernando con sonrisa ebria y feliz—. ¡Viva México! —gritó con tal énfasis que otros clientes voltearon a verlos.

Esas visitas al bar eran esporádicas y terminaban temprano porque Norma empezaba a preocuparse por la hora y por su hija, que salía tarde de la universidad. Fernando hubiera preferido quedarse hasta el amanecer, pero Juan también prefería regresar temprano a su departamento.

Eran las diez de la noche cuando salieron. Juan caminó hasta la estación del *trolley* y descubrió que un niño de cabello alborotado caminaba junto a él en el otro

lado de la calle. Le inquietaban sus miradas mas no le sorprendían. Eran pequeños fantasmas de su imaginación, bromas de un cerebro aburrido y agotado, recordatorios de lo que había perdido, lo irrecuperable.

⋮ ⋮

El monólogo que se presenta a continuación fue escrito por el propio Juan Mendívil como parte de sus apuntes. Parece ser una forma de ensayar en primera persona la voz del personaje que sería protagonista de su novela. No se sabe si esto lo dijo Edén Flores tal como aparece aquí o Mendívil ya estaba tomando atributos propios de un escritor.

: abuelo :

Mi papá deseaba algo distinto para nosotros, no quería que nos quedáramos en Sonora, como su padre, como su abuelo. Él era un campesino jodido, sin tierra propia, y lo único que nos quedaba a nosotros era ser campesinos también, seguir recogiendo las migajas que arroja el destino. Pero mi padre decidió romper la cadena, decidió que el ciclo no se iba a repetir. Nos vamos a los Estados Unidos, dijo, yo no quiero esto para ustedes. Hubo un gran pleito en la casa porque mi abuelo no quería que nos fuéramos. Si nos íbamos él se quedaba solo, no había quien atendiera la casa y le diera de comer. Además, ¿qué había en los Estados Unidos? Ni modo que oro en las calles. Hay muchos pendejos que regresan igual de pobres y hasta más jodidos, decía el abuelo. Mi papá era testarudo y ya se había hecho a la idea, tenía por fin una esperanza. Planeó que nos fuéramos con él, pero el asunto se volvió complicado: el abuelo se adelantó, me sacó de la casa y me llevó a Cajeme. A ver si se van sin mí, pensó, y claro que mi mamá no se quiso ir. Por eso mi papá se fue solo y dijo que volvería por nosotros. En cuanto se supo que mi papá se había marchado, ahí viene el abuelo de vuelta. Nadie lo cuidaba mejor que mi mamá, la quería de sirvienta. Era un viejo malo. Dicen que no era tan malo de joven, pero yo no lo conocí distinto. Dicen que la Revolución lo cambió pero yo dudo que la gente cambie tanto. Su alma no conocía la paz y tenía que estar jodiendo al prójimo, a nosotros y al que fuera. Y como la casa era suya, ni modo de abandonarlo, por lo menos teníamos un techo y era mejor que lo que muchos poseían en Sonora en aquellos años. Mi papá nos mandaba cartas donde nos contaba lo que hacía, nos hablaba de la gente, de su trabajo y sus patrones gabachos en los campos y las fábricas de Los ángeles. Yo quería seguirlo, solo, pero mi mamá no me dejó. Yo tenía quince años y mi hermano once. Uno siempre busca al padre y mi mamá lo sabía pero otra vez el abuelo intervino: leyó la carta de mi papá donde decía que estaba listo para que lo alcanzáramos, incluso había rentado una casita para nosotros. Dijo el abuelo que eran babosadas y que nadie saldría de la casa, nadie se iría nunca. Dijo que se quedaría con mi hermano pero no contaba que yo era más grande y maduro. Había mucho de él en mí, mucha amargura y maldad, mucho egoísmo, y le puse el alto. Saqué la vieja carabina que él guardaba para cazar venado. Lo encañoné y le dije: «Tú te quedas quieto, nosotros ya nos vamos». Era la primera vez que lo tuteaba y mi madre casi me rompe el hocico de un golpe, pero tampoco dejé que interviniera. Mi hermano estaba chille y chille y le

ordené a mi mamá que empacara porque nos íbamos a ir. Mientras tanto yo seguía encañonando al abuelo, y él dijo «Yo sé que no te atreves a matarme, pendejo, tú qué sabes de matar». Y era cierto, yo no sabía de matar pero tenía unas ganas de jalar el gatillo y acabar con su vida miserable. Le di un empujón y cayó al suelo, le di una patada y ya no se quiso volver a parar. Me miraba con rabia, el viejo Flores en el suelo, el joven Flores parado apuntándole con la carabina. Yo no hablaba, no tenía que decirle, sólo furia, cabrona y asesina. ¿Sabes que el deseo de matar se hereda? Mi padre fue un hombre bueno; pero yo no pude ser como él, yo era el abuelo vuelto a nacer, yo era el abuelo que se fue a la Revolución y se chingó a cuanto cabrón tuvo enfrente, no por la causa, no por la tierra ni la puta libertad sino por el placer de matar, la satisfacción de poder quitar una vida, terminar con una historia. Que nadie me lo dijera entonces, yo odiaba a ese abuelo y nunca me habría comparado con él. Huimos de la casa, tomamos un camión y nos fuimos a la frontera, primero a Nogales y luego a Tijuana. Cruzar no era difícil pero Tijuana no era para una mujer como mi mamá y mucho menos alguien que se veía indefensa, con sus dos hijos y unas bolsas llenas de ropa y sartenes. Para mí era una ciudad impresionante, y sobre todo los sucios lugares donde andábamos, tratando de localizar a un coyote que nos ayudara con la cruzada. Era 1949 y Estados Unidos se hacía de la vista gorda en sus fronteras cuando cruzaban jóvenes como yo. Te lo digo porque nos detuvieron y un gabacho nos descubrió ya cuando estábamos adentro. ¿Tú crees que nos detuvo? Mi mamá no sabía que empezaba una nueva guerra, y que hacía falta algo más que mano de obra en Estados Unidos. Se necesitaban soldados, carne de cañón mexicana. El gobierno había aprendido con la Segunda Guerra que no era fácil ganar y que las muertes de jóvenes gabachos eran costosas para el país. ¿Por qué mejor no llevarnos a los pendejos mexicanos? Cuando nos encontramos con mi papá en Los ángeles, estaba enfermo, ni siquiera podía trabajar. Lo habían corrido de la casa que rentaba y compartía un departamento chico con otras dos familias. «Mira dónde vine a traerte, Gabriela», le dijo a mi mamá; pero ella ni lo pensó, sabía que nuestro lugar era con él. Y a los dos meses que murió mi padre, tampoco pensó en regresar. Su marido había marcado el camino del futuro, y no lo íbamos a traicionar.

: maldad :

Las conversaciones en el Club 13 se alargan y el tono de plática cambia conforme aumenta el alcohol en la sangre. Edén Flores tiene ganas de hablar. Juan conoce esa necesidad de los viejos por recordar, el torrente de experiencias tiene que salir, no puede quedarse reprimido en la memoria. A veces los recuerdos del señor Flores provienen de latitudes insondables, parecen viejas confesiones que luchan por escapar.

—Maté a muchos coreanos, era mi trabajo, para eso nos pagaban. Pero ese tipo de muerte es fácil, muchacho. En la guerra cualquier pendejo puede matar. A tu alrededor escuchas el silbido de las balas y todo mundo parece que corre o se muere y sabes que tú eres el que sigue así que disparas como loco y hacia todas las direcciones, matas, matas a muchos, incluso a los tuyos... pero en realidad eso no es matar, muchacho, es defenderse, es andar pendejeando. Matar es pararte frente a un cabrón y darle un balazo entre los ojos, saber a quien te estás chingando, a quien le robas la vida.

—Más que matar, eso es maldad —aclara Juan.

—¿Cómo que maldad?

—Yo no dudo que usted ha tenido que matar en la guerra y tal vez como policía. Pero es distinto defenderse o hacer lo que la justicia dicta que matar por rabia o por venganza.

—¡Ah, cabrón! ¿O sea que los policías somos buenos y los delincuentes son malos?

—No estoy hablando de buenos y malos, señor Flores. Pero hay muertes que se justifican...

—Muchacho, te digo la verdad, la maldad existe y puede estar en un policía, en un maestro, en tu abuelita o en una puta monja. Pero no es el matar lo que te hace malo, entiéndelo. Matar es un acto natural al cual los seres humanos no podemos resistirnos, está en nuestros genes. Caín mató a su hermano no por malo sino porque lo tenía hasta la chingada, esa muerte era justificada, como si yo me levantara ahora y te diera un plomazo en la cabeza.

Juan se sorprende por el tono del señor Flores que habla con fuerza y ademanes rejuvenecidos. No se atreve a interrumpir.

—Te voy a decir lo que es maldad, muchacho: volver a la escena del crimen y

regocijarte con la ausencia que dejaste: darle seguimiento a la muerte. Maldad es convivir con la familia que afectaste y darles dinero y cariño y permitir que te quieran y te admiren. A la vuelta de un par de años te pedirán ser el padrino de primera comunión del hijo mayor del difunto. Tú y él en la iglesia, ¿te imaginas?, tú sabiendo que te chingaste a su papá y disfrutándolo. Maldad es entrometerte con los seres queridos de ese que mataste, escuchar sus lamentos, luego regresar para impedirles superar el luto; jugar con ellos, sentirte superior, tal vez causarles otra tragedia para continuar con el ciclo. Maldad es arrimarse a la mamá del difunto, cuando está en su lecho, moribunda, cuando ya te considera un sustituto del hijo que perdió; acercarte a su oído y decirle que tú fuiste el que le robó a su hijo querido y describirle su sufrimiento, cómo rogó por su vida y cómo le hiciste para que no se muriera tan pronto porque querías escucharlo gritar de dolor. Hay gente que mata y gente que sabe matar, pero la maldad es un lujo que sólo unos cuantos poseen...

: niños :

—Se llama Javier —comentó su hijo el día siguiente—. Y me dijo que no te conoce ni te mira.

—¿Es tu amigo?

—No es mi amigo, a veces platicamos.

—¿Qué te dice cuando platican?

—No sé.

—¿Cómo no sabes?

—No me acuerdo.

Era viernes y Juan estaba molesto. Por la mañana tuvo una discusión con Natalia, le había quedado el mal sabor de boca. Recordaba el pleito mas no el motivo. Podía haber sido cualquier cosa, era lo mismo. Pelearse con su esposa se había vuelto rutinario.

Antonio no habló con su hijo mientras regresaban a su casa. Iban llegando cuando el niño quiso romper el silencio.

—Ya sé. ¡Hablamos de los *Power Rangers*!

Juan recuerda que era viernes y que no le contestó a su hijo ni quiso seguir hablando con él. No habló con él tampoco el día siguiente porque había pasado horas ensimismado, reprochándose en silencio, como lo hacía a menudo, una larga lista de fracasos: no podía escribir, su esposa lo mantenía, su fracaso como hombre, como esposo, como proveedor de su familia... las ideas se conectaban una con otra hasta obsesionarlo. No podía dejar de pensar en ello ni alejarlas, tampoco podía hablar o ver el resto del mundo a su alrededor. Como solía suceder, la cadena de frustraciones llevaba consigo fantasías de muerte. Se veía a sí mismo colgado de un árbol, engullendo pastillas, arrojándose al mar. Las fantasías volaban sobre él como aves de rapiña. Por supuesto, había sido su cerebro quien les había dado la bienvenida y dejaba que formaran un círculo encima de él y alimentaran su obsesión. Quizás ya sea hora, repetía su cerebro. Quizás ya sea hora. Luego corregía: No, más bien estoy seguro de que ya es hora.

Juan recuerda que la última conversación que tuvo con su hijo fue el viernes. Lo recuerda bien porque el sábado por la noche sucedió el accidente.

: vulnerable :

Magda le dice que es una persona vulnerable y Juan se siente profundamente ofendido. Espera que un mesero deje una mariscada (jaiba, camarones, pulpo, callo de hacha, ostiones, acompañada de una cubeta de cervezas Bohemia) sobre la mesa antes de replicar. La cocina del restaurante es una de las más sabrosas de Tijuana, pero los dueños tienen el mal gusto de ambientarlo con el escándalo de una banda sinaloense que sólo permite que los comensales platicuen entre los recesos de los músicos. Justo en uno de esos recesos (la banda había terminado una interpretación mediocre de La mula bronca), Magda le dijo que era un hombre vulnerable. Muy vulnerable.

—Seguro hay hombres en el mundo que les agrada ser considerados así —dice Juan—. Hombres de piel suave que lloran en las películas tristes y caminan abrazaditos de sus novias. Hombres que comparten las palomitas durante la película. Hombres que bailan imitando a Ricky Martin. Hombres que platican con la mujer con que acaban de coger, que les regalan flores. Hombres que entonan rolas de Shakira cuando van en el carro, que tienden la cama como les enseñó su mamá. Hombres con buena ortografía. Hombres que dicen «las damas primero». Vulnerables sí, todos ellos. Seguro les encanta esa palabrita. Pero yo no soy así.

Durante su juventud Juan Antonio leyó novelas policiacas que estigmatizaban la vulnerabilidad de los hombres. En un mundo duro, sólo los duros sobreviven, se decía, y él había creado un mito de sí mismo: abandonó sus estudios para ayudar con el gasto de su casa y había aprendido demasiado pronto las reglas de la calle; no tenía la mayoría de edad cuando ya se paseaba por prostíbulos; había cogido numerosas veces antes de que una mujer le besara los labios; conclusión: una vida como la de él no podía llamarse vulnerable.

—Me vas a decir que naciste en una favela de Río de Janeiro —comenta Magda con sarcasmo.

—Tal vez, pero incluso si esa no fuera mi historia —continúa Juan—, si sólo hubiera vivido episodios bonitos y ejemplares, misa los domingo, comodidad, sirvienta, buen sueldo... aún así la vulnerabilidad me parece una mariconada.

A Magda le gustan esos arranques de machismo, le gusta escuchar esos argumentos que suelen acabar en la misma conclusión:

—En realidad me estás diciendo que soy un afeminado —dice Juan bajando el

volumen de su voz—. Mejor dime que no te gusto en la cama.

—Está bien, no me gustas en la cama.

Aunque ella sólo cumple con lo que Juan le había solicitado, observa cómo el hombre cambia su expresión ofendida a una de tristeza. Ella saborea por unos segundos ese momento, luego él se recompone y continúa:

—No sé de dónde sacaste que soy vulnerable. Estoy pensando que deberíamos ir a un hotel para demostrarte que no lo soy. Es más, ahorita mismo, en el carro, en el estacionamiento, te bajo los calzones y te demuestro que no soy vulnerable.

—Perdón por decirte la verdad, cariño. Coges rico, pero eres vulnerable —dice Magda, satisfecha y sonriendo.

Juan tiene preparada una réplica, pero le gana la sensación grata de una caricia en el ego. Se detiene, respira profundo para no reír.

Termina el receso de los músicos, la banda empieza a interpretar *El sauce y la palma*. Entre Juan y Magda se interpone el estridente sonido de dieciséis músicos: tuba, clarinetes, trombones, trompetas, timbales y una tambora: orgullo sinaloense. Y con ello se da por terminado el tema de la vulnerabilidad.

⋮ ⋮

Las sospechas de Juan sobre el caso posteriormente se tornaron hacia el propio Edén Flores. Habló de ello con Norma de la Vega, a quien le explicó que a veces parecía que «el señor Flores estaba jugando» con él. Aunque el periodista no tenía elementos para hacer esta conexión, es evidente que Edén Flores era el tío de Fabián que Magda había descrito como «una persona extraña» y truculenta.

Si en efecto Flores había dejado aquella foto que Magda encontró bajo su puerta y que la hizo pensar que se trataba del asesino de su novio, ¿era todo parte de un elaborado juego con el que se entretiene una mente perversa? ¿Le estaba dando Flores «seguimiento» a la muerte de Fabián?

: fotografías :

El escritor está sentado en el sillón de la sala, el control remoto de la televisión en la mano, inseguro de cómo había llegado hasta allí. Se levanta y extrae una cerveza del refrigerador. Abre la botella y se vuelve a sentar. La televisión está encendida. Personajes japoneses de los tiempos feudales discuten arrojando palabras como escupitajos; desenfundan las catanas y un grupo de samuráis luchan por defender su propia versión del honor y la dignidad. Los subtítulos son ráfagas que Juan ha dejado de leer.

Repasa las fotografías de Méndez y Rutheford. Hay documentos forenses que había evitado mirar, fotos de cadáveres, acercamiento a las heridas del muerto. Imágenes de varios automóviles de la época. Una motocicleta. El exterior de una casa. Una maleta abierta llena de fajos de billetes. Una pistola.

Los retratos de Rutheford le parecen curiosos, varios tienen como trasfondo la Tijuana de su infancia: la típica zona turística, el viejo hipódromo previo al incendio de 1970. Una foto del asesino captaba en el fondo una escena con niños, como si hubiera sido tomado en los alrededores de un parque. Yo podría ser unos de ellos, se dice el escritor. Y empieza a revisar con una lupa cada una de las pequeñas figuras fuera de foco. Analiza con cuidado las fotos de Méndez y ninguna de ellas es la que mencionó Flores, la del hallazgo, la de la corazonada.

Rutheford no tiene cara de asesino pero habría que ver qué cara tienen los asesinos, piensa el escritor. Era un gringo joven que sabía vestir con elegancia, fuera de ello le parecía convencional. Además de la imagen de los niños le llama la atención otra Polaroid del asesino. Estaba sentado con una mujer joven y guapa. Él mira directamente a la cámara con seriedad; ella sonríe fascinada y lo está tomando del brazo. Se encuentran en un típico restaurante de la avenida Revolución, con una colección de carteles taurinos en las paredes. Los acompaña un sujeto cuyo rostro es indescifrable; al parecer alguien había raspado con un objeto filoso su cara para borrarlo de la foto.

La edad de la imagen se aprecia en el tipo de cartulina donde fue impresa, con unos ligeros dobleces en las esquinas, y perdiendo los colores originales. Es un retrato de mala calidad que seguro tomó un fotógrafo ambulante, el raspón sin embargo no parece viejo.

El escritor trata de imaginar la personalidad de esos individuos. ¿Quién era

Harold Rutheford? ¿Qué hacía en Tijuana los meses que ahí vivió? ¿Qué comida o música prefería? ¿Quiénes eran sus amigos de parranda y quién era esa mujer que lo acompañaba?

Juan podría responder a estas preguntas reconstruyendo una Tijuana en 1967, pero necesita información precisa de los protagonistas para ahondar en las motivaciones de Rutheford. Sería más sencillo si el reporte de la investigación le diera una pista; para empeorar el asunto, la investigación daba un salto logístico que se resumía en el siguiente párrafo:

XXXXXX, xxx xxxxx xxxxx x xxxxxxxx xx xxxxxxxx, xxxxxx xxx xxxx xxxx
xxxx. Xx xxxx xx xxxxx xx xxxxxxxx, xxxxxx x xxxxx xx xxxxxxx xxxxxxx xx
xxxxxxx. Xxxx xxxxxx xx xxxx x xxxxx xxxxxx.

Según esta información, Harold Rutheford cruzó la frontera de México albergándose en las leyes que no permitían (o al menos hacían difícil) la extradición de criminales. Era sabido que se podía cometer un delito en Estados Unidos y el perpetrador podía cruzar la frontera y estar a salvo, siempre y cuando no rompiera las leyes en México. Y Rutheford no parecía una persona inteligente ya que, al parecer, había cometido una torpeza. El reporte no lo señalaba, pero sí el resumen de Flores, que decía que se trataba de «un horrible crimen».

: extradición :

Conversación telefónica con Edén Flores:

—Tengo una duda acerca de Rutheford.

—Dime. Estoy a tus órdenes.

—No entiendo por qué la policía de Tijuana lo entregó. ¿Lo extraditaron?

—Más o menos —se ríe—. Si mal no recuerdo no hubo mucho papeleo, la policía de Tijuana lo envolvió en una cobija y lo arrojó al otro lado del cerco. Nosotros estábamos ahí para recibirlo.

—Pero ¿por qué lo hicieron? Si cometió un crimen en Tijuana, ¿no lo hubieran metido a la cárcel en Tijuana?

—Digamos que se querían deshacer de él.

—¿Por qué?

—Fue un asunto complicado, Juan. Rutheford tenía mucho dinero y, por lo tanto, muchos amigos en el gobierno mexicano. Lo protegían con la condición de que se portara bien, cuando no se portó tan bien resultó vergonzoso para ellos.

—¿Se avergonzaron? Me resulta difícil creerlo.

—Es que fue un crimen horrible, Juan. En Tijuana no se había visto nada parecido.

—¿Qué pasó?

—Recuerda que Rutheford era un loco.

—¿A quién mató?

—No veo por qué tiene importancia.

—Véalo de esta manera, señor Flores. No se podría entender el bien que usted hizo, librándonos de Rutheford, si no doy a entender la maldad que él personificaba.

—Entiendo. Te lo quiero contar en persona, si se puede.

—Como guste.

—Nos vemos mañana en el Club 13, a las cinco.

Norma de la Vega se enteró de la conversación anterior por el propio Juan Mendívil. Le parecía muy poco serio de Flores que sólo diera medias respuestas, y le preocupaba que la frustración por no obtener pistas concretas afectara negativamente la salud de su amigo. Juan se deterioraba físicamente en la medida que convertía su trabajo en una obsesión personal. Empezó a fallar en sus otras responsabilidades, se retrasaba en la entrega de reportajes y estaba en constante conflicto con Aída.

—Yo creo que ya tienes bastante información —trató de convencerlo Norma—. Déjalo ya y escribe tu novela.

Por último, Mendívil le contó algo que a Norma dejó perpleja. Le dijo que Flores estaba convencido de que Juan era un fenómeno inexplicable, un salto en el orden natural del universo. Según el viejo, Mendívil también había sido parte de esa investigación en 1967 pero no como él mismo sino como un sujeto llamado Raúl. O sea que el viejo había conocido a Juan en aquella época; era parte del pasado y al pasado debía regresar.

Era una broma de mal gusto; pero, debido a la inestabilidad emocional de su amigo, Norma procuró ser cautelosa con sus comentarios. Por más descabellada que fuera esa broma, su amigo la veía como una explicación posible de los problemas que le aquejaban.

—Está clarísimo, Norma. Todos mis olvidos tienen un motivo. No recuerdo mi infancia como Juan Mendívil porque nunca la tuve. Pertenezco al pasado, nada de esto es real.

—Pero si nada de esto es real, ¿tampoco nosotros lo somos? Fernando, Aída, Hiram... ¿todos fuimos inventados nada más para que tú vivas esa fantasía? Piénsalo bien, no puede ser.

Juan no tenía respuesta. En su cabeza, sus amigos sí existían, sólo él era el fantasma. Ellos, sin saberlo, convivían con un personaje del pasado y que por alguna extraña razón ahora se encontraba entre ellos. Por eso la depresión, la angustia constante, los niños...

En opinión de Norma, Juan debió cortar de tajo su relación con Edén Flores. Escribir la novela no valía la pena si arriesgaba su equilibrio mental. En el mejor de los casos, el viejo era un mitómano que ni siquiera se daba cuenta del daño que le causaba a Juan. Pero también existía la posibilidad de que Flores fuera un sociópata

que se divertía con un hombre que estaba perdiendo la cordura. ¿Será posible que exista gente tan alevosa?, se preguntaba Norma. No lo podía creer.

Tanto su curiosidad de reportera como la preocupación por su amigo, la convencieron de querer conocer en persona a Flores. Llegó a pedirle a su amigo que le permitiera acompañarlo la próxima vez que lo visitara. Juan no tuvo inconveniente, pero el trabajo en el semanario exigía demasiado de sus tiempos y nunca lograron aterrizar el plan.

En retrospectiva y con remordimiento, Norma confiesa que le hubiera gustado hacer más por su amigo; lamentablemente se dio cuenta que los problemas de Juan también afectaban su propia salud. Empezó a tener dolores de cabeza y espalda, claros síntomas de que ella también se estaba estresando. Por el bien de ella misma, llegó a la conclusión de que debería ser más moderada con los problemas ajenos. Juan era un adulto y lo que menos necesitaba era una amiga que se creyera mamá sobreprotectora. La única manera de ayudarlo era estar en contacto con él, escucharlo y tratar de entenderlo. Asegurarse de que estuviera bien, sin entrometerse, era lo mejor que podía hacer.

Lo vio por última vez el jueves 10 de noviembre de 2005. Juan se encontraba de buen humor, había convencido a Flores que le diera los últimos detalles de la investigación y lo vería en unos días. Sentía que la historia completa ya estaba a su alcance, que sólo faltaba sentarse frente a la computadora para empezar a escribir. Sin embargo, el viernes Mendivil no volvió al periódico, tampoco el lunes o el martes. Preocupados, Norma y Fernando fueron a buscarlo a su departamento. Se asomaron por las ventanas, hablaron con los vecinos. Nadie lo había visto salir o entrar en los últimos días; claro que tampoco le dedicaban demasiada atención ya que él nunca hablaba con ellos y el sentimiento común en los departamentos era que no le interesaba la gente que vivía a su alrededor.

: :

Norma y Fernando nunca conocieron a Magda fuera de las anécdotas que Juan llegó a contarles. En un momento les confesó que había conocido a la chica ideal y que se estaba enamorando de ella. Había sido muy elocuente y hasta poético al describirla. Pensaron que una relación sentimental era lo mejor para él y, fuera de la curiosidad inicial que Juan sació con creces, nunca preguntaron más de lo necesario. Era la única parte de su vida que consideraban equilibrada.

Antes de denunciar la desaparición del periodista ante las autoridades de San Diego, Norma hizo algunas llamadas telefónicas para localizar a Magda, con la esperanza de que Juan estuviera a su lado o que ella tuviera información acerca de su paradero. Tras unos días, finalmente localizó a Emma Gilbert y se vieron en un café de Tijuana, cercano al centro cultural donde Juan y Magda se habían conocido.

Según Emma, la familia Gilbert tampoco sabía nada de Magda desde hacía unas semanas. Habían denunciado la desaparición ante el Ministerio Público, pero las autoridades mexicanas actuaban con su habitual desgano. Entonces los padres de Magda empezaron su propia investigación, y por esos días sospechaban que Juan Mendívil podría ser el causante de la desaparición de su hija. Emma les había dicho que su prima llegó a quejarse de que el periodista a veces actuaba como un desequilibrado.

Norma no esperaba esa noticia. Después de que pagó la cuenta y se despidió de Emma, sintió una repentina taquicardia y su cuerpo empezó a temblar. Su cabeza parecía que reventaría, sobrecogida por una intensa migraña. Como pudo, condujo su carro hasta la frontera. Por fortuna la espera fue leve pero regresó a su casa en el norte de San Diego sin que la migraña desistiera.

Por la noche no pudo dormir y cuando regresó al trabajo el siguiente día, se le veía pálida y ojerosa. Así compartió la noticia con Aída y sus compañeros de trabajo: no se trataba sólo de Juan, eran dos los periodistas desaparecidos.

: :

Los detectives de San Diego, asignados al caso Mendívil, hicieron las pesquisas correspondientes y lo declararon «*missing person*», dando a conocer los resultados de su investigación al Buró Federal de Investigación, que también tomó cartas en el asunto. Su nombre y fotografía aún aparecen en boletines policiacos en todo el país.

Los investigadores no tomaron como concluyente la última conversación que tuvo Juan con Norma. No había manera de comprobar que el hombre que se hacía llamar Edén Flores había causado daño al periodista. Contemplaron con mayor detalle el estado mental de Juan Antonio Mendívil las semanas anteriores a su desaparición y empezaron a dudar de que realmente hubiera tenido una relación con el ex policía, aunque sí hubo noticias del periodista y un hombre mayor en un bar llamado Club 13, ubicado en National City. Tras ver sus fotografías los parroquianos no se pusieron de acuerdo sobre el nombre del viejo, mucho menos si alguna vez había entrado o salido acompañado de Juan. Las amistadas que se formaban en el bar eran efímeras; ellos se veían, se saludaban, bebían juntos y luego cada quien se iba por su lado.

: :

Durante la investigación que hice para realizar este libro, conversé con varias personas, entre ellas un detective que yo había conocido años atrás durante un trabajo que realicé para una compañía de seguros. *Off de record*, mi contacto me explicó que los detectives encargados del caso no sabían qué hacer con el expediente Mendívil. Sin lugar a dudas correspondía al departamento de *missing persons*, porque no se tenía noticias de su paradero; sin embargo les parecía descabellado que el caso luego fuera turnado a Homicidios —como así sucedió—, ya que no había un cadáver, un arma, un motivo o por lo menos una presunción de asesinato. Mi contacto, así como varios de sus compañeros, creía que el traslado del caso de un departamento a otro se debió a las presiones que ejerció el *San Diego Tribune* sobre la dependencia policiaca en particular, y al gobierno en general, sobre la urgencia de ubicar el paradero del periodista.

Mi opinión, compartida con Norma de la Vega, sobre la posible culpabilidad de Edén Flores le pareció especulación pura; para la cual, según mi contacto, no había suficiente evidencia.

—¿Y por lo menos saben si Flores está vivo?

—Claro que está vivo, cobra sus cheque de jubilación cada mes.

—Entonces saben donde vive.

—Tú qué crees.

—¿Por qué lo protegen?

—No lo protegemos, amigo. Edén Flores lleva varios años disfrutando la comodidad de un asilo de ancianos en Florida. Es un policía condecorado que mucha gente aún admira y respeta. Si recibiera una invitación a San Diego, seguramente sería el gobernador quien lo invitara. Y sería para celebrar su vida, no para interrogarlo sobre la desaparición de un loco.

Su tono sarcástico me molestó, pero lo peor de todo es que me estaba convenciendo de sus argumentos. Tal vez los encuentros de Juan con Flores fueron sólo un invento de su inconsciente, la alucinación de un hombre derrotado que luchaba por una razón para seguir viviendo.

Pero no todo podía ser una fantasía.

—¿Quién más podría tener acceso a los expedientes de un caso de 1967?

—Mucha gente tiene acceso a esos archivos viejos, hasta Mendívil los pudo haber

solicitado.

—Habría un registro de ello, ¿no?

—No necesariamente.

—Él estaba seguro de que su trato era con Edén Flores, incluso escribió que lo había visitado en Lakeside.

—En su momento, los detectives perdieron el tiempo recorriendo casa por casa de la Vine Street en Lakeside, bajo la suposición de que quizás alguien se había hecho pasar por el viejo policía. No hallaron ninguna evidencia de ello. Toma en cuenta esto: en el remoto caso de que Flores dejara su comodidad de Florida para contactar a Mendívil, no lo haría sospechoso de un crimen a menos que tuviera un motivo contundente. Asimismo tampoco se sospecharía de la señora de la Vega, quien aparentemente fue la última persona que lo vio. No podemos hacer suposiciones así nomás, sin evidencia.

Me despedí del detective asegurando que la próxima visita sería en un bar, con unas frías y un juego de fútbol americano en la televisión.

—Está bien, con que no hablemos de trabajo —dijo.

—Es exactamente lo que te iba a decir.

Fue por pura cortesía porque en ese momento no se me antojaba volver a verlo en mi vida, aunque supuse que tarde o temprano sería necesario. Así es este negocio. Se trabaja con lo que se tiene y se agradece que se tenga.

No podía dejar de pensar en Juan Antonio Mendívil, un loco como muchos otros. Tenía todo para darme por vencido; ya no había una sola motivación para seguir con este proyecto. Magda seguía ausente pero flaqueaba mi investigación. La locura de Juan empezó a hacerme dudar también de mis conclusiones acerca de Magda y Fabián.

¿Era Edén Flores un delirio de Juan, un espejismo o algo mucho peor?

Recordé la definición de maldad que, según Mendívil, le había confesado el viejo policía al calor de las copas: «Entrometerte con los seres queridos de ese que mataste, escuchar sus lamentos, luego regresar para impedirles superar el luto».

El regocijo por el dolor ajeno no es un tema en el que yo quería ahondar; quizás merezca un tratamiento más extenso en otro libro, con otro autor. En este caso, reconozco mis limitaciones y prefiero renunciar a este trabajo que sentirme atrapado por él. La obsesión de Mendívil es un ejemplo de lo que se debe evitar a toda costa: la historia y los personajes se vuelven cada vez más grandes mientras que el escritor empequeñece hasta desaparecer.

Ya ha habido suficientes desaparecidos en esta historia, prefiero renunciar antes de que mi cordura sea la siguiente víctima.

No ha sido fácil escribir este libro. En una ciudad como Tijuana, donde redacto estas líneas, la maldad es un hecho cotidiano que ha cobrado muchas vidas. Saber que sucede es escalofriante, enterarse que alguien lo disfruta sería demasiado. Los tijuanaenses soportamos la existencia de la maldad manteniéndonos al margen de las

noticias. Es lo único que podemos hacer para tener una vida tranquila en la ciudad que tanto amamos.

Es, finalmente, lo último que nos queda: seguir con nuestra existencia cotidiana, guardar silencio y tratar de sobrevivir.

4.

CRIMEN Y OLVIDO

(2005, 1964-1967)

: persecusión :

No puede dormir, se da vueltas en la cama, arroja los cobertores. Se sienta, está sudando, incómodo. Sabe que pierde su tiempo, para qué insistir si el cuerpo se niega a descansar. Se viste, prefiere salir, caminar por las calles limpias de San Diego. Las avenidas iluminadas y bulliciosas de Tijuana contrastan con la oscuridad de los suburbios americanos y el encierro de sus vecinos.

Un niño lo observa desde la acera de enfrente. ¿No es demasiado tarde para que esté en la calle? Bajo la penumbra de una luz mercurial, de pronto el niño le parece conocido.

Cruza la calle, lo alcanza con facilidad, lo toma de los brazos, lo sacude. ¿Qué quieres?, le dice. ¿Qué quieres de mí? El niño está horrorizado. Yo no, yo no, yo no, dice, llora, se lamenta. Ese llanto es conocido, muy conocido. Empieza a gritar, gritos que aturden a la oscuridad, que desesperan, que hacen que Juan sacuda al niño con mayor fuerza.

Hey, escucha que alguien llama.

Es un rubio fornido, sin camisa, con pantalones de pijama.

Hey, grita enfurecido. Leave the kid alone!

Recoge algo parecido a un garrote, un bate, ¿un machete? Juan entiende de pronto que está en peligro, que ese gringo lo puede matar. No hay tiempo que perder. Trata de llevarse al niño pero éste se resiste. Lo mira, le suplica que vaya con él, tienen que hablar. No me voy a enojar contigo, no te voy a regañar.

El rubio avanza a paso veloz, dando grandes zancadas.

Juan no insiste más, suelta al niño y se echa a correr. El rubio acelera el paso, corre tras él.

Quiere regresar a su casa, es lo único que piensa. *Fucking idiot!* Siente el golpe que apenas alcanza a tocarlo en la nuca, no lo lastima pero lo hace tropezar, dar vueltas en el suelo. El rubio no alcanza a frenar y cae encima de él; por un momento lo rebasa unos pasos. Sin ponerse de pie, el rubio se arrastra hacia Juan, intenta atraparlo. Ambos están en el suelo, uno tratando de huir, el otro lanzando golpes. Se revuelcan, intercambiando frenéticos puñetazos y patadas. Algunas luces se encienden en las casas vecinas.

Pervert!, grita el rubio, anunciándolo como si esperara refuerzos.

Juan recibe un puñetazo en la cara y la desesperación por sentir el golpe hace que

tire patadas sin rumbo. Un par de puntapiés alcanzan al rubio en la cara, lo aturden y Juan aprovecha para zafarse. El hombre se sienta en la banqueta y se talla los ojos, aturdido. Juan no deja de correr aún cuando mira que el rubio permanece demolido. Sigue huyendo aunque sus pulmones están a punto de explotar, se inflan y desinflan agitadamente, desacostumbrados. El rubio grita, jura matarlo la próxima vez que lo vea.

Fucking pervert!

: despierta :

Juan llega a su departamento, siente las piernas pesadas y le cuesta trabajo respirar. Tiembla cuando introduce las llaves en la puerta. Entra, saca una cerveza del refrigerador y casi acaba el contenido de un trago. Se deja caer encima del sillón. No puede creer lo que acaba de suceder, un incidente vergonzoso, torpe. Duerme con respiración entrecortada. Sueña con fuertes ruidos y luces que lo encandilan, luces de carros, pitidos, tráfico incesante. En su sueño está huyendo. ¿De quién?

—¡Despierta! —dice una voz, gritando—. *You're dreaming, everything is a dream.*

: llamada :

Juan despierta.

A su alrededor hay oscuridad y calma. Harold Ruthford. Harold. Harry. Repite tanto el nombre que ya siente que conoce al criminal más de lo debido. Sin embargo, tiene dudas. Quiere revisar nuevamente el expediente pero está demasiado cansado para levantarse y encender las luces. Alcanza el teléfono y marca el número de Flores.

—Qué quieres —dice una voz enfurecida.

—¿Señor Flores?

—Qué quieres —repite la voz.

—Es sobre la duda que tengo.

—¿Sabes qué hora es?

—Perdón si lo desperté.

—Sí me despertaste, pendejo. Tu duda me tiene sin cuidado, no me importa. ¿Para qué llamaste?

—Es que tengo que saber...

—Saber qué, pendejo.

—¿Hablo con el señor Flores?

—¿Crees que voy a resolver tus dudas? No tienes idea de nada, Raúl.

Juan está a punto de colgar. El fulano que contestó lo está confundiendo con otra persona, es un número equivocado. Sin embargo, es la voz del viejo, la reconoce, más joven. Quizás la voz de uno de sus hijos.

—No tienes idea porque eres un imbécil —sigue en un tono cada vez más humillante—. ¿Tienes dudas de qué, del caso?

—Sí, el caso. ¿Es usted, señor Flores, señor Edén Flores?

—El caso está en los papeles, Raúl. ¿No lo entiendes? Ahí está. No me hagas encabronar. He tratado de explicarte que no deberías estar aquí, que hay un error. *But you're so dumb. You're practically a retard.* ¿Qué no entiendes que todo es una mentira? Todo lo que te he contado ha sido un invento para captar tu atención, para que entiendas que éste no es tu lugar. Cuestión de que leas los documentos, los analices, cuestión de que te encuentres en ellos, Raúl.

—*Wake up!* —dice una voz distinta, gritando.

: atrofiado :

Juan despierta.

La luz del día se asoma tímidamente entre las cortinas. El teléfono en su mano, descolgado. ¿Fue un sueño?, se pregunta.

Se levanta del sillón con la sensación de que su cuerpo va a explotar, un dolor que oprime sus músculos. Con dificultad camina al baño, se desviste, abre el agua fría de la regadera y entra bajo el chorro. Lanza un alarido, el agua helada penetra como espinas.

Sus pensamientos son una mezcla de imágenes desconocidas. ¿Recuerdos? Suyos no. Imágenes fugaces que recorren su casa y rebotan en las paredes y tumban cuanto encuentran, cuadros, botellas, una lámpara; se estrellan, entrechocan, pensamientos que son detonaciones en su cerebro, que se repiten y rebotan en el interior de su cráneo. Piensa en Magda: si tan solo pudiera verla, estar con ella, dormir a su lado. Cierra el agua, aún temblando, el frío y el dolor adentro de sus huesos, se siente atrofiado.

Magda no puede ayudarlo.

Sale de la regadera, el agua escurriendo de su cuerpo y busca refugio en su cama, bajo las cobijas. Ni el mismo entiende: su olvido, su soledad, el hueco que crece, la marea que sube e intenta ahogarlo. Magda no lo entendería, pero lo haría reír, diciendo palabras que le quitarían el frío, que lo despertarían, sí, porque debe ser un sueño.

Quiero despertar, se dice, quiero salir de este sueño. ¡Quiero despertar!

: club 13 :

Juan despierta.

Mira el reloj, son las cuatro de la tarde. Se levanta y en el baño enciende la regadera. El agua tibia lo acaricia, la ducha es un descanso.

Realiza su rutina cotidiana, cepillarse los dientes, observar su rostro frente al espejo, peinarse. Se viste, come una dosis de cereal con leche y azúcar. Sale de su casa. En la acera de enfrente está el mismo niño (¿qué quieres de mí?), piensa en alcanzarlo pero va tarde a su cita con Flores. Sube a su carro y conduce. Por el retrovisor le parece que el niño levanta el brazo como si se estuviera despidiendo de él.

Algo ha cambiado. Se encuentra con un Club 13 abandonado. Nadie que lo atienda, que le ofrezca una anécdota o un juego de dominó. Un Club 13 abandonado y remodelado. Nota los cambios en el interior, la barra es otra, las paredes no están pintadas sino que tienen un oscuro y manchado papel tapiz. No están los típicos anuncios de cerveza con chicas guapas o el cantante de moda. Ahora las decoraciones parecen de otra época. ¿Lo han remodelado o es deterioro?

Espera durante unos minutos pero hay una impaciencia que lo está tragando. No sabe por qué pero quiere largarse cuanto antes. Voltea a su alrededor y siente que se encuentra en un lugar desconocido. No puede precisar sus sentimientos: ¿vacío? Podría hablar de un vacío que crece en su interior, un espacio desconocido que se expande. Titubea. No sabe si permanecer en la cantina o mandar a la chingada la novela. ¿Huir? Mira alrededor, está solo. Frente a él, por lo menos la misma barra. Los bancos han sido retirados y sólo permanecen dos. Esa sección de la barra es el único lugar despolvado, con tarros, un salero y un plato de limones verdes cortados en cuartos. Camina hacia ese lugar, inspeccionando el resto del mobiliario. Sobre las mesas hay botellas de cerveza a medio beber, platos con cacahuates y chicharrones cubiertos de lama. En la mesa de billar las bolas están desparramadas e igualmente empolvadas, como parte de un juego que fue interrumpido hace tiempo. ¿Años?

Sale, decide salir.

Afuera está haciendo frío, ¿dónde dejó las llaves de su carro? Busca en sus bolsillos, en la profundidad de sus bolsillos, en el fondo más oscuro e incierto de sus bolsillos. Incertidumbre, qué bien le queda esa palabra. No están las llaves. ¿Las dejó adentro, sobre la barra? En la acera de enfrente está un niño. No le importa. Qué tiene

de malo, sólo es un niño.

*¿Entonces por qué
tengo miedo?*

El niño ahora está parado junto al semáforo, esperando que cambie el color de la luz para cruzar la calle. Su rostro inmutable, sin sonrisa de niño, sin expresión de niño, mirando, mirándote. Te percatas de que las llaves están en el suelo, se te cayeron. ¿Las ves? Están cerca de tus pies. Te agachas para recogerlas. La luz cambia a verde y el niño cruza la calle.

Caminas hacia el carro, cada paso una hazaña, lento caminar, difícil los pasos. El carro. El carro parece estar lejos. La cantina, la ciudad, la cita, la persona que esperas. Debes huir. ¿A qué le tienes miedo, al niño que ahora está junto a ti? Baja la mirada, míralo. Te observa, de cerca te observa. ¿Lo reconoces?

Quiere hablar contigo. El niño no sonrío ni se mueve. Te llaman la atención unas flores que lleva en la mano. No las habías visto. Deberías preguntarle. No, debes huir, irte pronto de ahí.

El niño te observa con ternura; ahora sonrío, atento a lo que haces. ¿Quiere darte las flores? Sólo te dice: «Es hora de regresar». Ves atrás de ti: la cantina, tu carro, el estacionamiento, tú en el centro, un eje alrededor del cual todo da vueltas. Ahora son varios niños, salen de todas partes. Tus recuerdos regresan, ¿no es así? Todas las memorias galopando, llegan a tu cerebro. Míralas.

*Son muchas,
me confunden.
No importa, quiero
que sigan llegando.
Me gusta tenerlas aquí.*

Recuerdos de infancia. Tu madre sonriendo. Fue una travesura. Mamá te explica. Papá se enoja mucho. Discuten entre ellos cuando él levanta la mano a punto de golpearte. Paseos a parques. Mamá te compra churros azucarados. Saluda a una vecina. Te enfermas, fiebre. Ella no se mueve de tu lado. Papá quiere golpearte, se ha quedado con las ganas. Golpear, golpear, sólo en eso piensa. Recuerdos, recordar; memorias, memorizar.

Regresas al presente. Tú estás en el estacionamiento del Club 13, jubiloso. Eres un sol y los planetas giran a tu alrededor... menos el niño, claro; él no gira, te observa

fijamente. Eres un gigante frente a sus ojos, un sol que lo encandila. El niño hace viciara con su mano derecha para verte mejor.

Es hora de regresar.

Te ofrece las flores que todavía no sabes si deberías aceptar. Finalmente el niño tiene la iniciativa. Deja caer las flores, levanta sus manos y te abraza. Su cabeza pegada a tu abdomen. Sus brazos rodean tu cintura, tratando de apretar más y más.

—Te quiero, papá.

Sientes ese abrazo fuerte de niño, y no sabes que hacer con toda esa emoción que te inunda, con todos esos recuerdos en los que te conviertes.

Cierras los ojos y regresas.

¿Cómo llegaste?

No sé, no me acuerdo. Simplemente estaba ahí.

¿A qué fuiste?

No quería ir, quería estar lejos, pero me dijeron que habría dinero.

¿Quién te dijo?

¿Quién me dijo? Eso qué importa.

¿Quién te dijo?

Me lo dijo Natalia.

¿Y ella cómo supo que habría dinero?

No sé. Ella me dijo que me buscaba la policía. Me dijo que me necesitaban.

¿No te dijo para qué te necesitaban?

No me acuerdo.

¿Cómo, no te acuerdas?

De muchas cosas no me acuerdo.

A ver, otra vez, ¿a que fuiste al Club 13?

Fui a esperarlo. Me dijo que fuera.

¿Quién te dijo?

El policía. Me dijo que lo esperara en el Club 13, a las cinco.

Y ¿le obedeciste?

No quería pero necesitaba el dinero.

¿Te dijo cuánto dinero?

El policía no me dijo del dinero. Natalia me habló del dinero. El policía me pidió que lo esperara en el Club 13. Insistió. Me explicó que a las cinco. ¿Ves estas marcas? Fue el policía. Insistió con la mano cerrada, con el puño insistió. Y yo no quería ir. Me dije: con ellos no me meto, los policías no cumplen, no son gente de palabra. Pero Natalia dijo que habría dinero, que el policía le había dicho.

¿Ella conocía al policía?

No sé, creo que sí. Yo necesitaba el dinero, me urgía.

Sigue.

Algo me decía que no debería estar ahí. Era una sensación extraña, algo me decía que me fuera. La cantina desolada, ni siquiera un cantinero. Yo nervioso y temblando, miren, sigo temblando. Yo no quería estar ahí, no era mi lugar.

¿Y el policía?

Cuando lo miré ya había entrado a la cantina. Me di cuenta porque se le cayeron unas monedas. No lo oí entrar, simplemente apareció ahí, recogiendo unas monedas. Las metió en la rocola, una por una.

¿Luego?

Empezó la canción. Se acercó a preguntarme si la conocía. Le dije que no. Me dijo el nombre, no me acuerdo cómo se llama. Me dijo que ese era el problema con los mexicanos, no sabíamos nada de buena música, escuchábamos pendejadas de rancheros... Yo no sé, le dije, no me importa. Pero él insistió, dijo que un pueblo se definía por la música que escuchaba. Los pueblos de mierda escuchan música de mierda, y este pueblo se está volviendo mierda por tanto mexicano que ha invadido y se ha apoderado del lugar. Y me resultaba raro que dijera eso porque él también parecía mexicano.

¿Qué te dijo que hicieras?

Yo quería saber del dinero pero él quería hablar de música, de los Rolling Stones, dijo. Y yo conocía esa banda, pero nunca le había puesto atención. La música no me interesa, le repetí. Yo vine por el dinero. Pero él se enojó.

No te hagas pendejo, Raúl, me dijo. Tú viniste porque yo te dije que vinieras. Te dije que a las cinco y mira el reloj: son las cinco. Estás aquí porque yo te dije, no me salgas con chingaderas. El destino y yo te trajimos al Club 13 y te sentamos en un banco de la barra, el banco de los acusados. Mira, parece que los asientos son iguales, ¿verdad? Cualquiera que no ponga atención diría que son iguales, pero el tuyo es un banco pequeño, y tú eres Raulito y vas a hacer lo que yo te diga. Así de sencillo. El destino y yo te lo exigimos.

Acabó la canción y empezó de nuevo la misma canción. Sacó una libreta y empezó a hojearla. Finalmente se detiene y habla: «17 de febrero: Mi contacto en Tijuana me informa que ha visto a Raúl en compañía de Harold Rutheford varias veces. Festejan como si no tuvieran miedo de nada, como si la ciudad fuera de ellos».

Caí en cuenta de que se trataba de Harry. Intenté levantarme, sentí su mano en mi hombro, me detuvo. Le dije que yo nada sabía de Harry, que por favor me dejara ir. Pero él insistió. Un golpe en las costillas, así. Un golpe duro que dolió muchísimo. Me voy, me voy. Pero él insistió. Golpe en la nuca, aquí, como si fuera un niño tonto, aquí. Qué quieres, le pregunté. Y él siguió repasando sus apuntes: qué chingones los dos, como si nadie los buscara, dijo, como si nadie lo buscara a él, porque a ti no te busca ni tu chingada madre —se rió—. Pero a ese Harry ya tengo mucho tiempo buscándolo, no sabes cuánto, Raulito. Toda la pinche costa del Pacífico, desde Seattle lo vengo rastreando. Y tenerte aquí es como tenerlo a él, la misma chingadera; lo malo que a ti no te aceptan para que tomes su lugar, si no te echaría a la cárcel y me iría de vacaciones. No, tú simplemente me vas a llevar a donde está. Supongo que sabes dónde vive, ¿verdad? Rutheford cree que porque está en México no lo podemos tocar, pues sí lo voy a tocar y lo voy a tocar duro. Lo voy a tocar tan fuerte que me va a rogar que lo saque de México. Tú nomás llévame, Raulito. Para ti es fácil: me llevas, te doy tu dinero y te largas con tu puta adonde quieras. No hay mucho que pensarle.

Acabó la canción y empezó de nuevo.

¿Qué hiciste?

No sé, no sé qué hice.

¿No recuerdas?

No.

Sigue.

No sé qué más sucedió.

¿Cómo, no recuerdas?

Ni siquiera sé lo que estoy haciendo aquí.

Quiero llegar al fondo de esto, Raúl. Necesito que me digas lo que sucedió. Debes

recordarlo. ¿A qué fuiste al Club 13?

Fui por el dinero.

¿Cuál dinero?

El que me dijo Natalia. Necesitábamos dinero.

¿Y ella cómo supo que habría dinero?

No sé.

¿Cuándo te lo dijo?

Más temprano, fue más temprano.

¿Ese día?

Sí. ¿O fue la noche anterior?

¿Cuándo fue, Raúl?

La noche anterior regresé a casa de Natalia, yo tenía mucho tiempo fuera de la casa. Me sentía mal, hartado del círculo en el que estaba viviendo, girando alrededor de un eje sin poder escapar. De nuevo estaba buscando a Natalia, quería regresar a ella, escucharla de nuevo. Toqué cinco, seis, siete veces, hacía mucho frío. No es fácil despertar a Natalia, su sueño es profundo. Yo necesitaba un lugar dónde quedarme. Y ella abrió la puerta. Se sorprendió al mirarme. Y se enojó, es obvio que se enojó. Ya ni la chingas, gritó. Son las cuatro de la mañana, son las cuatro de la mañana, ya ni la chingas. Es demasiado, le dije, ya no aguanto. Las lágrimas se me escapaban, no podía detenerlas. Mucho frío. Necesito dónde quedarme. Me dejó entrar a la casa, y traté de abrazarla, se alejó. ¿Dónde estuviste? Y ella misma se puso a llorar. Y traté de abrazarla otra vez, y otra vez se alejó.

¿Tienes unas cerveza, lo que sea?, le pregunté.

Acuéstate en el sillón, duérmete, me dijo. Pero la seguí a su cuarto, caminé detrás de ella. Estás loco, pendejo. ¿Tú crees que yo voy a coger contigo? Estás pendejo. Y me empujó, me empujó con fuerza y caí al suelo.

Das lástima, cabrón, ni puedes estar parado, me dijo. Es que es demasiado, le dije. No puedo seguir.

No sé pa qué volviste, ya nadie te necesita. Y se acercó para asegurar que la escuchaba: YA NO TE NECESITO.

Es dura esa Natalia, sigue siendo dura, pero me ayudó a levantarme. Buscó la manera de subirme al sillón. Ese olor a perfume, sí, recuerdo ese olor al perfume, ni siquiera alcanzó a bañarse, acababa de llegar.

No me dejes, estoy solo, tengo frío, no me dejes.

Duérmete, cabrón, me dijo, pero su voz ya no era tan dura; quizás recordó, quizás volvió a su memoria el pasado que compartimos, quizás por ello me ofreció una cobija. No sonrió pero su mirada se hizo menos huraña. Mañana hablamos.

¿Te dijo que preguntaban por ti?

Sí, esa noche me dijo que la policía me buscaba.

Y te dijo del dinero...

Esa noche no mencionó el dinero, fue hasta que desperté. Esa noche yo en el sillón, con esa cobija pero muriéndome de frío, temblando, más que ahorita, temblando mucho, vuelta tras vuelta. La casa se volvió fría de repente. Me levanté por un vaso de agua. Recorrí la casa en la oscuridad. Tropecé. Natalia movió los muebles de lugar, no se puede estar quieta.

¿Cuándo fue la última vez que estuviste ahí?

Entré a la cocina por un vaso de agua. Natalia compró un refrigerador, le iba bien a la cabrona. Seguro ya tiene cliente fijo, pensé. Más vale que se acuerde cuánto le ayudé, ojalá que se acuerde. Por eso me dejó entrar a la casa, no fue por lástima. Es que se acordaba de cuando ella y yo...

El dinero, Raúl. ¿Cuándo te dijo del dinero?

De repente me acordé del niño. De seguro el niño duerme con ella, en su cama. Por eso no me dejó entrar a la recámara, ¿ves? Nada personal, es que el niño está con ella. ¿Qué edad tiene ese niño? Se me olvida. Tendrá unos ocho años cuando mucho.

Entré a la recámara, pero era la pura Natalia sobre la cama. La pobre Natalia sobre la cama, pura, pobre, sobre la cama. Me acosté junto a ella, calentita. ¿De veras huelo tan feo?, ya ni la haces. Vas a ver, Natalia, se te olvida quién soy. Me acosté junto a ella, pensando encaramarme a ese cuerpo caliente, pero no tenía fuerza, quería subirme, montarla como en los viejos tiempos; toqué su brazo, el contorno de su vientre sobre el camisón, sin despertarla, para qué despertarla; toqué su pierna suave por debajo del camisón, tomé su brazo, levemente, así así, para no despertarla.

Raúl, el dinero.

Fue el siguiente día. Me despertó el teléfono. Tardé en identificar el sonido. Ring, ring, teléfono. Ring, ring, que se calle. ¿Dónde estoy? Casa de Natalia, recámara. ¿Dónde está el puto teléfono? En el buró, en el buró. Levanté el auricular y escuché la voz.

—¿Antoniou?

—¿Quién habla?

—*You think you're dreaming, but you're not. You are not dreaming anymore.*

Dolor de cabeza punzante, explosivo.

¿Natalia?

Me levanté para ir al baño. Ella se acababa de bañar.

—¿Natalia?

Me miré en el espejo durante un rato, tratando de identificar al hombre que me veía. Pálido, largas ojeras, ¿en verdad yo era esa cara, ese cabello, esa barba crecida? Lo dudé. Me lavé, dejé que el agua fría me despertara por completo. ¿Dónde has estado, de dónde vienes?

Sí, soy el mismo Raúl. El mismo pendejo de ayer, antier, anteayer, la semana, el año pasado. El mismo venido a menos.

El mismo borracho callejero. Hijo de María y Miguel.

Hijo de la chingada. Esposo de.

Padre de.

El mismo Raúl.

Escuché ruido en la otra habitación.

¿Natalia?

En cuanto entré a la sala recibí un golpe fuerte, un puñetazo aquí.

Estaba en el piso, tumbado más por la sorpresa que por el golpe. Quería levantarme cuando sentí un duro zapato en las costillas, patada en el estómago, incendio en el cuerpo. Una mano aferrándose a mi cabello, levantándome la cara para que escuchara bien:

—¿Te me andabas escondiendo? Creías que no te iba a encontrar. Qué pendejo eres.

La mano en mi cabello, sin soltar, me levanta lo suficiente para darme otro golpe. Incendio en la cara. Llorando. Como un tonto, llorando. Tan fácil que es llorar. Tan fácil que se derrumba el mundo entero. Tan fácil que se echa a perder. No lloraba por el dolor ni la humillación sino por la desesperanza, el fracaso, el sin sentido.

—Mañana te quiero ver en el Club 13. A las cinco. ¿Ves este reloj?

Más que verlo, sentía cómo el reloj presionaba mi nariz y lastimaba el golpe reciente en la mejilla. No necesité responder.

¿Entonces él no mencionó el dinero?

No, fue Natalia.

¿Te dijo cuánto?

Natalia se dedicó a lavar mis heridas. Abrió el agua a la temperatura adecuada. Se metió a la regadera conmigo y restregó mi cuerpo con un estropajo enjabonado. Cerré los ojos mientras ella me tallaba la espalda y ponía atención a los lugares donde me gustaba. Se agachó y me lavó los pies y las piernas. Comenzó a chuparme pero se rindió, mi cuerpo no respondía. Le dije que siguiera pero ella se puso de pie.

—¿Dónde estuviste? Fue mucho tiempo —se quejó con suavidad mientras ponía sus brazos alrededor de mi cintura—. Te esperé, lloré por ti, desapareciste sin dejar palabra. Sólo me quedó tu ausencia...

Apagó el agua y comenzó a secarme con delicadeza para no lastimarme. Me llevó a la cama, se acostó a mi lado.

—¿Dónde estuviste? —repitió.

Acerqué la mano a su sexo y quise penetrarla con un dedo, pero ella se rehúso.

—¿Y el niño? —pregunté.

Me observó sorprendida, como intentando leer la pregunta en mi mirada. Sonrió

nuevamente. Me besó, mordió mis labios (la humedad y el movimiento de su lengua eran el mayor alivio) y sólo desistió cuando se dio cuenta del dolor que me causaba.

—Desapareciste sin decir palabra. Te fuiste, me abandonaste. No se vale, Raúl.

Sentía el rostro en llamas, un incendio que arrasaba con mi vida. Descansó su cabeza sobre mi pecho, ella, escuchando el palpar de mi corazón; yo, pasando los dedos por su cabello. Así, así.

—¿Cuál niño? —murmuró después de unos minutos. Su voz era un arrullo, una Natalia distinta a la de la noche.

—Me tengo que ir —le dije—. No puedo quedarme, va a regresar por mí.

—¿A dónde vas a ir?

—No sé, a Los ángeles, quizás a Los ángeles.

Ella se acurrucó, cabeza en mi pecho. Su mano aquí abajo, acariciándome.

—Deberías ir con el policía. Te va a dar dinero, me dijo que te iba a dar dinero, que no era gratis lo que te pedía. Para irnos los dos. Nos podemos ir a Los ángeles o adonde quieras. Ya estoy harta de esta ciudad.

Estás loca, quise decirle pero no lo hice. Quizás ella tenía razón, lo mejor sería irnos.

¿Cómo sabía Flores que querías el dinero para irte con ella?

Qué.

Te dijo que con el dinero que te iba a dar te podrías largar con tu puta a donde quisieras.

Sí, eso me dijo.

¿Cómo supo que el dinero era para eso?

Yo qué sé.

¿No te pareció extraño?

...

Salieron del Club 13 y se fueron a Tijuana.

Yo no quería ir.

Pero fuiste.

Me obligó.

¿Lo hiciste porque te obligó o por el dinero?

...

Entonces se fueron a Tijuana...

Todo era distinto. El carro de Flores, la carretera interestatal nueva y brillante, recién asfaltada, los demás carros recorriéndola aprisa. Edén no se interesaba en platicar, hundido en sus pensamientos. Me inquietaba ese silencio. Silencio de niño abandonado, solitario, tembloroso; silencio que no servía para nada.

¿A dónde quería que lo llevaras?

A dónde más, a casa de Harry.

¿No sabía dónde vivía?

Supongo que no.

¿Qué no tenía contactos en Tijuana?

...

Si tenía contactos en la policía local, ¿no debió ser fácil saber dónde vivía? ¿Por qué no fue solo? ¿No te dijo?

No me dijo nada.

¿No habló en todo el camino?

Cruzamos la frontera: Tijuana, la ciudad, el infierno que me esperaba; yo no quería regresar.

¿Por qué no querías?

No quería ver a Harry.

¿Tuvieron problemas?

No quiero hablar de eso.

Eran amigos, ¿qué no?

...

Hubo un tiempo en que Harry y tú eran cercanos. Por eso Flores acudió a ti. ¿Cuánto tiempo estuviste con él en Tijuana?

...

¿Tienes mala memoria?

Los recuerdos vienen y se van. A veces me toman por sorpresa, son mis enemigos. No siempre fue así; tampoco me acuerdo de cuando empecé a olvidar. A veces me oscurezco por dentro, mi cabeza se llena de vacío, es la verdad, unas veces no recuerdo quién soy y otras veces recuerdo cosas extrañas, que no entiendo, que no parecen recuerdos míos.

Como cuando llegaste al Club 13, dijiste que de repente estabas ahí.

Sí. O cuando llegué aquí, no recuerdo cómo lo hice.

Entraste tú solo, cruzaste la puerta y te sentaste. Nadie te obligó.

Pero no lo recuerdo. Es como dormir y despertar. Es como estar despertando cada instante, varios despertares, uno tras otro, sin recordar haberme quedado dormido.

¿Te sucedía lo mismo en Tijuana?

No tanto. Algunas veces, quizás.

¿Se lo dijiste a Harry?

No recuerdo habérselo dicho, pero tengo la impresión de que ya lo sabía. Estamos enfermos, me decía. Sufrimos de lo mismo. Pero no sé a qué se refería. Creo que hablaba de la soledad. Sufríamos de lo mismo cuando nos encontramos. Y ambos estábamos huyendo; él, del policía, yo...

¿Tú de qué huías?

Harry me decía que el futuro no existía, tampoco el pasado. Me lo mostraba cuando íbamos caminando, me decía que cada paso es el presente que vas construyendo; cada paso que diste es el pasado. Y los pasos dados ya no existen.

¿A qué se refería?

No sé, así hablaba él.

¿Qué fue lo que sucedió?

Hubo un pleito.

¿Te peleaste con Harry?

Yo hablo de Natalia. Nos peleábamos, ya era común. Llovían razones para discutir y lo hacíamos por lo general para no morir de aburrimiento. Ella no entendía mis anhelos, mis deseos, lo que quería; yo tampoco los suyos. Ése era el problema. Ella empezaba dale y dale con sus necesidades, con sus exigencias, me chingaba, y yo nomás quería vivir en paz, quería tranquilidad en mi casa, estar solo, pensando, viendo la tele, lo que fuera pero solo. Y ella no lo entendía, se quejaba de mis silencios, se quejaba cuando no hacía nada en la casa, se quejaba de que no quisiera salir, se quejaba cuando salía y tardaba mucho en regresar. Tuvimos otro pleito, de los mismos que ya me tenían hasta la madre. Ni siquiera lo pensé: salí de la casa sin darle una explicación, convencido de que no regresaría, de que era mejor dejar a Natalia, dejarla en su pinche mundo.

¿La abandonaste?

No lo tenía planeado, simplemente sucedió. Yo trabajaba para Harry. Lo

acompañaba en sus negocios. Hacía trabajos para él. A Harry lo perseguía ese tal Flores. Era el enemigo, me decía. El otro lado de la moneda, su otra mitad que lo cazaba.

¿Y no te parecían extrañas esas ideas?

Me dijo que todos poseemos un otro del cual tenemos que huir.

¿Tú le creías?

Eran pendejadas, pero me gustaba oírlas. Y cuando me dijo que Flores lo había alcanzado, yo mismo le sugerí que nos fuéramos a Tijuana. Ya habíamos hablado de ello, ya habíamos hablado de irnos a México. Pero él no quería ir muy al sur, quería quedarse cerca de la frontera, donde aún pudiera controlar sus negocios.

Y llegaron a Tijuana... ¿sabes hace cuánto fue eso?

No.

¿Y sabes por qué te fuiste de Tijuana?

...

¿Lo recuerdas?

Por Déborah.

Si no fuera por ella...

... yo seguiría en Tijuana, con Harry. O donde él estuviera. Éramos amigos.

¿Qué hacías en Tijuana?

Por las mañanas Harry me dejaba manejar el convertible. Recorríamos el centro. Desayunábamos, y me daba dinero para que yo repartiera buenas propinas a los meseros. Me estaba acostumbrando a que me llamaran «señor». Los lunes a primera hora cruzaba la frontera para recoger la correspondencia. Paquetes que él recibía de lugares como Georgia, Connecticut y Nueva York; de países tan remotos como China y Tailandia. Los miércoles en la noche yo entregaba un paquete en la comandancia de la policía de Tijuana. Nunca me detuve a contar el dinero; de veras, nunca me interesó. Los viernes me preparaba para las visitas que recibía Harry, hombres de negocio que yo recogía en cuanto cruzaban la garita. Los llevaba a su hotel y preparaba lo que fuera necesario para que pasaran un buen fin de semana. Por lo regular, regresaban el lunes temprano tras tirar su dinero apostando en las carreras de caballos o en el Jai Alai. Unos llegaban solos, y en esos casos había que preparar eventos menos familiares, organizar fiestas con música y mujeres. Yo no participaba en las conversaciones privadas con esos hombres, ni siquiera me detenía a escucharlas. Estaba conforme con lo poco que tenía. Esos fines de semana Harry casi no hablaba conmigo. Depositaba su atención completa en sus invitados. De vez en cuando me arrojaba una mirada de complicidad o un guiño cuando me pedía que realizara algún trabajo, que por lo general tenía que ver con las acompañantes de los hombres de negocio: se rompió la maleta de la señora Gollnick, trae unos cigarros para la señora Lewis, ve por el doctor porque la señora Magnan se siente mal. Harry les había dicho que podían contar conmigo; por lo regular había que devolver a los más borrachos al hotel; había que evitar los pleitos de quienes se volvían violentos; había que repartir dinero, callar los rumores; los problemas debían evitarse a como diera lugar. La frase clave era low profile, navegar debajo de los radares, no ser detectado, invisible. Martes y jueves las noches eran para mí, al menos así me parecía. Harry dormía casi todo el día. Empezando la noche recorríamos los bares de la avenida Revolución, donde éramos recibidos como reyes. Éramos el señor Harold y el señor Raúl. Harry prefería el *jazz* y la mejor banda tocaba en La Fuente, se llamaban Los Travelers: el Plato Peralta, el Pitulo, Esteban y Adolfo. Platicábamos con ellos, especialmente con el Plato. Harry sabía tocar el piano, siempre lo decía, aunque nunca lo vi tocando. Lo que Harry hacía y decía era extraño y maravilloso. El alcohol le soltaba la lengua. Era más joven que yo pero había hecho cosas que me

parecían grandiosas, conocía a personas importantes que incluían a artistas de Hollywood, pero mi patrón era discreto y lo decía poco a poco, después de unas cuantas botellas de J&B. Qué haría sin ti, me dijo una vez, eres mi mejor amigo.

En pocas ocasiones era él a quien debía sacar de una cantina. No se peleaba ni era problemático. A veces se ponía a llorar, las melodías que tocaba el Plato lo hacían llorar, la forma en que el pianista acariciaba el teclado. Duke Ellington, decía Harry, el Plato lo interpreta como se debe tocar, mi familia estaría orgullosa de escucharlo. Ellos eran músicos también, estarían aquí, con nosotros, si aún vivieran. Mi papá tomaría el saxofón y una brisa llamada Coleman Hawkins acariciaría el alma de los que estuviéramos escuchando. Mi mamá estaría a su lado, mi bella Dorothy, pelirroja y elegante. Michael y Dorothy. Los recuerdos le caían como una suave lluvia hasta que se dormía, su cabeza y brazos sobre la mesa. Yo lo levantaba y lo llevaba al convertible, lo llevaba a nuestra casa. Varias veces tuve que desvestirlo y acostarlo. Me aseguraba que estuviera bien tapado, que no pasara frío en la noche. Me sentaba en su cama, lo observaba en la penumbra, sin luz que lo molestara. Era como un niño. Sólo una vez me acosté a su lado para asegurarme que durmiera tranquilo. Sentía un dolor adentro, en su alma, oculto; era cierto, sufríamos de lo mismo. Lo abracé, acaricié su cabello. Estuve con él varias horas aún después de que se había dormido. En toda mi puta vida nunca me había sentido tan bien. Entendí que finalmente la vida me pagaba con felicidad después de tantos años de chingaderas. Quise abrazarlo, por qué no, quise darle las gracias, quedarme con él en su cama, dormir ahí, a su lado, era mi lugar.

¿Y Déborah?

Qué.

Háblame de Déborah.

Déborah... surgió de la nada.

¿Quién era?

...

¿No quieres hablar de ella?

No.

¿Por qué?

Arruinó lo que teníamos.

¿Qué tenían?

...

¿Por qué lo arruinó?

Ya no era lo mismo.

¿Qué cambió?

Todo.

¿Quién era ella, quién era Déborah?

Su esposa.

¿Harry estaba casado? ¿No lo sabías? ¿Cuándo se casó?

Yo qué sé. Fue antes que lo conociera, yo ni siquiera sabía. Nunca habló de ella. De repente me lo dijo: quiero que hoy vayas a la línea por mi esposa.

¿Fuiste a recogerla?

Hice lo mismo, crucé la garita, esperé.

¿En qué pensabas?

Estaba confundido. ¿De dónde había salido esa esposa? ¿Por qué no me lo había dicho? Me dio coraje. ¿Cómo era posible que me ocultara algo tan importante? Nosotros que habíamos platicado tanto, que nos habíamos confesado todo. Pero me aguanté, hice mi trabajo. Traté de ser amable como él me lo había pedido, como debería ser con el resto de los invitados. Me dijo que tenía que esforzarme por ser cortés con los invitados, que ellos lo esperaban de mí. Cuando ven a un mexicano, ellos esperan alguien amable y servicial, dispuesto a cualquier cosa por ayudarlos. Y yo creo que tú eres así, me dijo, pero a veces no te sale ser mexicano. Tienes que

esforzarte.

Y yo traté de ser muy mexicano con ella, muy caballeroso. Era inútil. Nunca me trató como el mejor amigo sino como el único sirviente.

¿Qué crees que le molestó de ti?

Yo qué sé.

¿Nunca te dijo...?

No me dirigía la palabra.

¿Nunca te habló?

No.

Explícame.

Sí me hablaba, pero sólo con instrucciones: trae el carro, lleva esto, háblale a Harry. Y le decía a su esposo que no quería verme tanto, que me dijera que hoy me fuera a pasear, se quejaba de mi presencia. Pero yo me encontraba a las órdenes de Harry. Y Harry me quería a su lado.

¿Él no te explicó?

Harry dejó de hablar conmigo, cambió mucho cuando ella llegó, me convertí en un empleado.

¿Por qué crees que no mencionó que tenía esposa?

Muchas veces me lo he preguntado. No lo entiendo.

¿Qué tipo de pareja eran?

Una pareja normal.

¿Enamorados?

Yo qué sé, no me importa.

¿No te importa?

Yo veía las atenciones que Harry tenía con ella y me preguntaba cómo era posible que haya escondido de mí un secreto tan grande, que nunca hubiera hablado de ella cuando se notaba que la quería tanto. ¿Cuándo la conoció? ¿Qué no sufría separado de ella? ¿Cómo puedes no pensar en alguien y luego convertirlo en el centro de tu universo?

Dime una cosa, Raúl.

Qué.

¿Quién mató a Déborah?

Yo no la maté.

*No te estoy acusando. No estás aquí por eso.
¿Por qué estoy aquí?*

*Porque quieres llegar a la verdad.
¿No es cierto?*

Flores me preguntó quién la había matado. Estaba seguro de que había sido Harry. Me dijo que era un loco, que había matado a otras personas, que era impulsivo y que yo hasta ese momento me había salvado. Quería saber si huí de Tijuana porque me amenazó, porque me di cuenta de lo que era capaz. Yo le dije que no. Tú sabes que la mató, me dijo. Tú estabas ahí. Le dije que estábamos juntos la noche que murió Déborah. Ellos tuvieron un pleito ese día, es cierto; pero nunca me alejé de Harry, estuve con él toda la noche en el Ritz. Como a la una de la mañana ella salió por unos cigarrillos. Eso es absurdo, dijo Flores, le hubiera dicho a un mesero o te habría pedido que se los trajeras. Yo me ofrecí, le dije. Pero a ella le dolía la cabeza. En la tarde se había quejado de que le dolía la cabeza. Quiso salir a que le diera el aire.

—¿Y permitieron que saliera sola?

—No había problema. En Tijuana nos conocían, sabían quien era ella, la respetaban.

—Alguien no la respetó —dijo Flores mientras conducía su carro hacia la casa de Harry.

—Así fue —le dije con tristeza—, alguien no la respetó.

Flores estaba enfurecido, se le notaba:

—¿Qué necesita hacer un hombre para que lo metan a la cárcel en esta puta ciudad? Degollar a una mujer no es suficiente.

Yo no sabía qué responderle.

¿Por qué te fuiste de Tijuana? Déborah ya no podía molestarte, Harry te necesitaba más que nunca. ¿Por qué lo abandonaste?

No me quería ir.

Tranquilo, Raúl.

No quería abandonarlo, pero tampoco soportaba verlo.

¿Cómo?

Deshecho. No era el mismo Harry, no era mi Harry, el Harry de antes que llegara Déborah. ¿A poco la quería tanto? ¿La ausencia de alguien puede arruinarte de esa manera?

¿Qué hizo la policía de Tijuana? Supongo que fue un escándalo. Ella era la hija...

Salió en el periódico. El comandante fue a visitarnos. Él mismo quería saber qué había pasado.

¿Sospechó de Harry?

Eran amigos. No hacía falta que Harry diera explicaciones, no había más que verlo. No dejaba de lamentarse. ¿Cómo era posible que la quisiera tanto? Sólo él podría amar así.

Y a ti, ¿qué te preguntó la policía?

Si había estado con Harry esa noche, y les dije que sí. Lo único que les importaba era que Harry tuviera una coartada, y la tenía conmigo. Y yo con él. Luego el comandante se disculpó por lo del periódico, la foto en primera plana. Fue una canallada. Él sabía que esos asuntos no se ventilaban en público. Me dijo que ya había hablado con el editor y que no se mencionaría más, pidió disculpas de nuevo.

Pero si Harry no la mató, ¿no sospechó de ti?

Por supuesto que no.

¿Por qué?

Sabía que yo no era capaz...

¿Por qué te fuiste de Tijuana entonces?

Porque Harry se moría, se dejaba morir por la ausencia de esa mujer. Traté de animarlo. Estuve con él día y noche. También yo me perdía, también yo moriría por una mujer que ni siquiera me importaba. No, no lo iba a permitir. Yo necesitaba que me cuidaran, yo no me podía perder por él o por nadie. Me alejé porque era la única manera de salvarme.

¿Cómo lo tomó cuando le dijiste que te ibas?

No le dije.

¿Te fuiste sin decirle?

O quizás sí le dije, no me acuerdo. No le importaba.

Abandonaste a tu mejor amigo.

Tuve que hacerlo. No fue fácil, me costó mucho abandonarlo. Pero ya no era mi mejor amigo, era un extraño. Comprendí que yo nunca había sido su amigo.

Lo dejaste solo.

...

Lo dejaste, como a Natalia.

Yo sé lo que es eso, a mí también me han abandonado. Se murió mi mamá, mi padre se fue. Me dejó solo, yo sé lo que es eso. Me voy antes de que me dejen.

Lo dejaste...

Pero volví, volví por él.

Volviste con Flores.

Volví para salvarlo.

¿Tú crees que Flores lo iba a salvar?

Era el otro yo que decía Harry, no podía dejar que se muriera. Lo necesitaba.

Eran enemigos.

Pero se necesitaban; ninguno podía dejar que el otro se muriera.

Pendejadas, tú mismo lo dijiste. Las pendejadas que te decía Harry. No creías en ellas.

A veces sí creía.

¿Cuándo te convenciste de que ayudabas a Harry?

Qué.

No querías regresar a Tijuana, te obligaron. ¿En qué momento del recorrido con Flores te convenciste de que hacías lo mejor para tu amigo?

No sé.

¿En qué momento, Raúl?

Tal vez cuando ya estábamos frente a su casa. Cuando Flores se estacionó y se bajó del carro. Flores sacó algo de la cajuela, luego me abrió la puerta.

—Vamos —me dijo.

—Te traje a su casa —respondí con coraje—, no quiero bajarme. Ya hice lo que dijiste, quiero mi dinero.

—Vamos. A lo mejor no está y tenemos que esperarlo.

—Ahí está —le dije—, estoy seguro. Ahí está.

Me tomó del brazo y me encaminó a la puerta. Me dolía el brazo. Me hubiera arrastrado, yo creo, como a un niño insolente, como lo hacía mi papá. O como a un animal que requiere de fuerza para que obedezca. Me hubiera golpeado de nuevo, estoy seguro.

Raúl...

Además, yo quería ver a Harry, quería volverlo a ver y quedarme con él. No debí abandonarlo. Me necesitaba. Yo era lo único que le quedaba. La puerta de la casa estaba abierta, encendí la luz.

Raúl...

Harry se encontraba en la sala, sentado en el sillón. Parecía que no se hubiera movido un centímetro desde que lo dejé. Se veía enfermo, con fiebre.

—Ya volví para cuidarte de nuevo —le dije a la vez que le daba un beso en la frente.

¿Qué sacó Flores de la cajuela?

Harry apenas podía hablar, apenas podía moverse.

La casa sucia: botellas, basura, comida echada a perder. Se quiso alimentar, quería sobrevivir.

Intenté abrazarlo, pero se alejó de mí.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó. Era parte de su delirio.

—Yo no hice nada, Harry.

De pronto sentí un golpe por la espalda. Un golpe desgarrador que me tiró al suelo.

¿Recuerdas que sacó Flores de la cajuela?

Sí.

¿Qué fue?

Un machete.

Te pareció extraño ver a Flores con ese machete en la mano. Te pareció primitivo, como alguien que regresa desde muy lejos después de una larga cacería, como quien llega aún con la furia de la muerte y la violencia en las manos. El hombre estaba detrás de ti, amenazante, contando los minutos que lo separaban de obtener su mayor trofeo. ¿Y tú qué pensabas? Sólo tenías a Harry en la cabeza, no podías pensar en otra cosa. Estabas cansado, aturdido, preferiste ignorar a lo demás. Y aunque no lo hubieras aceptado delante del policía, estabas ansioso por ver a tu amigo. Cuando estuviste lejos, conociste de primera mano el ardor que causa la ausencia. Te apretaba el pecho. Tenías que regresar a Harry, tarde o temprano tenías que hacerlo. ¿Pero cómo? ¿Llegar así, de la nada, como si te hubieras marchado el día anterior? Ya entendías lo que significaba para Harry la falta de su mujer: un agujero enorme, un boquete, un desgajo de la tierra que te arrastra, que te hunde. Querías llenar ese hueco, querías correr hacia Harry, abrazarlo y decirle que nada le faltaría si sólo te dejara regresar a su vida. Tu plan era enseñarle a olvidar, convencerlo de que todo se puede dejar atrás si se olvida.

Olvidar a Déborah como tú habías olvidado a Natalia.

Olvidar todo lo que estorbara entre ustedes y empezar de nuevo.

Olvidar a Flores...

Caíste al suelo, el primer golpe no fue suficiente. No es fácil hacer lo que el policía intentaba; el primer golpe no estuvo bien dado. Harry permanecía en el sillón. ¿Qué pasaba por tu cabeza?

No me quería morir. Quería quedarme con Harry, convencerlo de que yo no había sido el que mató a su esposa. Todo era absurdo, era una pesadilla. Harry sentado, sin voltear a verme, como si nada sucediera delante de él, y yo buscando su ayuda, implorando que me auxiliara.

Recibiste un segundo golpe, más certero.

No había dolor, simplemente sangre, sangre. Quería levantarme, correr, pero mi cuerpo no respondía, pertenecía al monstruo, ya no había manera de escapar. Pasé mi mano por la parte de atrás de mi cuello y toque la carne abierta. No podía ser yo el dueño de ese cuerpo. Ya no era Raúl, era otra persona. Un periodista como los que salían en las películas. Nunca aprendí a escribir bien pero me gustaba la idea de ser el primero en llegar a la escena del crimen, preguntar, investigar, saber más que el resto de la gente. Cerré los ojos, los abrí de nuevo: yo era Juan Antonio Mendívil, escribiendo en una maquina, escribiendo nada menos que esta historia, la historia que el viejo Flores me había pedido que convirtiera en un guión. Ya no era Raúl, trabajaba en un periódico de San Diego y me obsesionaba por el caso de Flores y Rutheford...

Una alarmante ola de violencia sacude a Tijuana. Cunde el temor entre sus

habitantes. Autoridades inmiscuidas en actos delictivos. Alcalde reitera compromiso con gobierno federal. Vecinos de la colonia...

Raúl...

Yo vivía con un dolor abismal en el alma. Siento ahora ese dolor, aquí, fuerte y profundo. Recordé el accidente. Natalia y yo en el carro, viajando por la carretera costera, saliendo de una fiesta, ebrios y necios, peleando, gritándonos mientras el niño lloraba en el asiento trasero, asustado por las injurias y maldiciones que arrojábamos. Quise acabar con ello. Ya no quería escuchar a Natalia, pero su voz se incrustaba en mi cabeza y recorría mi cuerpo, lo quemaba por dentro como una sucia enfermedad. Y el niño lloraba, no dejaba de llorar, era mi maldición, ambos eran mi maldición por tener una vida insensata, por el vacío, por... Mi cuerpo temblaba, mis manos aferradas al volante sin tener ya palabras para responder a Natalia, para decirle, gritarle, exigirle que se callara. La decisión era mía, la solución estaba en mis manos, lo entendí de pronto. Viré hacia la izquierda cuando salíamos de una curva y el carro se salió de la carretera, quedando sólo unos instantes sostenido por la nada, un poco de tierra y arbustos, lo suficiente para que Natalia dejara de gritar. Y en esos instantes sólo la miré. Y sonreí. Luego el carro se volteó sobre un costado y empezó a dar vueltas cuesta abajo, rápidas y violentas vueltas que no parecían terminar. Natalia gritaba, sí, pero esta vez eran gritos de terror, gritos adoloridos. Hasta que de pronto gritó el nombre del niño. Juanito. Fue un despertador, un alarma que sonó dentro de mí y que me exigía despertar.

Mi hijo.

Juanito había dejado de llorar; su silencio parecía hecho de flores.

Mi silencio, en cambio, era de metal, silencio de suicida, de asesino, de padre inservible.

El carro se precipitó hacia la orilla del cerro y siguió una caída libre hasta la playa rocosa.

Golpe de metal y cristal.

Olas enemigas estrellándose contra el carro.

Silencio, finalmente el silencio que anhelaba.

Demasiado tarde.

El precio había sido muy alto.

Y esto no era lo que había pedido: era un silencio siniestro.

A lo lejos, el sonido de las ambulancias.

¿Cómo fue que sobreviví?

Raúl...

Quise salir del carro, dejar atrás mis errores, comenzar de nuevo.

¿Natalia?

Le hablé, la sacudí y después de unos momentos empezó a moverse. ¿Cómo fue que sobrevivió?

Busqué al niño en el asiento trasero. No estaba.

Me obligué a creer que se había quedado en casa, que esto había sido sólo para Natalia y para mí.

Me obligué. Traté de creerlo.

La verdad era otra.

El niño se había roto como algo frágil que de pronto se cae de una mesa, su cuerpo vuelto pedacitos estaba desparramado por el cerro.

Su silencio se había vuelto oscuridad.

Raúl, ¿quieres que todo esto termine?

Sí.

Entonces, ¿me puedes decir quién mató a Déborah?

Sí.

¿Quién fue?

Fui yo.

Déborah estaba enojada desde antes que llegaran al *cabaret*, era obvio que acababan de tener una discusión y que aún no terminaba. Ya me había acostumbrado a esos momentos en que Harry dejaba de sonreír y Déborah se sentía dueña de todo. Él saludó a sus amigos y tardó en llegar a la mesa, largos minutos en que sólo estábamos ella y yo, evitando mirarnos. De pronto empezó a decirme las cosas que habían quedado pendientes entre ellos: *You're a fool, you know, a fucking fool. And if you think I'm going to stay in this godforsaken town, then you're a bigger fool than I thought...* Le parecía una pérdida de tiempo seguir en Tijuana. Ella no se escondía de nada, tenía una familia que la extrañaba, tenía un padre que la recibiría con los brazos abiertos. Quería largarse cuanto antes. Está bien, que se largue, pensé. Pero no era tan sencillo, se quería llevar a Harry, quería que regresaran a los Estados Unidos pero ya sin huir, que se enfrentara a sus acusadores, que se defendiera. Como yo, Harry amaba la vida nocturna de Tijuana, no quería irse. ¿Quién le creería? La mujer decía que contratarían a los mejores abogados; por el contrario, su papacito dejaría que Harry se pudriera en la cárcel, era lo mejor para el hijo de puta que se había robado a su hija. Harry finalmente llegó a la mesa y permaneció callado. No podía creerlo: lo vi ceder, poco a poco, aceptando que regresar era lo mejor para él, para ambos.

—*You're right* —le dijo—. *I have to go back, I'm tired of running.* Ya no quiero seguir escondiéndome.

Esto último en español, me lo decía a mí, sin mirarme. Me lo decía a mí.

No era posible que lo echara todo a perder de esa manera, que se rindiera así de fácil. Mi molestia inicial por la llegada de ella a Tijuana se convirtió en odio. Hubieras visto cómo disfrutaba esos momentos de triunfo. Sacó un billete de cinco dólares de su bolso, y me dirigió una mirada coqueta.

—*Raul darling, would you be so kind as to bring me cigarretes?*

Hija de su puta madre. Hija de su putísima madre. Me quería de testigo, quería que yo conociera de primera mano el dominio que tenía sobre su marido. Como si no hubiera tenido ya tantas veces la oportunidad de observarlo. Ahora me mandaba por cigarros. También era necesario humillarme, Raulito no debía olvidar que era sólo un sirviente.

Salí a la calle pensando que no podía dejar que Harry se rindiera, ¿cómo podía abandonar esto que amábamos tanto? Los bares, la música, las atenciones de la gente. Ese era nuestro universo. No hice nada por conseguir sus pinches cigarros. Regresé y le dije a *Debbie darling* que no había encontrado su marca de cigarrillos. Para entonces, Harry se había sentado en otra mesa, donde conversaba con unos conocidos; así que no se dio cuenta de nuestro amistoso intercambio. Tampoco vio a la mujer cuando se levantó enfurecida y salió del *cabaret*.

Fui tras ella, la seguí sin que se diera cuenta. La mujer no respondió a los saludos de los policías ni de los porteros de otros bares que la conocían bien. Estaba concentrada en su coraje, en el odio que sentía por mí, por la ciudad. Tampoco se dio cuenta que me había convertido en su sombra desde la acera de enfrente. Llegó a una

licorería y compró sus preciados tabacos. A una cuadra de la avenida Revolución, las calles paralelas parecían dormidas; crucé la calle, la esperé en un callejón. Le hablé cuando pasó.

—Harry te está buscando —le dije desde la oscuridad del callejón—. Se regresó temprano a la casa.

Ella se sorprendió en un principio pero reconoció mi voz y se detuvo.

—De seguro le dijiste que yo me había largado, ¿verdad? Eres insoportable —respondió en español.

Yo guardaba una navaja en el bolsillo. Mientras la mujer hablaba yo empecé a preguntarme si esa navajita sería suficiente para trozar su cuello delicado. Nunca había matado a un ser humano. Me pregunté sobre la presión que había que ejercer para que el filo traspasara la piel humana.

—Lo bueno es que ya nos vamos mañana —prosiguió—, ya no tendré que soportarte.

Su actitud lo volvía todo más fácil. La tomé de la muñeca y la arrastré rápidamente hacia el interior del callejón. Ella forcejaba y me injuriaba pero nunca gritó. No se lo esperaba. Ni yo mismo lo hubiera dicho de mí esa mañana. ¿Soy tan hombre como para asesinarla? Nunca creí que fuera tan fácil. La mujer era más frágil de lo que imaginaba. La giré, le tapé la boca con una mano y con la otra hundí la punta de la navaja en su cuello. Luego le di un buen jalón para que arrasara con todo lo que había adentro. Cuando retiré la navaja todavía tuve que dar otro jalón fuerte porque la navaja se había atorado en algo. Fue muy rápido. La sangre brotó unos segundos, salpicando las paredes del callejón y mis manos. Limpié la navaja en su vestido. La doblé y guardé en mi bolsillo. Revisé el bolso de la mujer y encontré la cajetilla. Salí lentamente del callejón.

Antes de regresar con Harry, llegué a una cantina donde me lavé y peiné.

—¿Dónde está Debbie? —Fue lo primero que me preguntó.

—¿No esta aquí? Yo fui por sus cigarros —y le entregué la cajetilla.

Así murió Déborah Kraft.

Es lo malo de los secretos, ahí están estorbando hasta que uno los saca. Pero no te he dicho todo. También maté a mi hijo, eso fue lo peor. Recuerdo los años que dieron vuelta en mi cabeza mientras trataba de olvidar esa tragedia. Podía olvidar mi vida, olvidarlo todo pero era incapaz de borrar el accidente, la muerte de mi niño. Mi niño de cabello alborotado que odiaba peinarse y corría en las mañanas para despertarme... Mi niño...

Ese no eres tú, Raúl.

Recuerdo haberme ido de la casa, abandonar a Natalia, abandonarme, perderme en una oscuridad que cada vez era mayor y que me absorbía. Pero quería vivir. Apareció Magda en mi vida. Magda hecha de luz. Y creí que podía salvarme. Lo que yo necesitaba era una razón. ¿Quién mejor que ella para darme vida de nuevo, para levantarme y enseñarme a recorrer los días? Eso pensé. Traté de reconstruir mi vida a su lado...

Tú sabes que nada de eso existió. Magda no existe aún. Es parte de un futuro sin construir, pero no es el tuyo. Nunca te casaste con Natalia, nunca tuviste un hijo. Es una alucinación, Raúl, una invención tuya. La realidad es ésta: hoy es noviembre 12 de 1967, 11:34 de la noche. Flores está encima de ti y se dispone a dar otro golpe con el machete, el tercero, el definitivo. Seguro de sí mismo, te dejará muerto en la casa de Harry. Tu cuerpo hecho pedazos. Rutheford ya no tendrá fuerza ni ánimo para defenderse de quienes lo acusaron de haber cometido ese «horrible crimen». La policía de Tijuana no quería saber nada de ese gringo loco que mató a su esposa y destrozó en pedazos a su ayudante.

¿Pero eso es el sueño, qué no?

No estás soñando.

¿Y Magda? Yo quiero escoger la realidad que me pertenece. He conocido a las dos y prefiero a la de Juan Antonio Mendívil. No quiero una realidad sin Magda, ahora lo entiendo. Me alejé tontamente de ella pero estoy preparado para regresar a su lado. Yo soy Juan Antonio Mendívil, soy periodista y he publicado dos libros. La conocí en el centro cultural, ella guarda una pistola... Teme por su vida. Tengo que cuidarla. Ella debe saber que estoy a su lado.

Llegaste a la verdad. Tenías que llegar tú solo. Ahora sí todo puede terminar. ¿Quieres que termine?

Magda...

Suelta esa historia. Ponle punto final. ¿Estás dispuesto?

Tú, ¿quién eres?

¿Estás dispuesto?

Sí.

5.
NOTAS VARIAS

Edén Flores

Aunque se trata de una figura pública, un jefe policiaco estadounidense, se sabe poco de su vida privada. Nació en 1935, en un pueblo llamado La Aduana, Sonora. Emigró con su familia a los Estados Unidos en 1949. Según expedientes, perteneció a las fuerzas armadas de Estados Unidos y participó activamente en la Guerra de Corea durante la duración del conflicto, entre 1950 y 1953. En 1956 ingresó a la policía de San Diego y se trasladó al Departamento de Narcóticos en 1964. En 1967 fue condecorado por la investigación que llevó a la captura de Harold Rutheford y por este mismo hecho fue promovido a supervisor. Para 1969 ya era subjefe divisional, el primer mexicano en ocupar un puesto de ese nivel en el sur de California. Sus actividades como policía están asentadas en los archivos policiales, así como en documentos de la corte. Con frecuencia su nombre aparecía medios de comunicación de San Diego, citado por reporteros cuando hacía declaraciones sobre una investigación en curso o las cuatro veces que fue condecorado por heroísmo, donde suele aparecer la frase «comportamiento ejemplar». En ninguna circunstancia se revelan rasgos de su personalidad o sus intereses.

En cuanto a sus incursiones en Tijuana y otras partes de México, se sabe, según documentos, que con frecuencia viajaba como parte de las investigaciones que le eran asignadas por sus superiores. En Tijuana, lo apreciaban las autoridades locales y fue ahí donde obtuvo el apodo «Comandante Efe». La información sobre estos viajes es escueta.

Después de su jubilación en 1999 se tienen muy pocos registros de su paradero, por lo cual algunos medios de comunicación opinan que pudo haber entrado al sistema federal de protección de testigos. Durante mi investigación, un policía me informó que se encontraba en un asilo de ancianos en Florida, pero fue imposible comprobarlo debido a lo escueto de la información.

Fabián Flores

Según lo informaron varios medios de Tijuana, además de los documentos presentados por agentes del Ministerio Público estatal, Fabián Flores Álvarez fue encontrado muerto el 17 de octubre de 2001, en un paraje ubicado al sureste de la Presa Rodríguez. El cadáver se encontraba desnudo, envuelto en plástico y atado con una gruesa cinta adhesiva. Tenía muestras de haber sido golpeado sin piedad y mostraba el rostro desfigurado, además de diversas laceraciones. Había recibido impactos de bala en ambos pies y manos, y ultimado con un solo tiro en la frente. No se sabe con certeza la fecha en que Fabián fue «levantado», si es que en realidad fue víctima de un secuestro. Pero se puede especular, según la última carta de Magda, que el hecho aconteció hacia el 5 de octubre si tomamos en cuenta que ella mencionó «doce días» sin tener contacto con el joven.

Los informes policíacos ligan su muerte al narcotráfico, aunque no presentan pruebas de su dicho. Un amigo cercano de Fabián, cuyo nombre retengo por razones de seguridad, lo describió como a un muchacho aficionado a divertirse, al dinero y a andar con varias chicas al mismo tiempo; negó cualquier indicio de que Fabián estuviera involucrado con el crimen organizado. Confirmó que trabajaba esporádicamente para su tío Efe. El amigo no quiso especificar el tipo de trabajo que realizaba Fabián, aunque, a mi parecer, sabía más de lo que me había dicho. La línea de investigación con respecto al tío Efe nunca fue seguida por agentes del Ministerio Público de Baja California.

Harold Rutheford

Todavía hay testigos que recuerdan las andanzas de Rutheford en Tijuana entre los años 1965 y 1968. Diversas fuentes lo describen como un estadounidense atractivo, alegre y generoso con quienes lo ayudaban. Tenía mucho dinero que derrochaba en alcohol y apuestas, y sólo se sabe que era «comerciante». Un par de informantes opinaron que hacía «negocios chuecos», sin especificar, aunque la mayoría habló de él con benevolencia. Para ellos era un «gringo adinerado» a quien le gustaba divertirse.

Pocos hablaron de su esposa Déborah. Quienes la mencionaron se refirieron a ella como joven, guapa y carismática (más de un testigo la comparó con la actriz Marilyn Monroe). Ninguno de los informantes dijo recordar los hechos ocurridos en 1967, cuando Rutheford fue aprehendido por el policía Edén Flores. Por medio de documentos de la fiscalía de San Diego, se sabe que fue recluido en la cárcel del Condado, donde poco después murió.

Harry nació en un pueblo cercano a Portland, Oregon, en 1939. Siguiendo su rastro se sabe que vivió en Seattle, donde conoció a la joven Debbie Kraft. Ellos se enamoraron y huyeron de la ciudad en 1961, aparentemente con planes de casarse; este hecho lo reportaron varios periódicos de la ciudad como un secuestro. Ella tenía 18 años y era menor de edad, mientras que Harry tenía 22.

Se menciona poco en documentos oficiales acerca de la muerte de Rutheford. Al parecer fue víctima de un altercado entre presos en la penitenciaría estatal de San Quentin; pero queda abierta la posibilidad de un crimen premeditado ya que su agresor, un tal Ted Lackie, formaba parte de una investigación que lo identificaba como presunto asesino a sueldo de la mafia local.

Lackie fue encarcelado tras declararse culpable de un robo en el que ni siquiera era sospechoso. No pasaron ni dos días cuando ya había ultimado a Rutheford, matándolo a la primera oportunidad que tuvo. Lackie pasó el resto de su vida en prisión sin alterar su historia de que la muerte de Harold no había sido más que el resultado de un altercado espontáneo.

Samuel Ordóñez

Mucho se sabe sobre este distinguido personaje, oriundo de San Luis Potosí. Él mismo dejó testimonio a través de sus artículos y libros, acerca de sus experiencias en el periodismo. La libreta de Magda no consigna las fechas de sus charlas con Ordóñez, pero se puede deducir que el primer encuentro ocurrió en 2002 y fue un año después cuando tuvo la reveladora conversación sobre el Comandante Efe, cuando el periodista supuso que podría ser el tío de Fabián.

En una columna titulada «La policía de Tijuana y sus amigos», publicada a principios de 1997, Ordóñez mencionó al policía estadounidense. El texto no estaba dedicado al Comandante Efe pero aparecía de manera prominente como un «gran amigo de varias personas de alto rango» dentro la policía bajacaliforniana:

El llamado Comandante Efe trabajaba para la policía de narcóticos de California y fue gran amigo de varios comandantes. Durante décadas fungió como enlace entre las autoridades estadounidenses y las mexicanas. A diferencia de otros policías americanos, que mantenían su distancia, Efe se sentía cómodo en México y disfrutaba de las comodidades y bendiciones que le brindaban sus amigos en esta ciudad. ¿Qué tantas fueron esas bendiciones y con qué gracias fueron devueltas? Sólo Dios sabe.

Déborah Kraft

Déborah Anne Kraft, llamada Debbie por sus amigos, era la única hija de una familia adinerada, parte de la dinastía de los magnates de la alimentación en Estados Unidos. Se sabe la fecha exacta de su asesinato, el 16 de octubre de 1966, porque lo documentan los diarios *Noticias* y *El Herald* en Tijuana, así como el norteamericano *San Diego Tribune*.

Dadas las circunstancias misteriosas de su asesinato, y aunado que la víctima provenía de una familia pudiente en Estados Unidos, la noticia fue un escándalo internacional, reportado ampliamente en ambos lados de la frontera. La norteamericana fue degollada en un callejón ubicado en la Calle Sexta, a unas cuantas cuadras de la zona turística ubicada en la avenida Revolución. Se sabe que Déborah era esposa del comerciante Harold Rutheford, y que la noche de su asesinato ambos habían estado en «un conocido *cabaret* de la ciudad». Al parecer, ella salió sola del *cabaret* y ya no regresó.

La información que se divulgó en los diarios descartaba el robo como motivo aparente, ya que ella aún llevaba puestos un par de aretes y un collar de gran valor cuando la encontraron; su bolso fue localizado abierto pero con el dinero intacto.

En Estados Unidos se comentó mucho la noticia. El gobernador de Baja California, Raúl Sánchez Díaz, tuvo que hacer declaraciones a la prensa, asegurando a la familia Kraft y a la sociedad norteamericana que no se detendría hasta encontrar al culpable. Sin embargo, luego de varios meses de especulaciones y pistas falsas, donde nadie sufrió más maltrato que la respetabilidad de la propia difunta, la noticia pasó de primera plana a interiores y posteriormente al olvido. Hasta donde se sabe, el asesinato de Debbie sigue impune.

Raúl

No sería exagerado decir que este personaje es una clave importante para resolver las partes faltantes de la historia que documenta el presente libro. La información que compartió con el policía Flores fue de vital importancia para la captura de Harold Rutheford, aunque no se sepa el contenido pleno de los datos que dio a conocer.

Poco se sabe de Raúl, su presencia opacada en la memoria de mis informantes debido a la personalidad exuberante de su patrón Rutheford. Por lo tanto, es difícil discernir su participación en los hechos.

Fue imposible constatar su existencia, su nombre completo, lugar de origen. Varios testigos lo vieron con Harry en Tijuana, ya sea en el Hipódromo, donde el americano era asiduo a las carreras de caballos o en las giras nocturnas que hacía Rutheford con sus amigos por los bares de la avenida Revolución, donde al parecer la presencia de su asistente era frecuente.

Lo que se sabe de cierto es que Harold Rutheford tenía un empleado y que éste había sido quien lo trajo a vivir a Tijuana. Los testigos que recordaban a Rutheford mencionaban a su ayudante. Era «un señor que lo apoyaba, era como su secretario», dijo uno de los testigos mientras que otro lo mencionó como su chofer. En cuanto a la descripción física de Raúl, la memoria no es confiable y unos decían que era alto y flaco mientras que otros aseguraban que era gordo y bajo de estatura. Coinciden en que era un hombre mucho mayor que Harry, descuidado en su apariencia, lo cual contrastaba con la elegancia y buenas maneras del norteamericano.

Todos mis informantes son hombres mayores de setenta años, que desarrollaban diversas actividades durante la época en que ocurrieron los hechos (taxistas, meseros, músicos, etc.). Uno de ellos dijo que el ayudante de Harry había muerto poco después de que Debbie Kraft fuera asesinada. Había sido un asunto trágico, comentó el testigo, pero no recordaba los detalles.

Busqué información sobre un asesinato ocurrido por esas fechas, tanto en periódicos como en expedientes policiacos, pero no hallé mención alguna de la muerte de Raúl.

6. CRONOLOGÍA

1921

Probable nacimiento de Raúl.

1935

Nace Edén Flores, el 22 de enero, en Aduana, Sonora.

1939

Nace Harold Rutheford, el 13 de octubre, en Canyon City, Oregon.

1943

Nace Déborah Kraft, el 26 de agosto en Los ángeles, California.

1949

La familia Flores se traslada a Estados Unidos.

1950-1953

Flores ingresa a las fuerzas armadas y participa activamente en la Guerra de Corea.

1959

Nace Juan Antonio Mendívil, el 27 de febrero en Baja California.

1961

Escándalo en Seattle cuando Harold secuestra a su novia Déborah Kraft.

1963

Harold está huyendo y conoce a Raúl en National City, California.

1964

Rutheford se entera que Edén Flores le sigue la pista y decide huir de la ciudad. Raúl lo convence de ir a Tijuana.

1965

Llega Déborah Kraft a Tijuana.

1966

Muere Déborah el 16 de octubre, tenía 23 años. Raúl regresa a Estados Unidos mientras Rutheford permanece en Tijuana.

1967

Raúl regresa a Tijuana y muere en una fecha indeterminada. Harold es secuestrado por la policía local y de vuelta a los Estados Unidos.

1969

Muere asesinado Harold Rutheford en la cárcel estatal de San Quentin. Tenía 29 años.

1973

Nace Fabián Flores, el 21 de junio.

1978

Nace Magda Gilbert, el 13 de julio.

1984-1986

Se publica el primer libro de Juan Antonio Mendívil, la novela *El crimen maldito*, seguido de su segundo y último libro, *Dinastía del olvido*.

1990

Juan Antonio Mendívil y Natalia Padilla se conocen.

1992

Nace el hijo de ambos.

1993

Juan y Natalia se casan.

1997

Atentado contra Samuel Ordóñez. La camioneta en que viajaba fue atacada por un equipo de sicarios.

1998

Magda y Fabián empiezan una relación sentimental. El tío Efe comienza a frecuentarlos. Abril 3: muere el hijo de Natalia y Juan en un accidente automovilístico. La pareja se separa en octubre.

2001

Secuestro y muerte de Fabián el 22 de marzo. Durante el funeral, Eden Flores le entrega una pistola.

2003

Marzo: aniversario luctuoso de Fabián, Magda recibe una fotografía anónima. Diciembre: ella le muestra la foto a Samuel Ordóñez, queriendo saber si se trata del asesino de Fabián.

2004

Abril: Magda conoce a Juan y empieza con él una relación sentimental. Comienza a redactar sus «cartas de despedida», dirigidas a Fabián.

Octubre: Muere Samuel Ordóñez.

2006

Enero: último contacto de Magda y Juan.

Marzo: Edén Flores busca a Juan para que le ayude a escribir una historia.

Noviembre: Magda redacta la última carta de despedida y no se vuelve a saber de ella. Poco después, Juan es visto por última vez.

2007

Empiezo a escribir *Tijuana: crimen y olvido*.

7.
LO QUE PERDÍ

: :

Han pasado cuatro años desde que empecé este libro y seis desde la desaparición de Magda. Reviso nuevamente su cuaderno, los apuntes, y trato de encontrar un sentido, una dirección, una pista. A veces imagino que hablo con ella. Está parada detrás de mí, asomándose por encima de mi hombro para ver lo que estoy escribiendo en la computadora. Me separo del teclado, le digo:

—Lo siento mucho, intenté, me entusiasmó la idea de investigar pero...

Ella no responde, hace una de sus muecas de fastidio. Su silencio me habla de una decepción enorme: «Pensé que no pararías hasta saber la verdad». Me parece injusto su reclamo. Hice cuanto pude. Por lo menos tengo la justificación de haber hecho el intento, la policía ni siquiera eso, el carpetazo fue lo más fácil. Me duele renunciar, Magda, me duele no tener respuestas pero la verdad es que estoy cansado y ya ni siquiera deseo encontrarlas.

Me pregunto si te perdonaría que estuvieras con Juan en estos momentos. Quizás el eslabón perdido no es más que una reconciliación entre ustedes y ahora están juntos, amándose. ¿Te perdonaría si regresaras un día a Tijuana, muy campante, después de la alharaca que se hizo en los medios de comunicación, después de lo que he hecho y escrito por ti? La frustración me hace responder que no te perdonaría, Magda, que el agravio sería demasiado grande, que el dolor estaría por encima de la felicidad que me daría verte de nuevo.

Dime, ¿cómo podría superar el desencanto?

: :

Lo único que me resta son los recuerdos de Magda.

La conocí hace tiempo. Ella era una adolescente, una chica acelerada y risueña que se sentía cómoda en compañía de adultos. Yo la veía durante reuniones sociales en casa de amigos; por lo general también estaban sus padres.

Al paso de los años, era la muchachita que le agradaba juntarse con un grupo de hombres mayores que ella. No le incomodaban las diferencias generacionales que suelen aislar a los jóvenes, sentía una atracción que le estimulaba intelectualmente. Le atraían nuestras discusiones sobre arte y literatura, así como la música sesentera que escuchábamos. Ella nunca fue considerada miembro de nuestro grupo (la desdeñábamos por su juventud y porque era mujer), pero nos complacía verla entre nosotros.

No sé cómo fue que empecé a verla fuera de esas reuniones. Tampoco sé cómo se dio el haberla besado. Magda y yo tuvimos un romance breve, si es que puede llamarse así; dos o tres pasadas por un hotel que no recuerdo siquiera si fueron agradables.

Yo era un hombre casado entonces. Nada me importaba fuera de la seguridad de mi casa, donde me sentía protegido de un mundo que me parecía inferior. Odiaba salir y me volvía cada vez más huraño.

Magda y yo nos volvimos cercanos después de esa experiencia pero no volvimos a tocar el tema de habernos conocido íntimamente.

Me agradaba su inteligencia y sentido del humor que a veces rasgaba en lo genial. Era una crítica ruda de la realidad, una joven frágil que aparentaba ser fuerte. Lloraba y sonreía con facilidad. Podía deshacer y rehacer a cualquier persona con su análisis, seguro me tenía medido pero se guardaba sus conclusiones, rara vez me criticaba.

Aparece en un cuento mío titulado *Diez minutos de futuro*. Era un personaje secundario, mucho más lúcido que el protagonista (parecido a mí, por cierto). La Magda de mi cuento terminaba enfadándose de la falta de madurez del personaje mayor, que no hallaba cómo resolver sus problemas personales.

Ella era mi confidente pero no logré ser el suyo (ni lo intenté). Estos párrafos — quizás estas páginas— no son más que la confesión de un hombre egoísta, confrontado a su naturaleza por la desaparición de un ser querido.

Nunca me importó su relación con Fabián. Poco la apoyé después de la desaparición de su novio, tampoco cuando la vi llorar una vez que compartimos una conversación en un café.

Debió ser por ese motivo que dejé de buscarla.

Al paso de varios meses, cuando estuvimos de nuevo en contacto, fue por iniciativa de ella. Acepté nuevamente su amistad porque cada vez había menos gente que se interesaba en mí. Como siempre, ella estaba dispuesta a escucharme.

Nunca pregunté cómo se sentía, cómo sobrevivía la pérdida de Fabián.

Me enteré de su relación con Mendívil, el periodista de San Diego. Para entonces yo me había divorciado y me sentía fracasado. La relación de ellos me hizo sentir una profunda envidia. Supe de lo cautivada que se sentía por un breve mensaje que me envió.

«Es un hombre con el que creo que puedo ser feliz. No me refiero a felicidad en el

sentido cursi, sino a la felicidad como una sensación de paz interna. Yo sé que es un hombre con problemas, que sufre y que muchas veces no encuentra el camino o la salida; pero me siento útil cuando lo apoyo. Me doy cuenta de que tengo la necesidad de estar al cuidado de alguien, y esa necesidad, que no sé de dónde surge, se ve plenamente satisfecha cuando estoy a su lado».

Evité responder a sus llamadas telefónicas, ignoré sus correos electrónicos. Ella dejó de comunicarse. Yo decidí borrarla de mi escueta nómina de gente cercana.

Me reencontré con ella a través de la lectura de su cuaderno. Con frecuencia regresaba a la recámara y contemplaba los objetos que habían sido suyos. Ya no me interesaba seguir escribiendo el libro, quería estar donde ella había estado, tratar de entender su amor por un hombre parecido a mí, mayor que ella, frustrado, enojado con el mundo.

¿Qué fue lo que perdí?

Una Magda mucho más plena y consciente de sí misma.

Una Magda atenta, dispuesta a ayudarme.

Una Magda temerosa, que necesitaba apoyo, que solicitaba con urgencia una mano amistosa que la ayudara a levantarse.

«No sé qué hice para que me ignores. Reviso y reviso para ver si te escribí alguna tontería en mis últimos correos; ya ves cómo soy de impulsiva. A veces no te entiendo, pero respeto tus silencios».

Eso fue lo que perdí.

EPÍLOGO

: :

El absurdo de la oscuridad, la oscuridad del encierro.

El absurdo de la impotencia, de la fragilidad del ser humano: es tan fácil morir, dejar de existir, desaparecer.

La sensación de ser marioneta, de formar parte de un juego, ser un peón, una figura menor dentro de la gran estructura. Y los dados se lanzan y determinan quién eres, quién seguirás siendo. ¿Qué pasa si los dados están cargados? En tal caso no eres títere del infortunio sino el infeliz que, por un acto de azar, ha señalado la maldad como su siguiente víctima.

Todo esto lo pienso unos meses después de los hechos, en la intranquilidad de mi casa, observando por la ventana, imaginando sombras, como cuando era niño y veía monstruos en los estampados de las cortinas; así, abro la puerta porque creo escuchar, creo ver algo que no existe. Surge el escalofrío, esa reacción inútil del cuerpo que proviene de los albores de la humanidad. Escribo con boca seca, con sudor en las manos, temblando mientras levanto con dificultad la taza de café. No quiero dormir, temo soñar, temo despertar y mirarlo a él a punto de dar el último golpe. Lo mejor es no dormir. La pesadilla no es peor que la realidad, no es peor que el temor a volver a encontrarlo.

Tan curiosos como absurdos fueron los acontecimientos, y sobre todo que no pude pronosticar su origen. El incendio, el hotel, el secuestro. Nada sucede porque sí, me dijo Flores. Nada que tenga importancia o que deje una huella palpable.

Aquí están mis huellas: los dolores que persisten, las lesiones que tardan en cicatrizar. La única manera de recordar para siempre es guardando las señales de lo sucedido, tatuajes mentales, imborrables. Y eso era lo que yo necesitaba, sentir en carne propia el dolor, el temor a la muerte.

Puedes imaginar secuestros y tortura, me dijo, pero ¿cómo escribir realmente de ellos si no los has vivido? Fabián chilló como una chamaquita, exclamó por su mamá. Llegó la muerte como una bendición. Era un niño envuelto en sí mismo, orinado, asustado, queriendo escapar de esa pesadilla maldita y regresar corriendo a sus papás. Quería sentir de nuevo ese calorcito en los brazos de su madre. La regresión es encantadora, me dijo Flores. Tú deberías saberlo.

⋮ ⋮

Empezó cuando abandoné mi libro, cuando me di cuenta de que todo había sido una farsa.

Muy fácil es adjudicar a un dios o al destino la llegada de una tragedia. Lo hacemos para librarnos de la responsabilidad de las pesadillas de nuestra existencia; fabricamos deidades para sentirnos a salvo, para que sirvan de ejemplo, para que nos regañen o castiguen cuando nos portamos mal. A diferencia de nuestros propios padres, que son falibles, el padre celestial no puede serlo. Podemos encomendarnos a sus manos sin temer a la fatalidad.

Siendo así, un incendio no puede ser sólo un siniestro sino una reprimenda divina.

Decidí abandonar mi libro, renunciar a un proyecto agotador que me había robado parte de mi tiempo y de mi vida. El entusiasmo inicial, el arrebato, la adrenalina que me impulsaba a escudriñar entre temas escabrosos, la motivación que había servido para que escribiera una tras otra cuartilla, frenéticamente, poseído, se había esfumado entre una polvareda de fracaso y desilusión.

La investigación acerca de las desapariciones de Juan y Magda pasó de la claridad a una dificultad siniestra, los cabos sueltos y las puertas cerradas habían sido demasiado para mi temperamento, siempre enfermizo y defectuoso. Darme cuenta de que nunca me había impulsado el descubrir la verdad había sido el acabose. Y sin esa fuerza, yo estaba perdido. Regresar a casa una noche y descubrirla envuelta en llamas, no me causó conmoción alguna. El fuego en mi interior se había extinguido mucho antes y por lo tanto no me importaba lo que me arrojaran los dioses. Contemplar la destrucción del hogar de mi infancia, el espacio de los recuerdos y de mi intimidad me parecía congruente con mi estado de ánimo y mi renuncia.

«Eso fue lo que perdí» fueron las últimas palabras que redacté, mi despedida. No era más que una confesión, un reconocimiento de mis limitaciones. Soy, después de todo, un ser humano y puedo ser víctima incluso de mí mismo, de mis torpezas. Esta realización, por más dura, no me dio luz ni fuerza para continuar; por el contrario, me hacía sentir profundamente deprimido. Apagué la computadora y me despedí de Magda y de todo lo que ella significaba para mí. Imposible continuar con el libro porque nada era real.

No lograría esclarecer la desaparición de los periodistas; pero, por lo menos, podía enfrentarme a mi verdad personal: que ya no me importaba hacerlo.

Nunca me interesó encontrar a Juan Mendívil. Para mí no era más que un objeto en el camino para llegar a una ilusión llamada Magda. En realidad, sentía un gran

desprecio por el hombre, lo consideraba un escritor mediocre y lo culpaba de la desaparición de Magda; más que Edén Flores, él era el villano de la historia.

¿Cuántas veces es necesario inventar a estos villanos para evitar ver el fracaso que existe en uno mismo? Nos ahorra la mirada interior. Así como tenemos deidades benévolas que nos resguarden de los males del mundo, inventamos a los anticristos para tener a quien culpar de nuestra propia estupidez; es una forma de darle lógica al mundo, poner el bien y el mal en la balanza, lograr un equilibrio vital.

Me dije que si Magda nunca hubiera conocido a Juan Mendívil, ella y yo... quizás... Me sumergía en el absurdo de la autocompasión, en el regodeo de lo irrealizable.

Sentí una profunda humillación cuando me enfrenté a lo que con tanto empeño negaba: tal como me lo dijo su prima, Magda estuvo a mi alcance, pude haber construido lo que fuera con ella. La dejé ir por mi propia torpeza e imposibilidad de sentir afecto por otra persona. No responder a sus llamados, incluso cuando eran de auxilio, fue el resultado de mi falta de amor propio, mi ego repulsivo que me exigía ignorarla. Abandoné a Magda en su soledad y la decisión no me causó el menor resquemor, fue como mirar las llamas que consumían mi casa.

No fue hasta saber de su desaparición y de los detalles de su relación con Mendívil que ella otra vez se volvió el centro de mi vida. Como si su tragedia la hubiera hecho crecer como persona, volverse digna de mí, Magda se convertía nuevamente en el ser amado al que era necesario rescatar del olvido, había que salvar a la doncella y conocer la verdad. Creí que en mis manos estaba el desenlace de su historia.

En su momento consideré que el incendio no fue más que un acto de la providencia, un mandato divino que me exigía abandonar el proyecto. El esfuerzo de los bomberos lograron salvar la mayor parte de mi casa. Se habían perdido una de las recámaras de la vieja estructura de madera y mi estudio. Los daños no fueron mayores. Perdí dos computadoras, un escritorio, cientos de libros y, por supuesto, mis manuscritos.

No perdí todo vestigio de mi investigación. Tenía respaldos y estaban a salvo, podría continuar si así lo decidiera; sin embargo, la devastación me pareció lo suficientemente dramática como para que fuera el punto final de lo que escribía. La historia no tendría desenlace, *Tijuana: crimen y olvido* nunca se publicaría. Amén.

: :

En los días siguientes empecé con la tarea de reparar los daños de mi casa, muchos de ellos ocasionados por los propios bomberos, que habían destrozado una buena parte de ella en el afán de salvarla. Todo estaba mojado, hasta los lugares donde nunca hubo lumbre; me dediqué a mover el escombros y sorprenderme al descubrir artefactos y trozos de papel (sobre todo, fotografías) que hace mucho no veía ni recordaba. Me resultó detestable ese breve reencuentro con el pasado así que terminé pagando a unos sujetos para que realizaran el trabajo, con la instrucción precisa de tirar todo a la basura. Cerré con candado las puertas que llevaban a la recámara y estudio, cuyas ruinas ahora formaban parte del jardín trasero.

Lo que siguió fue un encierro personal, rodeado del penetrante olor a humedad y madera quemada. Días de dormir a todas horas, despertar sólo para mal comer o cambiar de canal a la televisión que estaba constantemente encendida. Algunos vecinos me buscaron y a los pocos que recibí tuve que mentirles diciendo que me hallaba terminando un libro, por eso el silencio y mi aislamiento. Llegaban las condolencias por las estancias perdidas, y yo agradecía con desgano los gestos de buena voluntad. Nadie sabía que los daños a la casa no representaban una pérdida importante; más dolorosa era la ausencia que existía dentro de mí, el pantano en que había decidido alojarme.

: :

Hasta lo inimaginable se puede superar: la muerte de un pariente cercano, la depresión o cualquier crisis existencial; la mía fue superada por necesidad. Era imposible que siguiera enclaustrado y gastando mis ahorros, debía buscar nuevamente un sustento, volver a la escritura aunque fuera para revistas y periódicos; podría incluso comenzar un nuevo proyecto de libro. La luz al final del túnel coincidió con una llamada telefónica. Los dioses se hacían presentes para favorecerme, creí.

Quién me hablaba era un hombre llamado Valentín Rosales, un empresario que estaba formulando planes para desarrollar varios proyectos editoriales, entre ellos una revista de noticias que cubriera sucesos políticos en el norte de México. En lugar de ser como otros proyectos, me dijo, que se dirigen desde la capital con un punto de vista puramente centralista, Rosales proponía una publicación comprometida con los intereses del norte del país y de la frontera con Estados Unidos. Había pensado originalmente hacer el centro de operaciones en Monterrey, pero se había decidido por Tijuana, ciudad que consideraba el corazón de la frontera.

Desde un principio me entusiasmó la idea de colaborar y le agradecí que me tomara en cuenta. Pero era mucho más que una invitación a escribir, quería que yo dirigiera la revista.

—Nadie mejor que usted, Luis Humberto —y empezó con una retahíla de elogios que tuvieron en mí el efecto deseado.

Se comprometió a llamarme para afinar los planes, posteriormente haría un viaje a Tijuana para platicar en persona y empezar con la localización de un espacio que fungiera como oficina de la revista. Luego seguiría el reclutamiento de reporteros, editores y columnistas.

: :

La segunda llamada sucedió varios días después, habló de un aspecto importante: su visión política, la línea de la revista. Aunque ya había aceptado el trabajo, me reconfortó escuchar que teníamos ideas afines, se requería un nuevo periodismo, con un acercamiento fresco a la noticia y nuevos enfoques en general. Comentamos algunos sucesos recientes y fue grato enterarme, que aún siendo empresario, Valentín tenía una clara preferencia por la izquierda. Habló acerca de los negocios de su familia, mencionó nombres que yo desconocía pero que daban la ilusión de validar su experiencia e interés en el periodismo.

Con esa llamada empecé a sentir una cercanía hacia Valentín, el surgimiento de una amistad que se corroboró en la tercera llamada, cuando el tema giro de lo profesional hacia lo personal.

—Mi esposa es una mujer joven y bella —dijo, casi con un suspiro—, he hecho todo a mi alcance por tal de que sea feliz; pero ya no puedo más. Nuestra relación se ha vuelto monótona y estoy seguro de que hay otro hombre en su vida. Su infidelidad se ha vuelto una obsesión para mí y no me detendré hasta descubrir con quién se está acostando.

Su tono me conmovió tanto que estuve a punto de contarle lo que había sucedido con Magda. Me contuve sólo porque no deseaba dar indicios de debilidad, quería que supiera que su revista estaba en manos firmes y experimentadas. Sólo le dije que lo entendía, que había pasado por cosas similares, lo que se dice cuando no se quiere decir nada.

Un mes después, en un vuelo nocturno llegó Valentín a Tijuana con su esposa. No esperaba que su mujer lo acompañara pero los recibí en el aeropuerto con un gusto genuino. Él era un hombre de unos treinta y tantos años, nada semejante a lo que esperaba. Por alguna equívoca razón me había hecho a la idea de que era un hombre elegante, como si la elegancia tuviera que ver con el éxito financiero. En realidad Valentín era un tipo gordo y desaliñado. No un hombre de modales finos sino más bien tosco y con un rostro que mostraba cansancio y hastío.

Yo había hecho una reservación en el Hotel Camino Real y tenía una agenda preparada para el día siguiente, pretendía dejarlos ahí y regresar por ellos en la mañana. Sin embargo tenían otra idea: querían divertirse.

—Llegamos a Tijuana, ni modo de quedarnos encerrados en la noche —dijo él.

A diferencia de su esposo, Maribel era una mujer hermosa. Me atrajo desde un principio su mirada enigmática, su forma de vestir, entallada y provocativa. Todo en ella me parecía delicado, su fina silueta, sus manos de dedos alargados y un cuello espléndido que ella lograba destacar con un peinado por encima de la cabeza.

—Sube con nosotros a la habitación —dijo Valentín—. Dejamos nuestras maletas y salimos de juerga.

—Los espero en la recepción.

—Maribel se va a bañar y ya sabes cómo son las viejas —insistió—. Sirve que platiquemos de algunas cosas importantes que tenemos pendientes.

En el elevador, no me atrevía a mirarlos. No quería obsesionarme con el hecho de que me parecían una pareja extraña, con mucho de incongruencia en sus aspectos y la forma fría en que se trataban. A pesar de que era la voz de Valentín, no podía creer que fuera la misma persona con quien había tenido tres amenas conversaciones telefónicas.

Otra razón para no despegar la vista del piso era que no deseaba mirar a la mujer, temiendo que mi expresión revelara lo mucho que me gustaba.

Ya en la *suite*, Maribel se metió a bañar y él abrió el servibar en busca de algo que beber.

—Este puerco país no sabe nada de *whiskys* —me dijo.

Sacó unas botellas pequeñas de Johnnie Walker y de Buchanans. Bebimos las botellitas como si fueran refrescos, luego abrió su maleta y empezó a esculcar entre su ropa. Al no encontrar lo que buscaba, abrió el equipaje de su esposa y con insolencia arrojó blusas y prendas íntimas al piso. Sin sorpresa alguna me mostró un paquete.

—Mira, ¿me puedes decir por qué chingados carga condones? Yo no puedo tener hijos, ni modo que sean para mí. Pinche vieja, me insistió que la trajera porque se iba a ir de compras a San Diego.

Siguió esculcando hasta que sacó de las profundidades de la maleta un sobre que inmediatamente abrió. Sobre la mesa de un escritorio comenzó a formar gruesas líneas blancas. Enrolló un billete y aspiró hasta no dejar ni un vestigio del polvo. Hacía mucho tiempo que yo no consumía cocaína, así que dudé en aceptar cuando me ofreció el billete.

—Para que estemos parejos —dijo—; si no, cómo vamos a trabajar.

Acepté con renuencia y me sorprendió sentir un ardor en la nariz y garganta; posteriormente el efecto de la droga golpeó mi cerebro como una ráfaga.

—Esto no es cocaína —dije—, y bebí un poco de *whisky* para librarme del sabor amargo.

—Cristalito puro —corrigió—, es una belleza.

Se zambutió otra línea; hice lo mismo. En unos minutos estábamos parejos, como él había pedido; yo quería hablar de la revista, pero él insistía con el tema de su esposa.

—Debería valerme madre, pero no soporto imaginarla con otro cabrón. Deberías verla coger, Luis. ¡Es una perra jariosa!

Empezó a describir cosas que uno no debería enterarse de una mujer hermosa que se supone inalcanzable, como la esposa del patrón. Posiciones, expresiones, fantasías... con mímica me mostró cómo la tomaba de las caderas y la jaloneaba. Era grotesco mirarlo haciendo movimientos tan burdos y ofensivos, esperpentos que yo había disfrutado en los tiempos preparatorianos pero que ahora me parecían insolentes. Mientras tanto, no dejábamos de vaciar el servibar, comiendo cacahuates, papas fritas, cuanta golosina encontrábamos y bebiendo botellas que parecían salir de la nada, tequilas y rones como si fueran jugos de frutas. Y una tras otra línea de cristal mientras escuchábamos algunos sonidos en el baño: el correr de la cortina de la ducha, golpeteos de frascos y la voz de Maribel que tarareaba una canción.

No podía controlar mis pensamientos, se amontaban uno encima de otro y dejé de comprender lo que me decía Valentín. Parecían palabras inconexas entre risas y escupitajos; sólo cuando mencionaba el nombre de Maribel se abría una ventana en mi cerebro que exigía mi atención.

Salió del baño desnuda, sin dar muestras de que le incomodara que hubiera un extraño en la habitación. Sin ropa, Maribel se veía más alta; su cuerpo era atlético, macizo como el de las mujeres que pasan muchas horas en el gimnasio. Pezones rosáceos, senos redondos y pequeños. Sus piernas largas, de evidente suavidad, estaban finamente moldeadas, sin imperfección alguna. Para mí era como ver a una diosa enojada cuando empezó a reclamarle a su marido el desorden de su ropa tirada en el piso. Nunca volteó a mirarme, para ella yo no existía ni se dio cuenta de mi cara de estúpido admirador. El hombre no permaneció callado, se lanzó sobre ella tratando de estrangularla. Hubo un forcejeo, con el que ella logró librarse. Intercambio de amenazas, de palabras soeces. El gordo finalmente la agarró del cabello hasta dominarla, luego le dio un puñetazo que la arrojó sobre la cama. Ahí la abofeteó con la palma y el dorso de su mano, y mientras ella se recuperaba de los golpes, Valentín se bajó la bragueta y la penetró. ¿Veía yo la escena o era parte de un mal viaje causado por la droga? Me atrapó la imagen de la hermosa mujer debajo de ese hombre repulsivo, su cabello oscuro cayendo en cascada por un lado de la cama, sus pechos moviéndose con el vaivén, en armonía, contrastando con los asquerosos bufidos de Valentín.

—No te hagas pendejo, bien que se te antoja —me dijo—. ¿Le quieres entrar por el culo? ¡A ella le gusta de todo!

Maribel no hablaba, tampoco se quejaba. Pensándolo bien, ella no había dicho una palabra desde que llegaron al aeropuerto. No había sonreído, su rostro nunca tuvo expresión alguna, sólo en el baño escuché su voz tarareando. Ahora podía estar muerta, libre de emociones. Estaba rendida completamente. Podría yo mismo haberla penetrado sin que ella notara el cambio de hombre.

El sudor, la humedad, el aroma del sexo me hicieron sentir náuseas. No soportaba

ver el rostro de Maribel, sus ojos cerrados, su rostro singularmente fino, su cuello mordido por un rufián, un ogro que de seguro no sabía nada de la belleza que tenía entre sus manos y que embestía como un animal rabioso. Lo único que pensaba era quitarle a ese monstruo de encima y acoplarme a las entrañas de Maribel, mi cuerpo entero lo exigía. Pero ni siquiera la mezcla de metanfetamina y alcohol lograron que me liberara de mis prejuicios. Salí corriendo de la habitación y me refugié en el ascensor después de presionar el botón de llamado con urgencia. ¿Hace cuánto había estado en ese mismo elevador con ellos? Todo había sucedido con prisa, ahora pasaba corriendo frente a la recepción, rumbo al estacionamiento, sin importarme los gritos del recepcionista y de un policía que me llamaban. Tenía que huir de ese hotel, buscar un lugar donde pudiera respirar, aclarar mis pensamientos. Llegué a mi carro y me encontré con que tenía una llanta pinchada; no busqué solucionarlo, salí del hotel y no me detuve hasta un par de cuadras después, donde el agotamiento mental y la falta de aire no me dejaron continuar.

Frente a mí estaba un hombre.

—Luis Humbertou —me dijo—, qué gusto encontrarlo.

Luego recibí un fuerte golpe en la cabeza.

: :

Desperté en la oscuridad, dando tumbos. Estaba dentro de un cajón en movimiento y yo era un bulto, sin voluntad, mis manos atadas y mi cabeza envuelta en una bolsa de plástico. Luchaba por respirar, necesitaba aire pero era inútil, me sofocaba. Grité, tiré patadas, pedí auxilio. Me detuve para entender mi situación; fue entonces que sentí el terror que se expandía dentro de mí. Quería huir de ese lugar, quería aire, quería poderme mover. Me estiraba con furia, tratando de romper las ataduras; me sacudía y retorció. Quería regresar a mi casa, meterme bajo las cobijas; quería estar solo, correr, jugar, saltar. Mi cuerpo me pedía libertad. Quería regresar a ese lugar seguro que guardaba en la memoria, quería el pasado sereno y los brazos de mi madre. La miré por un instante, llamándome, abriendo los brazos para recibirme. Casi podía alcanzarla pero incluso eso estaba prohibido. Por eso lloré, por eso lloré sin parar. De pronto se detuvo el movimiento a mi alrededor y algo se abrió. En ese momento me entendí de que estaba en la cajuela de un automóvil, y como pude, luchando por mi vida, logré deshacerme de la cinta que cubría mi boca, morder la bolsa, aspirar aire fresco que entró a mis pulmones como un torrente. En un instante estaba gritando con todas mis fuerzas, pidiendo auxilio mediante ruidos que con dificultad emergían de mi boca seca, ruidos absurdos que trataban de imitar a una voz humana. Y de nuevo un golpe, ahora en la cara, mientras varias manos se posesionaban de mi cuerpo, me sacaban de la cajuela y me tiraban al suelo. Sentí el sabor de sangre en mi boca mientras todo mi cuerpo se movía como el de una cucaracha que lucha inútilmente por salvar su trivial existencia. Me quitaron la bolsa y pusieron más cinta adhesiva en la boca y alrededor de la cabeza, vueltas y vueltas hasta taparme la nariz y los ojos. ¿Cuántos eran los que me golpeaban y pateaban en la oscuridad? No escuchaba otra cosa que un ruido en mi cabeza, incesante, continuo, y los golpes que no paraban, algunos con pies y otros con objetos pesados. Sólo quería aire. Sólo quería salir de ahí. Sólo quería vivir. Y esas mismas manos me levantaron, cargaron conmigo y me arrojaron con fuerza a otro sitio, algo parecido a un barranco o a un hoyo. Sí, era un hoyo, era mi tumba. Y dejé de sacudirme para entender lo que pasaba, escuché una voz decir: «¿Cómo vas a escribir sobre ello si nunca lo has vivido?», luego paladas, el ruido del metal incrustándose en el suelo arriba de mí, y la tierra que caía sobre mi cuerpo, y no, no, no, no, eso no, no quiero eso, por favor no, déjenme en paz, por piedad, y las paladas no dejaban de escucharse y el peso de la tierra que caía y las

paladas y la tierra y mi esfuerzo por gritar y mi necesidad de aire y el sabor a sangre y la resequedad de mi boca y el dolor y el ruido incesante en mi cabeza no, no, no, no...

⋮ ⋮

Con dificultad abrí los ojos.

Había una sensación de encandilamiento, de estar rodeado de luz.

Una luz intensa. Era como estar en el centro de un escenario, una gran brillantez dirigiendo mis acciones.

Todo alrededor era oscuridad.

Estaba sentado y frente a mí había una taza de café. Antes que verla, llegó el rico aroma del café con leche. Alcé mis manos temblorosas hacia la taza, la envolví, el calor quemaba pero me sostuve de ella como si fuera un salvavidas. No pude levantarla.

Poco a poco, la luz se convirtió en una ventana, en iluminación solar. El calor entraba a mi cuerpo.

: :

Era de día.

Como quien aprende a leer y va asignando una palabra a cada objeto, identifiqué cosas conocidas a mi alcance: salero, periódico, servilletero, una bolsa de papel que podría contener pan dulce. Alzar la cabeza fue un reto: un calendario en la pared, reconocí las cortinas y el reloj.

Un retrato: mi madre, mis hermanos y yo, sonriendo. Aunque habían pasado unos cuarenta años desde que ese momento fue capturado, podía evocarlo sin dificultad. Podía oler el perfume de mamá, el mismo que usó toda su vida. Era un martes caluroso. Acabábamos de comer. Papá llegó con una cámara nueva.

Mamá dijo: ¿Qué traes ahí?

Papá contestó: Compré la cámara que querías, la Vivitar.

Mamá no era expresiva, sonreía pocas veces.

Rodeamos a papá para observar la caja que contenía la cámara. La abrió con mucho cuidado y extrajo una cámara como nunca habíamos visto, una cajita negra y alargada que incluía su propio *flash*. Sin leer las instrucciones le puso un rollo que había comprado y un par de baterías.

Papá dijo: Vengan afuera.

Mamá se quitó el mandil y todos salimos al patio.

Papá señaló el lugar donde deberíamos pararnos.

Mamá caminó hacia ese punto y nosotros nos apeñuscamos a su alrededor.

No había necesidad de estar tan juntos pero nos gustaba sentir su cuerpo pegado al nuestro. El olor de mi madre, su mano sobre mi hombro, yo era el mayor y más alto: diez años.

Todos sonreímos, nos encandilaba la luz del sol que estaba frente a nosotros, por eso la expresión risueña y de ojo chiquito.

Cuarenta años después, la foto en la pared de mi casa, la única imagen que me quedaba de aquellos tiempos. Lo demás, consumido por la lumbre y el olvido.

: :

Era de día.

Yo estaba sentado frente a la mesa del comedor, en mi casa. El olor a madera quemada me pareció triste y redentor. A mi alcance estaba una taza de café con leche.

Mi cuerpo me dolía demasiado para pensar que sólo había sido una pesadilla. Me costaba trabajo levantar la taza para sorber el líquido caliente. Mis brazos y piernas no respondían y por poco me caía de la silla; unas manos firmes me ayudaron a mantener el equilibrio.

—Compóngase, ya pasó todo.

Las manos eran de una persona que se encontraba atrás de mí; la voz provenía de otra que estaba enfrente.

Levanté la mirada con agradecimiento, yo era un perro lastimado y hambriento al que le habían ofrecido una porción de pan. No conocía al hombre que estaba sentado frente a mí, un anciano que me miraba con buen humor.

—Muchas gracias por ayudarme —dije.

El interior de mi boca era una caverna de amargura y resequedad. Algunos dientes no estaban en su lugar, mi lengua pasmada reconocía con dificultad las cavidades en mis encías.

—Muchas de nada —contestó—. ¿Ya más recuperadito?

—Me siento de la chingada —dije.

—No es para menos, por poco se moría.

—Gracias... —dije sin entender por qué agradecía—. ¿Dónde me encontró?

—¿Dónde? Qué pregunta, Luis. ¿Ya no se acuerda?

—No recuerdo nada, salvo la madriza y ni siquiera eso completamente.

—Ayer en la noche, usted estaba corriendo, se detuvo en una esquina, ahí estaba yo, ¿no se acuerda?

Había logrado levantar la taza y acercarla a mis labios. Sus palabras interrumpieron el sorbo y escupí el café en medio de un ataque de tos. No lo veía bien, apenas podía ver con claridad mi entorno. Aspiré profundamente y sin levantar la cabeza toqué mi rostro con las manos, sentí la inflamación y el dolor que ocasionaba el tacto de mis dedos. No era fácil mantener los ojos abiertos.

—¿Usted me hizo esto? —pregunté con un hilillo de voz.

—Usted se lo hizo solo, Luis Humbertou, yo sólo le di continuidad a lo que había

empezado —hizo una pausa, él también bebía café; tomó su tiempo antes de seguir—. No se pueden dejar las puertas abiertas así nada más, sin regresar a cerrarlas. Cuando una persona comete ese descuido, los demonios se escapan.

No entendía qué carajos me estaba diciendo. Quería echarlo de mi casa pero me costaba trabajo hablar. Mi garganta estaba irritada y cada que intentaba emitir una palabra, se escurría un susurro lastimero.

—Usted ha estado haciendo preguntas aquí y en San Diego sobre asuntos que ya no tienen importancia. Fue a la policía en Estados Unidos, habló con agentes y reporteros. Fue a un bar en National City. Investigó en periódicos. Tomó notas como un obsesivo. Estuvo muchas noches escribiendo hasta altas horas de la madrugada en esta casa. ¿Nunca sintió que lo observaban?

¿Nunca se asomó por la ventana en la oscuridad y sintió una presencia? Estaba tan embebido en su investigación que no se dio cuenta que yo lo estaba también investigando. Fue a la casa de Magda, habló con su mamá, con una prima y con unas amistades. Entró varias veces a la recámara de la muchacha; ya no había más que hacer ahí pero de todas formas regresaba y regresaba. Llegó incluso a acostarse en la cama y apagar la luz en una ocasión. No quiero pensar que se la jaló ahí en el cuarto de la pobre chamaquita.

Escuché una risa detrás de mí, no quise voltear a verlo; quien fuera, quería que ambos se largaran de mi casa.

—Resulta que usted escribe un libro, Luis. Aquí mi muchacho lo leyó y dice que está impresionado porque le atinó a varias cosas que sucedieron en el pasado.

Mi cerebro funcionaba con dificultad, intenté sacudir el dolor de cabeza para alcanzar por lo menos un instante de lucidez.

—Edén Flores —dije y sentí una punzada en la garganta y el estómago.

—¡Correcto! Otra cosa más que le atina —de nuevo la risa a mis espaldas—. Lo que no entiendo es por qué ya no sigue con su libro; no me diga que porque se quemó su casa.

—Eso a usted no le importa.

—Cómo que no me importa, si yo soy el mero chingón de su libro, el malo más malo de todos, ¿o no? Me interesa mucho lo que escribe y estoy aquí para responder a sus dudas. Quiero que lo termine de escribir —y lo que sigue lo dijo con una voz que pretendía ser sarcástica—: ¡Me muero de suspenso por conocer el final!

Otra vez la risa a mis espaldas.

—Ya no quiero saber nada de eso —respondí.

—No sea pendejo, Luis. Ayer medio lo matan, que sirva de algo su experiencia. Mire cómo está todo jodido, sucio y apestoso. Le hace falta un buen baño y lo voy a dejar que se bañe, sólo quiero aclarar unas cosas para que termine su librito. Y por favor no me diga que no le importa terminarlo porque entonces voy a tener que insistir, y la gente se asusta mucho cuando insisto.

Sentí en mis hombros la presión de las manos del hombre que estaba detrás de mí,

«su muchacho».

—Écheme una pregunta —siguió Flores sin dejar de sonreír—, ándele, sobre lo que quiera, Magdita, Mendívil, mi vida, usted pregunte con confianza.

Había un incesante ruido en mi cabeza, una chicharra que no dejaba de sonar, y este viejo imbécil quería que yo pensara nuevamente en el libro. No tenía preguntas, lo único que deseaba era echarme en mi cama y tratar de olvidar.

—Lo que siempre me ha fascinado de los hombres es que son bien predecibles —dijo Flores—. Ese es un buen tema para comenzar, ¿no cree? Pasan los años, las generaciones, avanza su tecnología, la sociedad en conjunto cambia de actitud pero los hombres siempre permanecen en su nivel más básico. Aprietas los mismos botones y lloran, aprietas los mismos botones y ríen. También hay botones para que sufran, sientan envidia, lujuria, lo que sea. Mi sobrino Fabián, por ejemplo, era un buen muchacho pero sólo hubo que aplastar botones para que se convirtiera en un imbécil. Lo tuve que hacer porque necesitaba certezas, Luis. Él quería ser mi heredero, el hombre que seguiría mis pasos, por lo tanto yo necesitaba una muestra de adhesión. El pobre no pasó el examen, lamentablemente. Apreté botones y se volvió ambicioso, quiso tener más de lo que yo le daba y sufrió las consecuencias. Lo hubieras visto llorar, Luis (¿no te importa que te hable de tú?, ya me cagó tanta formalidad). Chillaba como una niña de brazos que siente su culito rosado. Acerqué la pistola a su cráneo y ni siquiera se dio cuenta de que se iba a morir. Era un niño envuelto en sí mismo, orinado, asustado, queriendo escapar de esa pesadilla maldita y regresar corriendo a sus papás. Quería sentir de nuevo ese calorcito en los brazos de su mamá. La regresión es encantadora, Luis. Tú deberías saberlo. Por cualquier pendejada el ser humano regresa a su pasado infantil o incluso a su pasado animal; se nota que añora sus tiempos de bestialidad. Yo soy un estudioso del homo sapiens y me gusta comprobar que después de tantos milenios de evolución sigue siendo un animal que funciona por puritito instinto, igual que cuando se colgaba de los árboles, respondiendo a las mismas necesidades de alimentarse y reproducirse; igual desea, ambiciona, odia y mata, sólo que ahora lo encubre con distintas facetas, con una moral bien pendeja que va en contra de todos sus instintos pero que, en el fondo, es la misma chingadera. Ahí tienes a Juan Antonio Mendívil, nomás le conté unas cuantas anécdotas y ya se soñaba como un escritor famoso, ¡hazme el chingado favor! Pero resultó más loco que una cabra, se apendejó demasiado y terminó por aburrirme.

Era difícil de entender lo que Flores me estaba diciendo, ¿de veras creía que con su verborrea aclaraba mis dudas acerca de la investigación? Él era el verdadero loco de esta historia, el que perseguía y asesinaba.

—¿Y Magda? —pregunté.

—A diferencia de los hombres —respondió el viejo—, las mujeres no son tan fáciles de manipular; se requiere de mayor pericia. Con ellas es más un juego de toma y daca. Se planta una idea y se deja germinar, regresas años después para ver cómo va todo: a veces no pasa nada y tienes que hacer otra cosa, insistir. Yo le di a ella un

obsequio, la pistola de Fabián, para que sus pensamientos se encaminaran en la dirección que yo quería, y lo hicieron en ciertos aspectos. Hasta le mandé una foto para que continuara con su caminito. ¿Sabes quién estaba en la foto? Era el mismo Juan. Ella creía que era la foto del cabrón que había matado a su Fabián, y en realidad era el mismo güey que ella se estaba cogiendo. ¿Te das cuenta de la genialidad de mis acciones y la forma en que los eventos se encadenan, uno tras otro? No sabes el placer enorme que siento cuando veo los resultados, nada en el mundo me da un placer similar. Crear y destruir son el principio y el fin de la misma secuencia...

—Esto es un juego para usted.

—No lo llamaría juego, pero sí me divierte. Soy el que mueve los hilos de las marionetas, por eso existo. No puedo dejarlas a su libre albedrío, son demasiado elementales para sobrevivir por sí solas. Prefiero jalar los hilos, apretarlos. En este mundo nada sucede porque sí. Nada que tenga importancia, al menos.

—¿Y quién se cree que es para jugar con la vida...?

—Soy Edén Flores a tus órdenes, el villano de tu libro. El mago que hace que las personas aparezcan y desaparezcan, el titiritero. He hecho muchas chingaderas en mi vida y tengo mucho dinero, puedo hacer lo que me dé la gana. Vendo, compro, hago trueques, soy un comerciante de vidas; me gusta observar, mover piezas, demostrar que este mundo no tiene salvación. Igual que a ti, todo esto se lo expliqué a Magda mientras ella lloriqueaba. Me desesperé, la creía más inteligente... —sólo en este instante el viejo pareció estar molesto, pero pronto recuperó la compostura—. A pesar de todos mis logros, un hombre como yo necesita entretenerse, y me encanta manipular a los hombres porque siempre, siempre, van a responder a mis estímulos. El don de la predicción es mi mejor atributo; pero no surge de la nada, Luis, no soy un oráculo, viene de cálculos exquisitos, maniobras infinitesimales. Manipular es posible, no sólo a una persona sino a muchas a la vez.

Ni siquiera de un político había escuchado salir tantas pendejadas. El viejo quería convencerme de que todos los sucesos estuvieron programados por él desde un principio, que sabía cómo actuarían Fabián, Juan y Magda, que incluso sabía cómo respondería yo. ¿Cómo era posible que Flores le diera a Magda la foto de Juan si cuando ella la recibió ni siquiera conocía al escritor? ¿Predijo que se encontraría con él, adivinó la atracción que ella sentiría? Era imposible. Lo único real era mi determinación: no continuar con el libro, abandonarlo por completo y eliminar todo, hasta los respaldos.

—Aunque sabes muchas cosas de mí, sigo siendo una persona anónima. No me ves en carteles de la FBI, no soy de los más buscados. Después de tanta chingadera que he hecho, mi nombre sigue siendo una incógnita. Pero en México no pasa nada sin que yo lo sepa y estoy detrás de todo: narcos, policías, políticos. Ellos saben que existo y todos me temen sin saber mi nombre. Ahora lo van a leer en tu libro, quizás sumen dos más dos y entiendan quién es el verdadero Edén Flores. Por eso quiero que termines de escribirlo; tú explica que soy más cabrón de lo que te imaginabas,

quiero que lo sepan todos.

Terminó su discurso. Me lo hizo saber sugiriendo que descansara, fingiendo una auténtica preocupación por mi salud. Sugirió que fuera al doctor, que me podía recomendar a uno muy bueno. Insistió que me bañara, que me haría bien y que tratara de dormir. Detrás de mí surgió su muchacho y lo ayudó a levantarse. Edén Flores era un anciano frágil, que apenas podía caminar, quizá sus delirios surgían de su decrepitud: los desvaríos de un hombre que ostentó cierto poder y que ahora no podía aceptar el hecho de irse empequeñeciendo. Con mucho esfuerzo salió de mi casa, tomando del brazo al joven. Creí reconocer al muchacho. Lo había visto en fotos, ¿era él? Mis piernas estaban entumidas y un fuerte dolor recorrió mi espalda cuando intenté moverme. Hice un esfuerzo por levantarme; como pude, me sostuve del marco de la puerta e intenté hablar con fuerza.

—Fabián —grité, y el joven volteó instintivamente.

El viejo también giró la cabeza, la expresión endurecida de un maestro que se da cuenta que el niño no ha aprendido la lección. El muchacho regresó hasta donde yo estaba, me empujó y caí adentro de la casa. En el piso sufrí sus patadas agudas, una tras otra; pedí tregua pero la respuesta eran más golpes. De pronto sentí el rostro del anciano cerca de mí como un lobo que se dispone a morder a su víctima, sus ojos fulgurante y desorbitados. Aplastó mi cabeza con una mano, provocando un incendio en el interior de mi cuerpo.

—Mira, pendejo —dijo el viejo, acentuando las palabras para tener la certeza de que yo no las olvidaría—. Tú acaba ese libro o te va a doler más que ahora o más que ayer en la noche. Tú acaba ese libro y a lo mejor perdono tus ofensas. Termina ese libro y quizás te dejo vivir. Quizás, cabrón, porque lo acabes o no yo podría regresar cuando me diera la gana y nunca sabrías de donde vino el golpe final. Puede que te llamen por un trabajo, que te inviten a visitar otro país; puede que alguien te informe que ganaste un premio. Podría llegar una mujer, encandilarte con su belleza. Te enamorarías como un estúpido, querrías incluso dar la vida por ella, por estar a su lado. Y detrás de esa mujer estaría yo. Y tarde o temprano regresaría para decirte que toda tu vida era parte de mi plan, toda tu puta vida. En lo que a ti respecta, pendejo, yo soy tu dios, tu creador, el mismísimo demonio. Y quizás decida que tú no eres nada en este mundo, nada que valga la pena salvar, y sentirás el peso de Edén Flores sobre ti, aplastándote, machacándote, disfrutando tu dolor.

: :

Me asomo por la ventana y miro hacia la calle mientras escribo estas últimas líneas. Han pasado algunos meses desde la visita del viejo. Por fortuna, mis vecinos me descubrieron en el piso y me llevaron al hospital. Ahí redacté los primeros apuntes de este final que hubiera deseado nunca escribir.

Todavía cargo con secuelas de la golpiza, una pierna que no me ha sanado y el brazo izquierdo que me duele cada vez que intento levantarlo; aún así, siento que me estoy recuperando de mis lesiones mas no de los recuerdos de aquella noche y de la presencia de Flores. Mi cuerpo no ha quedado tan marcado como suponía, las cicatrices físicas fueron mínimas. He regresado a mis actividades con tranquilidad y con deseos de realizar nuevos proyectos. La perorata del viejo no respondió a mis dudas sobre el caso de Magda y Juan, sólo me sirvió para organizar algunas ideas vagas que después se transformaron en inquietudes. Esas inquietudes generaron algunos juicios que integré a este libro en distintos lugares, sobre todo en lo que respecta a los encuentros de Edén Flores con Juan Mendívil; me queda claro que algunas cuestiones nunca tendrán una resolución adecuada, tampoco pretendo ofrecerla.

⋮ ⋮

El viejo no ha vuelto a buscarme, pero no descarto su regreso.

: :

Continúo mi vida lo mejor que puedo. No podría decir que soy el mismo que escribió el prólogo de este libro hace unos años; he perdido ambiciones y certezas. Soy mucho más inseguro y ahora dudo de mis capacidades como escritor, como ser humano. No obstante, busco escapar del enjambre de malos recuerdos: empecé a realizar caminatas en mi barrio, redescubrirlo. Yo sé que no es fácil recuperar lo que se ha perdido pero sigo intentando: saludo a mis vecinos y hago esfuerzos por conversar con ellos; he comenzado un arduo trabajo de remodelación de la vieja casa para eliminar los vestigios del incendio. De vez en cuando salgo con personas que he empezado a llamar «amigos», me tomó unas cervezas con ellos para sentir que sigo vivo. He aprendido a valorar sus gestos de solidaridad, el esfuerzo que hacen por atenderme y buscar mi bienestar. Se sorprenden por mi genuino interés en sus vidas. Yo mismo me sorprendo; sin duda, de algo sirvió mi experiencia, algo positivo se movió dentro de mí.

: :

Esta noche, la lámpara mercurial de la calle se ha averiado y la noche parece más desolada que de costumbre. Me pregunto si él tuvo algo que ver con la falla o es simplemente una descompostura.

Flores se ha vuelto un espectro en mi existencia, esta es la cicatriz más difícil de eliminar. A veces pienso que no me convenció de sus delirios de grandeza, que eran demasiado irreales, exageraciones de una mente enferma; sin embargo no puedo dejar atrás mis vivencias y las tragedias que estuve investigando. En otras ocasiones me pregunto si puede existir un sujeto capaz de movernos como marionetas, jugar con nuestros destinos, divertirse de esa forma. Tal vez mi vida siempre ha estado en manos de alguien así, que igualmente mueve los hilos de muchas otras personas. Me pregunto desde cuándo soy un peón en su tablero.

Antes no temía a la oscuridad, como adulto había dejado atrás todos los miedos irracionales de la infancia. Ahora, el miedo a lo indefinido es otra consecuencia de haberme atrevido a investigar la desaparición de dos periodistas. Imagino ruidos, sonidos extraños, metálicos, que provienen de afuera de mi casa. La oscuridad parece ser un aliado del viejo, quizás él mismo sea la oscuridad.

Me han dicho que debo vencer mis temores, enfrentándolos. Lo hago cada noche cuando abro la puerta y me asomo al exterior. Hoy la oscuridad no me permite ni un atisbo de lo que hay afuera de mi casa. Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse, y más que ver algo específico, siento una presencia, algo que me observa.

—¿Quién anda ahí? —Pregunto a la nada y espero una contestación. Por supuesto, no la hay.

Cierro con llave la puerta de mi casa, aún sabiendo que si Flores regresara nada lo detendría.

Me asomo por la ventana.

Cada noche repito estas palabras, a manera de oración:

«Silencio, no parece haber nada más que silencio allá afuera, en la oscuridad. El silencio es mi aliado, no mi enemigo».

Mi pronunciación es lenta y clara, trato de convencerme.

La intención es ahuyentar mis fantasmas.

Pero es inútil.

Agradecimientos

Este libro contó con la bendición, crítica, apoyo y complicidad de varios queridos amigos. Quiero agradecer a María Antonieta Mendívil, Karla Martínez, Julio Álvarez Ponce, Rogelio Arenas, Abraam Pacheco, César Silva Márquez, Norma de la Vega, Fernando Prado, Lilia OHara, Abraham Nudelstejer, Derek Johnson.

Agradezco muy especialmente a las personas sin las cuales este libro no habría existido: Mariana Martínez Estens por su inspiración y su amistad incondicional, a Manuel Villaseñor por sus hipnóticas atenciones, a Francisco Mendoza y Aarón Magnan por todas las cervezas del mundo, a Guillermo Samperio por darme luz en momentos de oscuridad, a Verónica Flores por ser una editora infalible...

Y a Rocío Romero Ramírez por ser una generosa dueña de todo lo que es Luis Humberto.



LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE (Tijuana, 1962) es autor de varias novelas y libros de relatos entre los que destacan *Marcela y el rey al fin juntos*, *El gran preténder*, *Instrucciones para cruzar la frontera*, *Estrella de la Calle Sexta* (2000), *Aparta de mí este cáliz* (2009), *Idos de la mente* (2010) y *Tijuana: crimen y olvido* (2010). Reside en la esquina más septentrional de la frontera de México con Estados Unidos.